



Equipos de Nuestra Señora

Padre Henri Caffarel
Destellos de su mensaje

Equipos de Nuestra Señora
MOVIMIENTO DE ESPIRITUALIDAD CONYUGAL

Secretaría Super Región Hispanoamérica
Calle 90 No 11-44 Of 405
Teléfono (571) 6110898
Fax (571) 6110949
Bogotá Colombia

CONTENIDO

Página

Introducción	5
1- El mensaje del Padre Caffarel a través de los primeros años de los ENS	6
1.1 La primera reunión de equipo (1939)	7
1.2 "Carta a los jóvenes esposos" (1942)	9
1.3 El anillo de oro (L'Anneau d'Or) (1945)	9
1.4 Dios, primer amado (1945)	10
1.5 El "Deber de Sentarse" (1945)	11
1.6 La Carta Mensual (1948)	13
1.7 La Carta Fundacional (1947)	14
1.8 Los "Hogares de Cristiandad" (1948)	17
1.9 Los equipos en Brasil (1949)	17
1.10 Lourdes (1954)	17
1.11 Roma (1959)	17
1.12 Lourdes (1965)	20
1.13 Roma (1970)	22
1.14 ¡A Dios! (1973)	24
2- El Carisma Fundacional	28
3- Algunos Editoriales escogidos	48
β POR DIOS (<i>¿Cuáles son las verdaderas intenciones que motivan mi pertenencia a los ENS?</i>)	50
β TRIUNFO DE LA CARIDAD (<i>La práctica de la ayuda mutua y del amor fraterno</i>)	52
β LOS BRAZOS TENDIDOS (<i>A los que comprenden la importancia de la oración, para animarlos. A los que dudan, para intentar convencerlos</i>)	53
β BAILE DE MÁSCARAS (<i>Eliminar la mentira y practicar la sinceridad</i>)	55
β CINCO MINUTOS DIARIOS (<i>Cómo convertir el Evangelio en un gran amigo</i>)	56
β CONSTRUCTORES O INQUILINOS (<i>¿Un Movimiento se desliza hacia la muerte cuando sus miembros dejan la mentalidad de constructores por una mentalidad de inquilinos!</i>)	57
β EL AGUIJÓN DE SAN PABLO (<i>El poder de Dios, exige para manifestarse, la debilidad del hombre</i>)	59
β PRESENTACIÓN DE LOS EQUIPOS DE NUESTRA SEÑORA (<i>¿Qué es lo esencial, aquél elemento que, de faltar, desnaturalizaría los Equipos de Nuestra Señora?</i>)	61

β ESPUÉS DE HABER ESCUCHADO A PABLO VI (<i>«Únicamente vuestra unión personal y profunda con Cristo, dice Pablo VI, asegurará la fecundidad de vuestro apostolado, sea éste cual sea.»</i>)	62
β HACEN DEL EVANGELIO LA NORMA DE SU FAMILIA (<i>Alguien me habla. Jesucristo me habla</i>)	64
β LÍNEA DE DEMARCACIÓN (<i>Posiciones frente a los Equipos, lo que se busca en ellos</i>)	66
β LA CAMARA ALTA (Basta que haya algunos millares, algunos cientos de millares de pequeños "hogares de oración" en nuestro mundo y el semblante del planeta habrá cambiado)	68
β OTRA VEZ LA ASCESIS (Exigencia fundamental del amor)	70
β REGRESO DEL BRASIL (<i>Cristo centro y motivación de nuestra vida. Buscar a Cristo antes que nada</i>)	71
β TOMAR ALIENTO (<i>Significado cristiano de una Reunión de Equipo</i>)	73
β LOS EQUIPOS DE NUESTRA SEÑORA AL SERVICIO DEL MANDAMIENTO NUEVO (<i>Amar al estilo de Jesús</i>)	76
β LA PARABOLA DEL AMOR CONYUGAL (<i>La vida del hogar nos habla de Dios</i>)	78
β PADRES ¿AMAN A SUS HIJOS? (<i>Educación y amor a los hijos</i>)	79
β A LA ESCUCHA DEL PADRE (<i>Dios nos espera para escucharnos</i>)	81
β FE Y VIDA (<i>La Trinidad, comunidad de amor</i>)	82
β LAS ACTITUDES DE LA ORACION (<i>Oración: reacción del alma</i>)	84
β ORACIÓN INSUFICIENTE, FE VACILANTE (<i>Las personas que no rezan o que rezan poco son como esos anémicos a quienes los médicos dicen: «Está usted sin defensas; la primera epidemia le atacará.»</i>)	85
β LA JOVEN GENERACIÓN NOS INTERPELA (<i>Será preciso que la oración por los jóvenes ocupe un lugar importante</i>)	88
β DESTINATARIOS Y MENSAJEROS (<i>Ustedes han comprendido que no son únicamente los destinatarios de un mensaje, sino los mensajeros frente a «esos millones de matrimonios» que nos pedía el Papa tener presentes en su pensamiento</i>)	90
β ESPIRITUALIDAD DE INTERESADOS (<i>Estamos para DAR y no para RECIBIR</i>)	92
β ¿SON CATÓLICOS? (<i>La necesidad de abrirse y aceptar a los demás</i>)	93
β "LAS OBLIGACIONES DE UN COMPROMISO" (<i>El compromiso con una pedagogía y unos métodos</i>)	94
β UN LIBRO PERTURBADOR (<i>El Evangelio</i>)	96

Anexo: Biografía de Henri Caffarel	98
---	-----------

Introducción

Ir a los inicios, conocer sobre los descubrimientos que se fueron dando poco a poco hasta llegar a proponer la pedagogía y los métodos de los Equipos de Nuestra Señora, entender cómo el Padre Caffarel y los matrimonios que lo acompañaban fueron transmitiendo lo encontrado a través de editoriales y documentos nos ayudará a apreciar mucho más lo que tenemos.

Tener claridad sobre lo fundamental es algo indispensable. Muchas veces nos perdemos en cosas secundarias que nos impiden apreciar lo verdaderamente importante. A través de esta publicación estamos invitados, no sólo a hacer una lectura que nos permita conocer mejor los orígenes de los Equipos de Nuestra Señora, sino a ir más allá; estamos invitados primordialmente a descubrir lo fundamental del Movimiento para que conociéndolo, podamos aplicarlo más fácilmente en nuestras vidas.

Para poder entender mejor el mensaje del Padre Caffarel se ha decidido presentarlo junto con los diversos acontecimientos de la historia de los Equipos de Nuestra Señora siguiendo un orden cronológico; así se podrá entender y tomar mejor conciencia de lo que son los Equipos y también de lo que desean ser y de su misión en la Iglesia y en el mundo.

Una amplia mirada hacia atrás preparará una lúcida mirada hacia adelante. Fortalecidos en las fuentes de los Equipos de Nuestra Señora podremos construir juntos, alegremente, el Movimiento del futuro en la fidelidad al "Carisma Fundacional".



1

El mensaje del Padre Caffarel a través de los primeros años de los ENS

1.1- La primera reunión de equipo (1939)

El Padre Caffarel habla muchas veces del modesto inicio. El está en París, una mujer va a consultarle acerca de su vida espiritual. Luego conoce a su marido. Esta primera pareja le da a conocer a otras tres parejas jóvenes deseosas de vivir también una vida cristiana íntegra. La chispa surge: “¿Por qué no nos reunimos para investigar juntos sobre el matrimonio cristiano?”. Nace el primer equipo que toma el nombre de “grupo Nuestra Señora de todas las alegrías”.

La primera reunión tuvo lugar en París, el 25 de Febrero de 1939, en la rue Champ de Mars, casa de Pierre y Rozenn de Montjamon. Los asistentes fueron:

- Padre Caffarel
- Gérard y Madeleine d 'Heilly
- Michel y Ginette Huet
- Frédéric y Marie Françoise de la Chapelle
- Pierre y Rozenn de Montjamont

Misteriosamente estaban asistiendo al nacimiento de nuestro movimiento. Aquí se presenta el informe de esa “histórica” reunión.

INFORME DE LA REUNION

Pierre definió como objetivo para nuestras reuniones aunar nuestros

esfuerzos para lograr, con una gran apertura de corazón, ENTENDER LA MIRADA DE DIOS SOBRE NUESTROS HOGARES y así responder mejor a su llamado. Después nos pidió a todos una activa participación en la conversación aportando las ideas personales que pudieran orientar mejor el recorrido de este camino.

A continuación se enumeran algunas de las ideas expuestas sobre las cuales deberíamos profundizar en las futuras reuniones.

EL MATRIMONIO, COLABORACIÓN CON EL CREADOR: A pesar de que El puede crear todas las cosas sin nuestra participación, decidió pedirnos nuestro consentimiento y colaboración para multiplicar no solamente los seres carnales, sino las almas inmortales.

EL AMOR ES SIEMPRE FECUNDO: El amor es fecundo por sí mismo, por el solo hecho de existir, así esta fecundidad no sea siempre visible, habrá otra, a menudo invisible, pero cierta y real.

Un amor verdadero es fecundo permanentemente y lo será mucho más a medida que vaya creciendo.

Para darle calor a la vida es necesario alimentar y cuidar el amor, de la misma manera que se hace con el fuego.

ABRIR EL HOGAR: La idea de “cuidar el amor” pareciera insinuar fácilmente un encierro del hogar en sí mismo. Por el contrario, Michel Huel enfatizó sobre la necesidad de mantener la puerta del hogar abierta para así brindarle la oportunidad de compartir con otros experiencias y vivencias que le permitan tanto a quien da como a quien recibe, crecer permanente y sanamente en el amor.

EL AMOR ESTA DESTINADO A CRECER: El amor para ser más fecundo está destinado a crecer continuamente. Deberá crecer, según la ley general del crecimiento, tanto físicamente como lo vemos en el desarrollo del niño que se vuelve hombre, como espiritualmente cuando el alma va en busca de Dios.

Es necesario considerar las “crisis del crecimiento” correspondientes a las diferentes etapas del amor, como un llamado a una superación necesaria para que el amor permanezca en ese proceso de crecimiento.

EL MATRIMONIO SACRAMENTO DE UNIDAD: Es un homenaje muy particular a la Trinidad, Unidad perfecta en el perfecto Amor.

La Trinidad es el Hogar por excelencia, donde el Amor representa al Espíritu Santo. Por su gloria, nuestro Matrimonio deber ser una imagen verdadera de la Trinidad.

SIMBOLO DEL AMOR HUMANO: Nuestro amor nos revela a Dios. La vida de cada uno de nosotros es el verdadero “libro santo” que el Señor nos urge abrir, porque es suficiente leerlo con el Espíritu Santo para descubrir en él a Dios. Como en el “Cantar de los Cantares”, nuestro Matrimonio, nuestra paternidad o maternidad son una revelación de los secretos del amor de Dios, de “todas las posibilidades del corazón entre El y nosotros” de los cuales habla Claudel.

Recíprocamente, además de la meditación del Amor divino nos muestra claramente el amor humano.

LA COMUNION DE LOS SANTOS se encuentra muy estrechamente ligada con el hogar. Cada uno, en virtud de lo que es, enriquece o empobrece todo el hogar... (el hogar ha sido ideado para ser construido continuamente, para vivir en él).

LA VIDA ESPIRITUAL DE DOS NO SE OPONE A LAS VOCACIONES ESPIRITUALES PERSONALES que pueden ser diferentes. Estas se deben seguir sin egoísmo (a menudo solos con Dios) pero sin perder de vista que *enriquecerse en Dios es darse así mismo al otro para enriquecerlo*. Es dándose uno, como se da a Dios.

PUEBLO REPRESENTADO EN CADA HOGAR: Un solo hogar con 5

hijos que a su vez tendrán otros 5, etc... representa en la décima generación alrededor de 9 millones de personas.

Dios al poner sus ojos en un hogar ve a todo el pueblo que resultará de él en el futuro. Él espera de cada hogar UN PUEBLO DE ALMAS según esa ley de fecundidad, visible o invisible, del amor.

El padre CAFFAREL lo compara a un "río humano" cuya fuente es el amor de dos seres.

Este fue el pensamiento más desarrollado en esta primera reunión. Conclusión: *Debemos cuidar y purificar siempre la fuente del río.* Esta es la razón por la que nos encontramos aquí.

Oramos juntos, guiados por la meditación de uno de los presentes:

"Señor bendícenos, bendice nuestro amor...
Somos muy débiles,
pero queremos que nuestro Matrimonio te glorifique tanto como Tú lo esperas...
Oh Dios que vives realmente en nuestras almas,
haznos enteramente el uno para el otro,
y para aquellos que nos has confiado,
que seamos un solo corazón,
totalmente para Ti".

1.2- "Carta a los jóvenes esposos" (1942)

Los equipos en París, están algo dispersos (muchos maridos se encuentran prisioneros). Nacen equipos en provincias. Surge la idea de un boletín de enlace, en octubre de 1942 aparece el primer número de la "Carta a los jóvenes esposos".

1.3- El Anillo de Oro - L'Anneau d'Or (1945)

La "Carta a los jóvenes esposos" que sirve de unión a los primeros equipos, proporciona al Padre Caffarel la idea de una nueva revista: "El Anillo de Oro", dirigida a un público más extenso. ¿Su contenido? "Junto con las enseñanzas de la Iglesia, transmitidas por los sacerdotes, se leerán las experiencias de matrimonios que se esfuerzan por vivir cristianamente". Así se expresa en el primer número el Padre Caffarel quien escribe la primera de sus "declaraciones sobre el amor y la gracia", que se titula simplemente "Aimer".

AMAR

Hay una ceguera del alma que resulta fatal para el amor. Se mira y ya no se ve la belleza externa que había conquistado nuestro corazón, el amor se apaga como la llama que ha consumido todo el aceite de la

lámpara, ya que el amor se nutre de belleza.

*Para reanimar el amor, sería suficiente descubrir de nuevo la luz de este semblante, la enternecedora buena voluntad de este corazón. Pero para ello, como dice Ruskin, hay que **“volver a encontrar la inocencia de la mirada”**. El que no la haya perdido y cuyo amor ha conservado toda su juventud primaveral, que la proteja con todo cuidado.*

*Esta inocencia se reconoce en la **capacidad de sorpresa**, tan acentuada entre los niños; ninguna tecla de su teclado permanece muda, cada criatura, cada acontecimiento, hace vibrar una de sus notas.*

*Toda belleza hace vibrar el cristal de su alma. En efecto, junto a esta facultad de **sorprenderse**, poseen un poder de **maravillarse** que parece ilimitado. Y en ellos, el don del corazón sigue a la **admiración** del corazón. A decir verdad ¿la admiración no es ya el don? Han observado que los corazones avaros no saben admirarse: la admiración es un gasto en el que no consienten.*

*Debemos permanecer, o llegar a ser, semejantes a los niños si queremos entrar un día en el Reino de los Cielos, pero también para no ser excluidos del reinado del amor. Como ellos, **hay que saber asombrarse y admirarse delante de las personas a quienes amamos.***

Esto exige un continuo esfuerzo de búsqueda, una incansable curiosidad, pero no una curiosidad indiscreta que es una violación de la intimidad, una entrada en el secreto de otro, sino esta curiosidad de amor que Duhamel nos enseña en esta frase inolvidable: “Estoy asomado a un abismo (su hijo), sobre un mundo sepultado. Con la mirada interrogo la sombra y a veces dejo caer una piedrecilla para despertar el eco de las profundidades.”

*Nuestro amor a Dios está sometido a la misma ley que nuestros amores humanos. Si la **contemplación**, que es una vehemente atención del espíritu y del corazón, no lo renueva, muy pronto declina.*

A María, la llena de gracia, es a quien hay que pedirle la inocencia de la mirada. Nada puede rehusar a nuestra confianza de hijos, ya que nos ama con ternura, percibiendo en cada uno de nosotros, aunque fuéramos los peores pecadores, una belleza de la que hemos perdido quizá el recuerdo: esa imagen de Dios, indeleble, pero más o menos alejada, y que precisa, para descubrirla, una gran pureza en la mirada.

Henri Caffarel

1.4- Dios, primer amado (1945)

En 1945, en el boletín “Grupos de Nuestra Señora de Matrimonios” se

pudo leer el primer «editorial» del Padre Caffarel. Era muy breve, pero marca muy bien la orientación esencial del Movimiento:

«Dios, primer amado y primer servido».

París, 25 de diciembre de 1945

*en la festividad de
la Natividad del Señor.*

*Queridos amigos, Llegó un nuevo
año, ¡Que sea bueno para su hogar!*

Rezo por ustedes.

*Que Dios sea en su casa el primero
en ser buscado, en ser amado, en
ser servido.*

*Ámense: cuando crece la caridad en
su hogar, también crece en la
Iglesia, de la cual es célula viva.*

*Ámense: ubi caritas et amor, Deus
ibi est.*

*Sean felices: el Señor espera esta
alabanza y los que los rodean
esperan este testimonio.*

*Sirvan de reparación para aquellos
hogares tan numerosos que cierran
su puerta a Cristo y donde el amor
se apaga.*

*Recen por las viudas cuyo sacrificio
es fuente de vida para su familia.
Ayúdenme.*

*Que Nuestra Señora sea en su casa
una Madre honrada y querida.*

1.5- El “Deber de Sentarse” (1945)

En L’Anneau d’Or aparece, en noviembre de 1945, el editorial “Un deber desconocido”. El Padre, a partir de un texto de San Lucas, inventa el “deber de sentarse”, que se convertirá en una de los puntos de esfuerzo fundamentales para los hogares del Movimiento. Ponerse juntos marido y mujer, bajo la mirada del Señor para preguntarse, a la luz del espíritu: ¿qué hacer para progresar en nuestro amor?.

Un deber desconocido

En el capítulo XIV del Evangelio de San Lucas, Cristo invita a sus oyentes a la práctica del deber de sentarse. Hoy día, en el siglo de las velocidades vertiginosas, es más oportuno que nunca destacar este deber desconocido.

No creo hacer un juicio temerario al decir que los mejores esposos cristianos, los que nunca olvidan el deber de arrodillarse, quebrantan a menudo el de sentarse.

Antes de emprender el arreglo de su hogar, confrontaron sus opiniones, calcularon sus recursos materiales y espirituales, elaboraron un plan. Pero, desde que pusieron manos a la obra, ¿no descuidaron demasiado el sentarse para examinar juntos la labor

realizada, hallar de nuevo el ideal entrevisto y consultar al Dueño de la obra?

Conozco las objeciones y las dificultades, pero sé también que de no vigilar el almacén se vendrá un día abajo la casa. En el hogar donde no se dedica un tiempo a detenerse para reflexionar, a menudo se introduce e instala de una manera insidiosa el desorden material y moral; la rutina se adueña de la oración en común, de las comidas y de todos los ritos familiares; la unión se resquebraja. Estos defectos, y otros muchos, se observan no sólo en los hogares que carecen de formación, que ignoran los problemas de la educación y la espiritualidad conyugal, sino también incluso en el de aquellos a los que se considera como una autoridad en ciencias familiares; y efectivamente lo son... en teoría. Por falta de la indispensable perspectiva, los esposos no ven ya lo que comprueba en cambio el visitante con sólo pasar el dintel de la puerta; esta desidia, de la que hablan con pena los amigos sin atreverse a hablar a los interesados por temor a su incompreensión o a su susceptibilidad.

Algunos matrimonios se han percatado del peligro. Han reflexionado y adoptado diversos medios para evitarlo. Uno de ellos me contaba últimamente, después de haber pasado la experiencia, cuán provechoso es

para los esposos separarse cada año de los hijos e ir juntos a viajar o descansar durante una semana. Pero quizá al leerme piensen que no todos disponen de servicio, o pueden confiar sus hijos a los amigos o parientes. Pero hay otras soluciones: por ejemplo, hubo tres familias que se unieron para disfrutar las vacaciones, yendo al mismo país, y así cada pareja pudo ausentarse una semana dejando sus hijos al cuidado de los otros.

Para evitar la rutina del hogar existe otro sistema sobre el que deseo hablarles más extensamente. Tomen la agenda y, del mismo modo que anotan un concierto o una visita a unos amigos, anoten una cita con ustedes mismos; quede entendido que esas dos o tres horas son «tabú...», digamos sagrado ¡es más cristiano!, y no admitan que un motivo que no les haría anular una cena amistosa en su hogar o dejar de asistir a un concierto, les haga faltar a una cita con ustedes mismos.

¿Cómo emplear esas horas? Ante todo, piensen que no tienen prisa; ¡un día es un día! Abandonen la playa y adéntrense en el mar; hay que cambiar de ambiente a cualquier precio y olvidar las preocupaciones. Lean juntos un capítulo escogido de un libro preparado para esta hora privilegiada.

Después, o ante todo, recen un rato. De ser posible, uno de ustedes

recite en alta voz una plegaria personal y espontánea; esta forma de oración, sin despreciar las otras, acerca milagrosamente los corazones. Ya en la paz del Señor, comuníquense mutuamente esos pensamientos, esos agravios, esas confidencias que ni es fácil ni a menudo deseable hacerlas durante las jornadas atareadas y ruidosas, y que no obstante sería peligroso guardar en el secreto del corazón, ya que, como saben perfectamente, existen «silencios enemigos del amor». Pero no se detengan ni en ustedes mismos ni en sus preocupaciones actuales; remonten a las fuentes de su amor, reconsideren el ideal vislumbrado cuando, con paso alegre, iniciaban el camino. Renueven su fervor. «Hay que tener fe en lo que se hace y hacerlo con entusiasmo». Después, vuelvan al momento actual, comparen el ideal y la realidad, hagan el examen de conciencia del hogar, no digo el examen de conciencia personal, tomen resoluciones prácticas y oportunas para curar, consolidar, rejuvenecer, airear, abrir el hogar. Aporten a ese examen lucidez y sinceridad; remóntense a las causas del mal que han diagnosticado.

¿Por qué no dedicar también algunos instantes a meditar sobre cada uno de sus hijos, pidiendo al Señor que de acuerdo con su promesa «ponga un ojo en su corazón», a fin de verles y amarles como El, para guiarlos según su voluntad?

Y finalmente, y sobre todo, interróguense sobre si Dios es el primero a quien sirven entre ustedes.

Si les queda tiempo, hagan lo que les agrade, pero por favor no vuelvan a la charla insulsa o a escuchar la radio. ¿Es que no tienen ya nada que decirse? Entonces callen juntos y quizá no sea éste el tiempo menos provechoso. Recuerden la frase de Maeterlinck: «Todavía no nos conocemos, todavía no nos hemos atrevido a callar juntos».

Es muy importante escribir un resumen de lo que se ha descubierto, estudiado, decidido durante la cita, puede hacerlo uno de los dos y la próxima vez leerlo juntos.

Lo que les acabo de decir es sólo un medio para conservar joven y fuerte su amor y su hogar; seguramente existen otros muchos. Pero éste, adoptado por muchos esposos que conozco, ya ha demostrado su eficacia.

Henri Caffarel

1.6- La Carta Mensual (1948)

El boletín de enlace iniciado en 1942 con el nombre de “**Carta a los jóvenes esposos**” continúa con el título “**Grupos de Nuestra Señora de Matrimonios**” y en enero de 1948 se convierte en “**Carta mensual de los Equipos de Nuestra Señora**”.

1.7- La Carta Fundacional (1947)

La Carta fue promulgada el 8 de diciembre de 1947. Se publica en el número 1 de la carta Mensual (Enero). El Padre Caffarel y el equipo dirigente la presentan así:

Queridos amigos:

*Unida a esta carta encontrarán la **Carta de los Equipos de Nuestra Señora**. Se trata de un gran acontecimiento en la historia de nuestros grupos de matrimonios. No queremos decir que esta Carta, tal como se presenta, sea perfecta. Estamos convencidos de lo contrario. Pero responde al deseo de numerosos grupos, expresado con frecuencia durante estos últimos años, de una dirección firme, de orientaciones precisas y de un cuadro robusto. Esto es, precisamente, lo que deseaba darles en esta Carta.*

*Ir hacia adelante, **no se trata de disertar sino de vivir**. La vida hará que aparezcan las modificaciones que deban aportarse a esta ley.*

Muchos de ustedes pensarán quizá al leerla que no aporta nada nuevo. ¡Menos mal!. Esto prueba que tiene en cuenta las experiencias que han realizado, que no se trata de una construcción del espíritu en la estratosfera.

Apliquenla, una vez leída y meditada. Es posible que entonces la encuentren terriblemente exigente, aunque no lo parezca. No por unas obligaciones extraordinarias, sino porque exige que todo lo que se hacía hasta ahora de forma aproximada, se haga bien en lo sucesivo. Al comprometerse a seguir fielmente las obligaciones de esta regla, se ayudarán ustedes mismos y ayudarán a los matrimonios amigos a vivir cada día más perfectamente su vocación de hombres y mujeres, de esposos y de padres.

Más suave, esta Carta hubiera convencido a muchos más. Y sin embargo, renunciamos deliberadamente a una devaluación de la mística y de la disciplina, ya que no quisimos decepcionar a tantos matrimonios, sobre todo entre los jóvenes, que aspiran a una ley fuerte, que les ayude a vivir en un clima de virilidad cristiana.

No deben adherirse a esta Carta de mala gana. No es deshonesto para un matrimonio o para un grupo, retirarse. Pero que los que la adopten, que lo hagan sin reticencias y resueltamente.

Hemos asumido nuestras responsabilidades. Recen, reflexionen y asuman las suyas.

Henri Caffarel, Gérard y Madeleine d'Heilly, Charles Rendu, Pierre y Geneviève Poulenc.

¿Por qué una Carta? ¿Qué acogida recibió? Extraemos las siguientes precisiones hechas diez años después de este acontecimiento por Francis y Germaine de Baecque.

En primer lugar vamos a exponerles lo que querían en aquella época los dirigentes del Movimiento. Para hacerlo nos referiremos a lo que se nos ha remitido. Luego les daremos nuestro testimonio sobre la acogida recibida por la Carta.

¿Por qué la Carta?

*Después de la guerra, el Movimiento, como tantos otros, tropezó con dos dificultades contrarias: por una parte, la posibilidad de una mayor publicidad facilitaba la rápida expansión y dejaba descubrir la aspiración de personas casadas a trabajar juntos; por otra parte, la vuelta a la vida normal multiplicaba las solicitudes a cada matrimonio y amenazaba a cada uno de ellos con una **dispersión irreconciliable con un trabajo en profundidad**. A esto venía a añadirse, para los equipos que ya contaban con varios años de vida, **el peligro de la rutina, la "tentación de la amistad" que se convierte en una finalidad y se basta a sí misma**.*

Para los Equipos, esto significaría el riesgo de una baja de tono y un reclutamiento demasiado rápido y animado por "la moda."

*Ante este problema, el Equipo Dirigente (éste era el nombre que se daba entonces al actual "Equipo Responsable") estimó que **ante todo era preciso salvar el espíritu del Movimiento, su razón de ser: a saber, ser una escuela de vida cristiana, tanto para los recién ingresados, que debían tener conciencia de ello desde el primer contacto con los Equipos, como para los más antiguos que corrían el riesgo de no caer en la cuenta de que necesitaban se les exigiera**.*

*Se escogió, pues, elaborar la Carta: **para recordar el ideal "místico", para exponer el espíritu y la "disciplina" para conseguirlo y para precisar los medios aplicados**.*

Y se decidió, no sólo imponer la adhesión a la Carta a los nuevos esposos, sino también a aquellos que ya pertenecían al Movimiento, aceptando el riesgo de que algunos se marcharan.

La acogida de la Carta

Aquí es donde podemos aportar nuestro testimonio. Ante todo conviene situarlo. Ante esta exigencia, bastante brutal, de tener que aceptar la nueva forma del Movimiento o bien abandonarlo, no todos los equipos reaccionaron de la misma forma.

Unos aceptaron sin dificultad. Sentían conscientemente esta necesi-

dad de definiciones y la forma adoptada estaba de acuerdo con sus aspiraciones. Manifestaron enseguida su gozo por la nueva forma que adoptaba el Movimiento.

Otros, y fueron bastante numerosos, se negaron a entrar en el juego. Para algunos, resultó evidente que no les convencía la nueva orientación y que no podían seguir. No a todos conviene la fórmula de los Equipos de Nuestra Señora; hay que evitar imponerla a aquellos que no están hechos para ella.

Para otros, el problema fue más difícil. En principio estaban de acuerdo con un movimiento exigente, con una disciplina más estricta, pero algunas modalidades les chocaban, les parecían indiscretas, tenían, en su opinión, un carácter inaceptable. Y al fin de cuentas fueron estos medios los que prevalecieron para ellos: rechazaron la Carta.

La lección que puede sacarse es que conviene siempre, cuando se presenta la Carta, volver a unos objetivos muy sencillos, que están en la base de nuestro esfuerzo común, y explicar y mirar los medios examinados a la luz de estos principios.

Otros, es cierto, fueron descartados porque no pudieron aceptar las modificaciones aportadas por los dirigentes y sin su previo acuerdo, sin

duda imposible de obtener, a las reglas de juego anteriores. Tuvieron la impresión de ser víctimas de un engaño, tanto más cuanto que el punto de vista del interés general del Movimiento condujo a los dirigentes de entonces, en aquel momento en que las estructuras estaban trastornadas, a sacudir un poco a los matrimonios para que se decidieran en favor o en contra de la Carta. En la actualidad, cuando presentamos el Movimiento, es necesario hacerlo en su totalidad, para que los esposos no tengan la sensación de que se van añadiendo cosas.

Para otros, finalmente, la decisión fue todavía más difícil por estar dividido el propio grupo; mientras unos aceptaban la Carta, otros presentaban objeciones de fondo. En muchos casos, cosa muy explicable, estos equipos no pudieron permanecer en el Movimiento. En un equipo que se inicia siempre es necesario puntualizar las cosas rápidamente, ya que **una sola pareja que se niegue a jugar el juego, impide que avance todo el equipo.** Pero los que tuvieron dificultad en aceptar la Carta no todos la rechazaron. Nuestro equipo, que fue precisamente uno de los que dijeron sí con muchas dudas, nos permite explicar cuáles fueron nuestros motivos de adhesión.

En primer lugar, confesamos que la aplicación de la Carta nos llevó mucho tiempo. Luego, la aceptación sin

reservas de los principios: cada vez que tropezábamos con dificultades, ahondábamos más en ella.

Pero lo definitivo fue la confianza en el conjunto de lo que el Padre Caffarel nos había aportado; esto fue lo que nos permitió aceptar aquello cuyo valor no acabábamos de comprender, el convencimiento de que el acto de obediencia y de humildad que realizábamos al decir sí, tenía en sí su propio valor.

Diez años después les podemos asegurar que ninguno de los matrimonios de nuestro equipo lamenta la aceptación; hemos visto en qué se convertían los equipos sin regla; hemos descubierto poco a poco la riqueza de la Carta y cuánto puede ayudarnos a no adormecernos.

1.8- Los “Hogares de Cristiandad” (1948)

Algunos rechazan la Carta que parece pedirles demasiado, no pertenecerán a los Equipos de Nuestra Señora. ¿Qué hacer con ellos? ¿Dejarles caminar solos? Sabemos lo difícil que resulta formar grupos aislados sin apoyo ni acompañamiento. El Padre Caffarel les propone que constituyan otro Movimiento que no tenga todas las “obligaciones” de la Carta. Se crean los “Hogares de Cristiandad” que durarán solamente

algunos años a pesar de la generosidad de sus miembros. El Padre Caffarel comenta posteriormente: **“Veo que el Movimiento exigente es el que se ha mantenido y desarrollado”**.

1.9- Los equipos en Brasil (1949)

“Tender hacia la santidad. Ni más ni menos”. El Padre Caffarel impulsa el crecimiento de los equipos en otros países y explica lo que es el nuevo Movimiento para los matrimonios. Se toma esta frase de la carta del Padre Caffarel dirigida a Pedro y Nancy Moncau:

... los grupos de matrimonios que trabajan paralelamente al Anneau d'Or tienen como objetivo esencial ayudar a los esposos a tender hacia la santidad. Ni más ni menos.

1.10- Lourdes (1954)

Los grandes encuentros comienzan a dar ritmo a la vida del Movimiento convertido en internacional. Este es el primer encuentro, los Equipos se consagran a Nuestra Señora.

1.11- Roma (1959)

En 1959 se reunieron en Roma mil matrimonios de los Equipos. Allí

escucharon el paternal aliento de Juan XXIII. Y ante ellos, el Padre Caffarel hizo el balance del Movimiento: **"Vocación e itinerario de los Equipos de Nuestra Señora"**. Al terminar, se interrogó sobre el futuro: podemos escucharle todavía, ya que el problema que planteó y que recibió elementos de solución, continúa siendo actual.

Los hijos, cuando crecen, plantean nuevos problemas, como ya saben por experiencia. Lo mismo ocurre con nuestro Movimiento. Hay que contar con fases nuevas y por lo tanto también con nuevas crisis. Ya que es una ley de cuanto esta vivo, que para acceder a una nueva fase de evolución, es preciso atravesar un período crítico. Quisiera, al terminar, hablarles de signos precursoros que me hacen presagiar una quinta fase bastante próxima.

Tras varios años de vida de equipo, y esto corresponde con frecuencia a la edad difícil entre los esposos, lo que no simplifica realmente las cosas, los matrimonios se encuentran ante una encrucijada: ante ellos se presentan dos caminos, uno ascendente, el otro en declive.

Unos, al haber accedido poco a poco a una madurez espiritual, evolucionan en el sentido del progreso. No siempre analizan lo que les sucede. En realidad, la llamada a la perfección

se hace oír en lo más íntimo de su conciencia; presienten lo que es el amor de Dios, sus terribles exigencias y sus magníficas larguezas y piden al Movimiento que les ayude a responder a su llamada.

Otros presentan signos de endurecimiento, de envejecimiento espiritual, de esa "tibieza" que tenían tanto los antiguos Padres del desierto. Por ejemplo aquella pareja que escribía a su equipo: "Considero suficiente mi vida religiosa, no veo la necesidad imperativa de mejorarla. Por otra parte, nuestro progreso a través del equipo ha sido poco considerable hasta el momento, y se ha comprobado que es muy difícil de realizar. Al ser el Movimiento muy idealista, debo decirles que el combate de la vida me ha hecho abandonar todo idealismo". En cambio, otros permanecen, iba a decir que se incrustan en el Movimiento. O bien observan la Regla, pero, lo cual es grave, se limitan a ello y se sienten satisfechos de sí mismos (para ellos la Carta es un hecho y no un trampolín, y ante ellos no es posible dejar de pensar en los fariseos), o bien toman y dejan parte de ella, con las obligaciones que suponen los Equipos y aún con las mismas consignas de Cristo. No les ocultaré que es grande la angustia del sacerdote en presencia de estos matrimonios. Se parece a la de los padres que descubren un día que su pequeño o su pequeña se han detenido en su desarrollo mental, que

es una de las pruebas más desgarradoras. Estos matrimonios también parecen definitivamente parados en su evolución espiritual (hablo de matrimonios, pero a veces es uno solo de los esposos el que sufre este mal). Todo es de temer para ellos, ya que la ley es ineludible: el que no avanza, retrocede. Y en efecto, ¡cuántas quiebras!

Ante las aspiraciones de los unos y el descuido de los otros (por suerte, los menos) tengo la sensación de que nuestros equipos antiguos se encuentran en un recodo tan decisivo como en vísperas de la Carta: en estos momentos se impone una opción. Para entrever la solución hemos de considerar atentamente la naturaleza de nuestro Movimiento. **Nuestros Equipos, ¿son un Movimiento de iniciación a la vida cristiana en el matrimonio o son un Movimiento de perfección cristiana?** Sólo la respuesta a esta pregunta puede situarnos en el camino correcto.

Si nuestros Equipos son un Movimiento de iniciación a la vida cristiana, sólo deben retener a los matrimonios durante un tiempo. **Permanecer más allá de un cierto límite en un movimiento de iniciación es algo que carece de sentido y favorece el infantilismo. No pasa uno la vida iniciándose.** No queremos que nuestro Movimiento sea una guardería de eternos menores, de espiritualmente

débiles, con la sensación de rentistas en la vida espiritual. Si, en cambio, nuestros Equipos son un Movimiento de perfección, "una escuela de perfección" siguiendo la antigua denominación de las órdenes religiosas, entonces sí, los matrimonios pueden pensar en continuar en ellos. Pero **es importante que los matrimonios, pasada la fase de iniciación, se orienten deliberadamente hacia la perfección evangélica,** tomen su cruz, se entreguen a las exigencias del Amor, avancen hacia el don total.

Movimiento de iniciación, Movimiento de perfección, ¿qué hay que escoger? Mi convicción es cierta: **nuestros Equipos deben ser a la vez Movimiento de iniciación y Movimiento de perfección.** Si fueran solamente un movimiento de perfección, los matrimonios dudarían en entrar. O si ingresaran, no sabrían bien a qué se comprometen, ya que es preciso haber alcanzado cierto grado de evolución espiritual para aspirar a la perfección cristiana. Si nuestros Equipos fueran solamente un Movimiento de iniciación cristiana, pronto decepcionarían a los matrimonios a quienes han conducido a que desearan más.

La solución teórica es sencilla: una vez transcurridos los años de iniciación, o bien se retiran los matrimonios o bien inician el movimiento ascendente. La solución concreta ya no es

tan fácil, pero tengo el convencimiento de que los meses, los años próximos, verán la solución. La apuesta es de una importancia capital, por lo cual los invito a que recen mucho por esta intención.

Si estoy tan convencido para afirmar que los Equipos de Nuestra Señora han de ser algo más que un Movimiento de perfección cristiana, es porque, a mi entender, las necesidades actuales de la Iglesia piden con más insistencia que nunca la instauración de estos movimientos de perfección para los casados. Ya saben que la humanidad se desarrolla a un ritmo vertiginoso, que, según los demógrafos, habrá doblado la población hacia finales de siglo, y saben también que las vocaciones sacerdotales no sólo no se multiplican al mismo ritmo, sino que con frecuencia van decreciendo. Consecuentemente, en el día de mañana será aún más necesaria la cooperación de los seglares en el apostolado de la Jerarquía.

Pero otra razón todavía más fundamental me lleva a la convicción de que los movimientos de perfección para los seglares casados son una necesidad urgente de la Iglesia. Efectivamente, es importante que en estos momentos la santidad de Cristo se haga presente en todos los sectores de la vida moderna: en nuestro mundo hay una necesidad imperiosa de santos seglares. Santos, misioneros, y quizá aun

mártires. Que no nacerán por generación espontánea: sólo pueden surgir de familias profundamente cristianas, y sólo pueden alcanzar su formación y encontrar su sostenimiento en estos movimientos de perfección de que hablamos.

... ¡Que futuro más brillante podríamos esperar para la Iglesia si el mensaje de luz de Cristo sobre el matrimonio llegara a los cuatro puntos cardinales, si alcanzara a seducir numerosas parejas jóvenes, si diera ánimos a una gran cantidad de familias, en las que Dios fuera amado por todos y por encima de todo.

1.12- Lourdes (1965)

Durante el encuentro en Lourdes, al que asistieron 7.000 personas, el Padre Caffarel insistió sobre la vocación del Movimiento. En la pequeña Iglesia que es el hogar y que es el equipo existe un elemento esencial: el amor fraterno. Se presenta un extracto de sus palabras:

“Los Equipos de Nuestra Señora al servicio del Mandamiento Nuevo”

El mandamiento nuevo

Lo que más preocupa al corazón de Cristo es que los suyos se amen entre ellos. Vuelve a repetírselo, antes de rogar a su Padre: «Hijos míos, voy a

estar ya muy poco con vosotros. Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que como yo os he amado, así también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, en que os amáis unos a otros.» (Jn. 13, 33a, 34-35).

Jesús no fue demasiado pródigo en palabras tiernas, a menudo trató con dureza a sus discípulos. Su amor lo manifiesta más con obras que con palabras. Pero esta noche no puede contener su ternura: «Hijos míos, voy a estar ya muy poco con vosotros...».

Habla de mandamiento: «Os doy un mandamiento nuevo...», pero, en realidad, se trata más que de un mandamiento, de un testamento espiritual del que aquél que va a abandonar a sus seres queridos y les confía lo más profundo de su pensamiento, de sus sentimientos, de su voluntad. ¿Se han dado cuenta de una palabra que no se encuentra en el primer texto que hemos leído? Califica su precepto con el término de “nuevo”. En efecto, es nuevo porque nuevo es el amor que preconiza; se trata de un amor que no tiene origen en el corazón del hombre, sino en el corazón de Dios. Prueba de ello es que los escritores sagrados emplearon para designarlo una palabra también nueva: ágape, en griego (traducido al castellano por caridad). Este amor surge en el corazón de los cristianos desde el Padre, a través del Hijo, y se

propaga a través de ellos por el mundo entero...

La caridad fraterna entre matrimonios

Lo que es característico de un Equipo de Nuestra Señora, en relación con otros grupos, en lo que se refiere a la unión entre los esposos, a la unión entre padres e hijos, es que la práctica del “mandamiento nuevo” es su razón de ser. Está fundado para eso. Todo: organización, métodos, obligaciones, actividades, está ordenado a este fin.

Pueden ver entonces que se equivoca el matrimonio que ingresa a un equipo para complacer a su párroco, o aquél que instalado de nuevo en una ciudad, acude para establecer relaciones, o también el otro que tiene cinco hijas y piensa ya en “colocarlas” como suele decirse. El motivo que incita a cada uno de ellos a sumarse a un equipo, si bien es respetable, no es sin embargo el bueno. Se encontrarán decepcionados y decepcionarán a sus compañeros de equipo, a menos que, cuando se den cuenta de su error, cambien sus motivaciones.

La autenticidad del motivo asegura un buen inicio, asegura también la buena evolución del equipo. Pero sucede que con el tiempo el motivo degenera; esta es la explicación del declive de ciertos equipos. Las causas de esta degradación son variadas. Señalaré en primer lugar la tentación

de la amistad; al principio no se conocen muy bien y se reúnen en nombre de Cristo. Pronto se instauran lazos de amistad humana entre los miembros (lo cual es motivo para alegrarse), pero entonces amenaza el peligro de ir solamente a la reunión bajo el impulso de la amistad y no en nombre del Señor. Y entre otras causas señalaré la rutina; ya no se tiene presente en la mente el verdadero motivo y se acude a la reunión de una manera maquinal. Otros miembros obedecen a un sentimiento del deber: si abandonaran el equipo, éste correría el riesgo de deshacerse.

Hasta tal punto que se insinúa poco a poco, subrepticamente, una impresión de insatisfacción, de decepción. Se escucha esta reflexión melancólica: Ya no es como antes. Surgen entonces tentaciones diversas: la de resignarse, o la de perder la fe en el valor del equipo, o también la de echar la culpa a los demás. Tentación no es pecado, pero no se puede tardar en hacer un examen de conciencia leal.

El declive de una vida de equipo se debe a veces a otra razón: se está de acuerdo con la finalidad, pero no se quieren admitir las exigencias del amor recíproco. El amor fraterno es muy fácil en un vagón de tren que se dirige a Lourdes. Pero no es tan fácil la perseverancia en el amor mutuo, menos excitante que su inicio. Por tanto, se impone buscar juntos las

grandes leyes de la caridad fraterna, y aplicarlas, si es que queremos que dure y se desarrolle. Desearía que recordaran esto: un Equipo de Nuestra Señora no es solamente un grupo de matrimonios, donde se practica el amor fraterno, sino donde uno se inicia en él. Y es una iniciación fuerte. En el diálogo con los demás se aprende a conocerse uno a sí mismo, y lo que se descubre no siempre es halagüeño. Uno se ve como obligado a hacer el aprendizaje de las virtudes difíciles. ¡Cuántas veces, para tener ánimos para perseverar, habrá que dejar retumbar en uno mismo, de nuevo, la consigna de Cristo: "Hijos míos, amaos los unos a los otros como os he amado"!

7 de junio de 1965.

Henri Caffarel

1.13- Roma (1970)

A los 2000 matrimonios provenientes de veinte países se les dirigen dos mensajes importantes, el del Papa Pablo VI, verdadera síntesis sobre el matrimonio cristiano, y el del Padre Caffarel que invita a los matrimonios a reavivar la conciencia de su misión en un mundo ganado por el ateísmo, pide también el esfuerzo de recurrir cada vez más a la oración, a la Palabra de Dios, a la ascesis. Se presenta un extracto de las palabras del Padre Caffarel.

“Los Equipos de Nuestra Señora frente al ateísmo”

Un amor que da testimonio del Dios amor

Observemos más de cerca su misión de testigos de Dios. La primera manera de realizarla es vivir siempre más perfectamente su amor, hacer que despliegue todas sus virtudes, que se manifieste fiel, feliz, fecundo. Es cierto que se encuentra por encima de sus posibilidades: el hombre y la mujer pronto han comprobado que el mal trabaja en el hogar. Tienen que recurrir necesariamente a la gracia de Cristo, salvador de la pareja. Pero con ello su unión se convierte en testigo de Dios salvador y no ya sólo del Dios creador.

Su matrimonio dará testimonio de Dios de una manera más explícita aún, si es la unión de dos “buscadores de Dios”, según la admirable expresión de los salmos. Dos buscadores cuya inteligencia y corazón están ávidos de conocer, de encontrar a Dios. Apasionados de Dios, impacientes de estarle unidos, para quienes Dios es la gran realidad, a quienes Dios interesa por encima de todo. En un matrimonio semejante todo se vive y se concibe en función de Dios. Y no hablo en teoría. ¡Cuántos conozco entre ustedes de estos verdaderos buscadores de Dios, en quienes vibra una cuerda secreta cuando se evoca ante ellos el nombre de Dios!

Semejante matrimonio es un lugar de culto: marido y mujer son esos “adoradores en espíritu y en verdad”, “tal como el Padre los quiere” (Jn 4, 23). A los hijos se les forma para que ellos también sean adoradores. Y ese mismo impulso de adoración orienta los corazones y todos los trabajos a lo largo de los días. El matrimonio cristiano es esta “Iglesia en reducción” de que hablaba San Juan Crisóstomo, esta “célula de Iglesia” de la que nos hablaba Pablo VI. Todos los demás lugares de culto podrían estar cerrados, destruidos, como en ciertas regiones del mundo, pero la familia cristiana continuaría siendo la morada de Dios entre los hombres.

Y porque Dios permanece en ellas, es también un lugar donde actúa, continúa operando esas “mirabilia”, esas grandes cosas de las que nos habla la Biblia. Es una “historia santa” la existencia de un matrimonio cristiano, porque es una historia guiada por Dios. Los que vienen a pedirle hospitalidad, sean conscientes o no de ello, encuentran a Aquél de la que es su morada. Ubi caritas et amor, Deus ibi est. Donde está el amor y la caridad, allí está Dios presente.

Los visitantes por múltiples indicios, descubren a ese Dios que actúa en el hogar: una preocupación de simplicidad, de caridad, una manera habitual de subrayar el lado bueno de la gente y de las cosas, un juicio espontánea-

mente evangélico sobre los acontecimientos..., una independencia frente al mundo, a las modas ya sean intelectuales u otras cualquiera.

No existe riesgo que semejante matrimonio sea una especie de ghetto donde uno se encierra al abrigo de las miserias de este mundo; se regresa allí a rehacer las fuerzas en el amor mutuo, en la oración y el reposo, pero para partir de nuevo, con nuevo impulso, hacia las grandes tareas humanas como servidor del "Dios amigos de los hombres". Así los esposos cristianos son en medio del mundo los testigos del Dios vivo. Como prueba aduzco esta reflexión de una científica atea a una amiga católica: "Para usted, Dios está vivo como lo están su marido y sus chiquillos. Mis argumentos en contra de Dios son ridículos ante usted... ¡es como si intentara demostrarle que su marido no existe!

Dirán que este retrato del hogar cristiano supone el problema resuelto, es decir, que somos santos. ¡No! No he hablado de santidad, sino de búsqueda de Dios, de honor rendido a Dios, de recurso a Cristo salvador para superar a diario en la vida conyugal y familiar las tentaciones y los obstáculos. La penitencia, entiendo por ello el humilde reconocimiento de nuestro pecado, de la frecuente infidelidad a Dios, da ya testimonio a Dios, revela su santidad. Recuerdo una

reflexión de un diplomático de América Latina, después de una estancia en un hogar de los Equipos. Ni el marido ni la mujer eran santos. Pero se trataba precisamente de este tipo de matrimonio penitente a la búsqueda de Dios. "Ahora sé que si mi país, a imagen de esta pequeña comunidad familiar, reconociera sus transgresiones e hiciera penitencia, conocería la paz que reina en el hogar donde acabo de pasar unos días".

Quisiera poder comunicarles mi convicción de que un matrimonio de "buscadores de Dios" en nuestro mundo que ya no cree en Dios, que ya no cree en el amor, es una "teofanía" una manifestación de Dios, como lo fue para Moisés aquella zarza del desierto que ardía sin consumirse.

Cuando su matrimonio, cuando su amor dé testimonio de Dios que es amor, entonces y solamente entonces deben y pueden dar el testimonio de la palabra que será refrendada por su vida.

Henri Caffarel

1.14- ¡A Dios! (1973)

El Padre Caffarel decide retirarse como Consiliario del Movimiento. Explica su determinación en un editorial de la Carta de los Equipos de Nuestra Señora titulado "A Dios".

Es una ocasión para volver a hablar del principio de las grandes etapas de los Equipos, para invitar a mirar hacia el porvenir "con fidelidad a la gracia de los orígenes e inteligencia de las necesidades de los tiempos".

¡A Dios!

Para tomar conciencia de nuestra vocación, ver con más discernimiento dónde debemos ir y qué camino debemos seguir, es a veces muy instructivo considerar de dónde venimos y qué etapas hemos recorrido. La perspectiva hace que se nos aparezca llena de sentido la manera como ha llevado Dios las cosas y nos revele una maravillosa solicitud. Lo que es verdad para una persona también lo es para el Movimiento.

A través de este editorial, quisiera invitarlos brevemente a una búsqueda de esta clase.

El período de 1937 a 1940, aunque muy corto, fue decisivo. Una generación de jóvenes esposos se encontraba irresistiblemente empujada a interrogar al Señor sobre las riquezas cristianas del amor y del matrimonio. Presentían que iban a hacer descubrimientos admirables. Dos amores constituían para ellos su fuerza, su alegría, su gozo de vivir: el amor de Cristo y el amor conyugal. Aspiraban a responder sin reservas a las llamadas de uno y otro, sabiendo perfectamente por

otra parte que el segundo sólo puede encontrar todo su sentido y su dinamismo en el primero.

Entre 1940 y 1945 se elaboró lo que después se ha conocido por la espiritualidad familiar y conyugal. Había mucho entusiasmo por desbrozar terrenos casi inexplorados de la espiritualidad cristiana y por vivir en equipo esos descubrimientos, bajo la regla que nos habíamos fijado. Las difíciles condiciones de vida como eran la guerra, la ocupación, la pobreza, obligaban a no contentarse sólo con hermosas ideas, sino a conformar a ellas nuestra vida.

A partir del año 1945, se multiplicaron los grupos en Francia y en el extranjero; el Movimiento cobraba conciencia de que tenía una responsabilidad de Iglesia: se trataba de compartir lo que descubríamos y lo que vivíamos con todos los matrimonios cristianos que aspiraban a vivir su estado con plenitud. L'Anneau d'Or, fundado ese año 1945, representó el medio de difusión. Teníamos muchas esperanzas que una renovación de los esposos cristianos contribuyera a una nueva primavera de la Iglesia.

El anuncio del Concilio nos pareció la ocasión providencial para aportar nuestra contribución de esposos a la renovación de la Iglesia deseada por Juan XXIII. Centenares de cristianos casados respondieron con entusiasmo

a nuestra pregunta: ¿Qué esperan de la Iglesia los matrimonios y qué piensan aportar a la Iglesia? El informe de esa encuesta dio lugar a un número especial de L'Anneau d'Or, «Mariage et Concile» (Matrimonio y Concilio) 1962, que enviamos a los Padres del Concilio y que para muchos de ellos representó una verdadera revelación.

Las grandes esperanzas que provocó el Concilio, encontraron profundo eco en nuestro Movimiento. La gente creía que la renovación de la Iglesia, en todos los sectores, iba a estallar como la primavera canadiense que en pocos días hace que se pase del invierno al verano. ¡Qué ingenuidad! Sobrevino la crisis que fue agravándose de año en año; no fue sólo la sacudida de unas instituciones que necesitaban una seria transformación, sino una crisis de fe y de las costumbres en el seno mismo de la Iglesia.

Nuestros Equipos, zarandeados por el enorme movimiento que todo lo ponía en entredicho, sólo lo fueron momentáneamente, ya que al estar los matrimonios sólidamente arraigados en lo real, tienen más facilidad para discernir los proyectos fecundos de la utopía. Además, les ayuda a ello de una manera cruel ciertos acontecimientos familiares totalmente inesperados, ya en su casa o entre familias amigas. Muchos esposos que de la

espiritualidad conyugal y familiar habían sacado luz, fuerza y alegría a lo largo de los años, ven a menudo cómo sus hijos adolescentes abandonan la fe cristiana o bien se marchan de casa para vivir maritalmente sin pensar en casarse: no siempre tiene lugar una ruptura violenta y a veces los jóvenes mantienen buenas relaciones con los padres. Dicen, sencillamente, que no entienden «qué más podría aportarles» la fe por una parte y el matrimonio por otra. Amarga prueba para unos padres que no abrigan mayor ambición que transmitir a sus hijos lo que es su razón de vivir.

Sé cuánto los agita la crisis de la Iglesia y su repercusión en la familia. Sé que descubren con más urgencia las responsabilidades que incumben al Movimiento en esta Iglesia. No tengo la menor duda de que los Equipos entran en una fase nueva de su historia. Si acabo de presentarles una breve ojeada retrospectiva, ha sido para ayudarles a descubrir los caminos futuros.

El momento crucial se inició con nuestra peregrinación a Roma el año 1970. He dicho inició; porque queda por llevar a cabo con voluntad férrea un esfuerzo de oración, de reflexión y de transformación, para descubrir la voluntad de Dios sobre el Movimiento y su misión, con fidelidad a la gracia del principio y la inteligencia de las actuales necesidades.

No he querido abandonar mi misión de Consiliario del Movimiento antes de haberse emprendido esta mutación obligada; pero para que se lleve plenamente a cabo serán necesarios diez o quince años, y a los setenta no puede pensarse en llevar a buen puerto semejante empresa. Por esta razón, un sacerdote a quien tengo en gran estima y merecedor de toda mi confianza, el Padre Roger Tandonnet, conocido y estimado por muchos de ustedes, desempeñará en adelante la tarea de Consiliario en el Equipo Responsable.

¿Es preciso que diga que abandonar mi cargo no significa que abandone el Movimiento? Está aferrado a mi corazón. Los padres no abandonan al hijo que funda un hogar; no se sienten menos responsables del destino espiritual de aquél a quien han comprometido en la peligrosa aventura de la vida humana. Pero comprenden que en adelante deben ayudarlo como lo hacía Moisés, rezando en la montaña con los brazos tendidos hacia Dios, mientras los israelitas libraban en la llanura un violento combate.

Creo más que nunca en el valor irremplazable de la oración; así es como deseo ayudarles y permanecer presente ante ustedes. Todo mi tiempo, durante los años que me queden de vida y en la medida que de mí depen-

da, lo dedicaré a rezar y ayudar a rezar a los demás: los Cuadernos sobre la Oración, los Cursos de oración por correspondencia, la dirección de la Casa de Oración de Troussures y la animación de las Semanas de Oración que allí se celebran, la *Chambre Haute*, el nuevo boletín que he creído oportuno fundar para sostener a los grupos de oración que surgen un poco por todas partes, la ayuda a esa gran corriente de Renovación que nacida en América acaba de alcanzar Europa...

Algunos de entre ustedes me han dicho: Déjenos un testamento espiritual. ¿Es necesario? ¿No es mejor, para un discípulo de Cristo, repetir las últimas palabras de su Maestro: «Lo que os mando es que os améis los unos a los otros?» (Jn 15, 17).

Añadiré no obstante: recen por mí. Al dejarlos, tengo conciencia de todo lo que no he hecho ni he sido. No los he incitado con bastante fuerza a seguir a Cristo por el camino de un amor incondicional. La oración me ha llevado a comprender un poco mejor la exigencia de este amor de Cristo; amor tierno e intransigente, amor celoso. Por otra parte, no se trata tanto de llevar a cabo unas hazañas como de tener fe absoluta en Cristo.

Quisiera poder estrechar la mano de cada uno de ustedes, los ojos puestos en sus ojos. ¡A DIOS!



2

El Carisma Fundacional

2- El Carisma Fundacional (1987)

El Padre Caffarel habla el 3 de mayo de 1987 en Chantilly – Francia (14 años después de haberse retirado como consiliario del Movimiento), ante los matrimonios responsables Regionales y de Sectores europeos. Definió el “Carisma Fundacional” de un movimiento de Iglesia como una intuición que no es solamente humana, sino que viene de una inspiración del Espíritu. Dada la gran importancia de esta charla, la transcribimos en su totalidad.

EL CARISMA FUNDACIONAL **Reflexiones sobre los orígenes,** **Carisma Fundacional y situación** **actual de los ENS**

Si les parece, vamos a recogernos unos instantes, ya que para todas estas cosas importantes, es necesario adentrarse en el pensamiento del Señor. Unos segundos pues de oración.

Este es mi tema: **¿CUAL ES EL CARISMA FUNDACIONAL DE LOS EQUIPOS DE NUESTRA SEÑORA?**

Para que me entiendan, les hablaré primero de un recuerdo. Me encontraba en Roma hace unos 20 años para una comisión de religiosos (organismo que supervisa las órdenes religiosas). Hablaba con uno de los

eclesiásticos perteneciente a esta comisión que me decía: «Tenemos cada año 700, 800, 1.000 peticiones de aprobación de órdenes nuevas». Me mostré sorprendido por estas cifras y el eclesiástico quizás un poco machista me dijo: «La mayoría de estas peticiones, a decir verdad provienen de mujeres que no queriendo ser novicias en una orden antigua, pretenden formar órdenes nuevas para llegar a superiores enseguida». También me decía: «Hay tres categorías en estas peticiones; una primera, de las que presentan motivaciones o ideas cuestionables que eliminamos enseguida; una segunda de peticiones edificantes o loables que empezamos a estudiar, y quizás aprobemos; la tercera categoría es la de peticiones sobre las cuales tenemos presentimiento de que tienen Carisma Fundacional, aunque realmente en principio no lo sabemos con seguridad. El tiempo es el que lo dirá».

¿Qué entendemos por Carisma Fundacional? Desde luego, no es una idea buena, una idea edificante, sino una inspiración del Espíritu que será como un dinamismo que llevará la Institución a todo lo largo de su caminar y le permitirá cumplir con su misión. Existen grupos que en principio tienen un carisma fundacional, pero lo pierden a lo largo de los años. De hecho la historia de la Iglesia,

presenta muchos de estos casos, y es que los acontecimientos no se han unido lo suficiente al Carisma Fundacional a través de la reflexión y de la oración. Por eso me decía aquel eclesiástico que el Concilio Vaticano II ha pedido a las Congregaciones, a las Ordenes religiosas, que realicen un «aggiornamento», es decir, pensar en una renovación, una puesta al día, un renacimiento a partir de una reflexión y un planteamiento que las necesidades de los que pertenecen a la Organización con miras a responder mejor a las exigencias del tiempo actual y del porvenir.

Veamos entonces, tres elementos con miras a plantear un «aggiornamento», del modo de pensar de los Equipos después de 40 años.

Primero volver a la fuente, porque hay veces que la fuente ha quedado un poco borrada. Esa fuente que yo llamo *Carisma Fundacional*.

Existen órdenes religiosas que durante su caminar se desvían. Pienso por ejemplo en una que conozco muy bien. Es una orden de mujeres que se había creado para la enseñanza de niños pobres y que después se quedó en internados para una elite social, evidentemente ésta da más vocaciones que los niños pobres. Esto es un

ejemplo de infidelidad al Carisma Fundacional.

Entonces en primer lugar, *volver a la fuente*.

En segundo lugar, tener en cuenta las necesidades y los valores del tiempo en que vivimos. Cada época da a la Iglesia y a la sociedad valores nuevos positivos y negativos pero distintos. Hay que tener en cuenta los valores positivos, las necesidades de los individuos, e igualmente verificar si los valores que se piensan adoptar se sitúan en la línea del Carisma Fundacional.

«La noción de fidelidad a los carismas fundacionales, es muy importante pero no hay que confundir "ser fiel" con estar anclado»

Sucedió hace unos años por ejemplo que unos monjes pidieron hacerse sacerdotes obreros. El superior consultó y les dijo que eso no entraba dentro del Carisma Fundacional, no era menospreciar a los sacerdotes obreros, sino que ellos tenían otra vocación.

Entonces, volver a la fuente, acoger los valores y las necesidades en la medida en que son asimilables.

Y como tercer elemento, hacer una investigación sobre cuál es la dirección por la cual hay que invitar al Movimiento a que progrese.

Todo ello, en unión con el Carisma Fundacional.

Esta noción de fidelidad a los Carismas Fundacionales es muy importante pero no hay que confundir «ser fiel» con «estar anclado».

Me atrevo a creer ahora, después de 40 años, que en el principio de los Equipos de Nuestra Señora hubo un Carisma Fundacional. Pero ¡cuidado!, no me tengo por un profeta, ni por un inspirado o un santo. Al principio no sabíamos lo que iba a ser el porvenir, no decíamos que el Espíritu Santo nos había empujado a hacer tal cosa. Hoy después de 40 años y ante el desarrollo de los Equipos, pienso que en 1939, con las cuatro primeras parejas, existía algo más que una buena idea, algo más que un entusiasmo, que aquellos encuentros eran algo más que unos encuentros fortuitos, y que la Providencia y el Espíritu Santo estaban allí. De eso es de lo que les voy a hablar ahora.

¿Que se ha entendido, qué se ha comprendido bien de este Carisma Fundacional?

¿Qué se ha entendido de una manera imperfecta?

¿Qué es lo que no se podía entender entonces y se entiende mejor en la coyuntura actual?

Cuando se piensa en un «aggiornamento» o puesta al día tal y como lo están pensando, hay que respetar una ley importante y no solamente en los momentos decisivos, sino a todo lo largo de la evolución.

Por un lado, para los que son dirigentes, estar muy en contacto con la base; para recibir. Cuando una orden religiosa decide un «aggiornamento», consulta con todos sus miembros. Entonces, contacto con la base porque *en la base es donde muchas veces el Carisma Fundacional se ha conservado con más pureza.*

Y así mismo estar en contacto con la base para transmitir, comunicar lo que la cabeza entiende. Ello es muy importante porque resulta grave que exista un distanciamiento entre la cabeza y los miembros. Es un problema muy difícil y yo lo he percibido en los Equipos de Nuestra Señora. Hubo un tiempo en que yo mantenía un contacto cada 15 días o cada mes con todos los hogares responsables. Lógicamente este era un contacto muy directo. Pero poco a poco, se fue estableciendo toda una jerarquía y el contacto fue más difícil. No obstante hay que desearlo con toda la fuerza.

Vayamos a la primera parte que enunciaba. ¿Qué es lo que se ha entendido, se ha comprendido bien del Carisma Fundacional?

No puedo pasar sin contarles el relato de los comienzos. Era la simiente que portaba el dinamismo que ha lanzado al Movimiento.

Un día, en marzo de 1939, una mujer casada vino a verme, para pedirme que la ayudara a caminar en la vida espiritual; naturalmente le dije que sí. Quince días más tarde me pidió que recibiera a su marido; un mes después los dos me pidieron si podía aceptar el reunirme con otros tres hogares amigos que querían progresar en la vida cristiana. Se trataba de cuatro parejas de unos 30 años. Dudé. Dudé porque había tenido una aventura cruel en una Abadía donde acompañaba a un grupo de jóvenes. Me habían pedido que les hablara sobre el amor, y consciente de mis conocimientos de psicología escolástica, les dije: *Amar, es desear el bien de alguien*. Ellos empezaron a gritarme: desear el bien... usted no entiende nada. Les contesté que esto habría que matizarlo, pero la verdad es que aquella aventura, me había mortificado un poco. Por ello, ante esta propuesta de acompañar a cuatro matrimonios, empezó por faltarme un poco la confianza, pero el caso es que accedí.

Eran matrimonios característicos de aquella época. Habían hecho una

doble reconciliación: en primer lugar, una reconciliación entre *amor y matrimonio*.

Se repetía mucho entonces una frase célebre en aquellos tiempos, incluso en los anteriores (y que había pronunciado HAUROIS o MAURIAC no recuerdo) «El amor es una cosa; el matrimonio otra». En estas parejas jóvenes se había logrado esta reconciliación: Amor y matrimonio eran una sola y única cosa. No habían tenido aventuras sentimentales, con anterioridad, su primer amor era su cónyuge, y su matrimonio era un amor alegre.

«Tuve delante unos matrimonios en los que había dos amores: el amor conyugal, y el amor a Cristo»

Habían logrado también una segunda reconciliación... *«religión y amor a Cristo son una sola cosa»*. Yo no sé si pueden saber lo que suponía en aquella época, e incluso antes, cuando yo estaba todavía muy influenciado por el Jansenismo y, se señalaba con el dedo a los sacerdotes que hablaban de Amor de Dios. Yo tuve la suerte de encontrar a un padre espiritual que, él sí que me habló del Amor de Cristo. Se trataba pues de una verdadera reconciliación que había que hacer en los ambientes católicos y, verdaderamente estos 4 hogares, lo habían hecho. De tal suerte, tuve delante unos matrimonios en los que había dos amores: «el amor

conyugal» y «el amor a Cristo». A primera vista se puede pensar que cualquiera de estos dos amores son amores totalitarios, intransigentes.

Ellos mismos experimentaron que estos dos amores, que son absolutos, convivían perfectamente en su vida espiritual, sin llegarlo ellos mismos a comprender perfectamente. Por ello se encontraban muy deseosos de descubrir cómo progresar hacia la santidad, con estos dos amores dentro del corazón.

Primera reunión: Muy alegre, muy llena de ambición, sobre la base de aquella alegría suya de amarse y amar a Cristo. Me hicieron cantidad de preguntas, y entonces perdí el miedo, incluso me extrañó el encontrarme tan a gusto y comprendí porqué lo estaba; hacia 10 ó 15 años que vivía con Cristo una relación de amor y, ante estos matrimonios que me hablaban de su amor, yo descubrí que en la vida de la pareja se repetían las leyes que yo había encontrado en mi relación con Cristo. Y es que *«las leyes del amor son idénticas en todas partes»*. Esto me conquistó y me entusiasmó enseguida. Íbamos pues a poder ayudarnos los unos a los otros. Ellos me iban a aportar la realidad concreta que vivían y yo, en cambio, las nociones de espiritualidad que tenía. Cuántas veces me dije, si en vez de encontrarme con estas parejas hubiera empezado mi ministerio en

una Parroquia, aprendiendo del matrimonio en el confesionario, no hubiera evolucionado de la misma manera; hubiera conocido las dificultades morales, las dificultades psicológicas, hubiera tenido una idea mucho más oscura de la unión del hombre y de la mujer. Por fortuna empecé a interesarme por el matrimonio por medio de aquellas 4 parejas. La idea fue, desde el principio, *descubrir el pensamiento de Dios sobre la pareja y sobre todas sus realidades*. Y pienso que este es uno de los elementos fundamentales del «Carisma Fundacional».

Hicimos una lista de todos los elementos componentes de la vida de la pareja y de la familia, y pensamos poco a poco, en ir buscando la voluntad de Dios sobre todos ellos. Pero aconteció que 4 meses más tarde, fue la declaración de la guerra y las cuatro parejas quedaron diseminadas y yo mismo me tuve que marchar.

La segunda orientación era que, a unos y a otros, no les costaba trabajo pensar que su vocación era la santidad. *La santidad les parecía que era como un desarrollo del amor conyugal y del amor de Cristo*. La reflexión les hizo descubrir de una manera nueva el Sacramento del matrimonio. No como un simple trámite, sino como fuente de Gracia prodigiosa, ya que Cristo había

venido a salvar el amor enfermo desde el pecado original aportándole ayudas y gracias enormes.

Posteriormente descubrimos otra cosa importante, intuido por una mujer durante una de las reuniones de oración que celebramos (en cada una de nuestras reuniones rezábamos espontáneamente), que la oración era como una necesidad, una necesidad de alabar a Dios por lo que estos hogares vivían y, también, por lo que descubrían sobre el pensamiento de El. Era apasionante descubrir que Dios tenía una idea tan maravillosa sobre el

amor humano. Un día, una de las mujeres le habló a Dios de esta manera: *«Señor te damos gracias por el matrimonio de nuestros dos sacramentos, el sacerdocio y el matrimonio»*. Pienso que esta reflexión fue muy profunda, y pienso que pertenece a aquel dinamismo de los principios, la Alianza del Sacerdocio que representa a la Iglesia, el pensamiento de la Iglesia, y de los matrimonios que aportan sus riquezas, sus necesidades, sus preguntas y la necesidad de un diálogo para que el pensamiento de la Iglesia no se desconecte de las realidades concretas, sino, que trate de responder no solamente a las necesidades, sino también a las aspiraciones de las parejas.

«La idea fue desde el principio descubrir el pensamiento de Dios sobre la pareja y sobre todas sus realidades»

Tuvimos cuatro reuniones nada más. Esto bastó, diría yo, para decidir mi vocación. A partir de estas reuniones sentí un entusiasmo muy grande y en julio de 1940, después de escapar tres veces de los alemanes, volví. Me nombraron Vicario de una parroquia, me encontré con nuevas parejas a las que les comuniqué las experiencias de aquellas primeras reuniones y me pidieron que nos reuniésemos para repetir aquellas experiencias.

El clima era muy distinto, había guerra, había restricciones, había dolor y, a veces, la visita de la Gestapo en uno u otro de estos hogares para llevarse al marido a un campo de deportados.

Conservábamos el entusiasmo de antes de la guerra, porque *el pensamiento de Dios sobre el matrimonio era el fundamento de aquel entusiasmo*. Pero a la vez, fuimos tomando conciencia de que la vida humana no es un camino fácil. Con mucha voluntad, con mucha tenacidad, intentamos ahondar en la doctrina del matrimonio, en el pensamiento de la Iglesia sobre todos los aspectos del mismo. Nos preguntamos cómo vivir cristianamente las realidades conyugales y familiares, pregunta que posteriormente hemos ampliado a:

¿Cómo vivir dentro del matrimonio todas las exigencias de la vida cristiana? Esta pregunta era más exacta y desde luego, vimos que era preciso elaborar a cualquier precio, una espiritualidad del cristiano casado. Resultaba evidente.

La enseñanza normal de la Iglesia, de los sacerdotes, a hombres y mujeres que querían santificarse se basaba en una espiritualidad elaborada por monjes o por religiosos. Había pues, que hacer un descubrimiento, de lo contrario nos íbamos a quedar en un callejón sin salida.

«Posteriormente descubrimos otra cosa importante, que la oración era como una necesidad»

De ahí surgió la primera profundización en aquellos años, una *profundización doctrinal*. Pero no se termina nunca de profundizar en el pensamiento de Dios sobre el matrimonio. Segunda profundización, *profundización en la amistad*. En las circunstancias en que vivíamos, a veces dramáticas, estas reuniones no tenían únicamente como meta ahondar en una doctrina, sino la de anudar amistades, ayudarse mutuamente y, así comprendieron aquellos matrimonios que un aspecto muy importante de su vocación era la ayuda mutua *la ayuda mutua y también la oración*.

Recuerdo que una vez, cuando uno de los maridos fue llevado por la

Gestapo, por la tarde llamamos a todos los hogares por teléfono y decidimos pasar toda la noche en oración en la casa de aquel hogar. Las mujeres estaban en unos sofás, en unas camas y, nosotros los hombres, tumbados en el cuarto de estar tapados con unas mantas. Pasamos toda la noche orando en aquella casa. Esta necesidad de orar, nos pareció desde el principio muy importante y no se podía concebir después una reunión de matrimonios sin oración. Esto aconteció entre los años 1940 y 1945. Después, los prisioneros y los deportados volvieron unos sí y otros no, por desgracia. Los Grupos se multiplicaron. Se convirtió como en una moda, donde se iba para profundizar en el pensamiento de Dios, pero también se iba para encontrar amistades humanas, quizás también por snobis-mo.

Me di cuenta de que una amenaza de decaimiento pesaba sobre estos Grupos: en lugar de tener un ideal situado bien alto, se podían conformar con algo fácil. Fue una encrucijada difícil. Reflexionando sobre ello llegué a pensar: ¿Por qué los religiosos caminan a lo largo de su vida sin decaer, sin desaliento, sin abandono?... pues es porque tienen una Regla. Después de mucha reflexión pensé que, si queríamos evitar un decai-

miento, sería conveniente tener una Regla. Así fue cómo en 1945, 46 y 47, pensamos en crear la «*Carta Fundacional*».

Enseguida nos dimos cuenta de que de hacerlo, íbamos a correr el riesgo de perder cantidad de matrimonios y, de hecho, el día 8 de diciembre de 1947, en la Cripta de la Iglesia de San Agustín de París, donde se convocó a todos los hogares, bajo el rumor de que se les iba a proponer algo muy exigente, de hecho, una tercera parte de los hogares se marcharon. Ello era consecuencia de la ley de la exigencia. Nos preguntábamos entonces si habíamos tenido demasiadas ambiciones. Los años siguientes descubrimos que los hogares que permanecían, eran precisamente los que se habían planteado y querían cierta exigencia, luego siguió el desarrollo, un desarrollo inesperado en los cuatro rincones del mundo. Después vinieron los grandes encuentros, sobre todo los de Lourdes y Roma.

Recuerdo perfectamente cuando en 1959 me hice la siguiente pregunta: ¿El Movimiento de Equipos de Nuestra Señora, es un Movimiento de iniciación a la espiritualidad conyugal y familiar? Bueno, entonces si es así, cuando se está ya iniciado ¿se deja el Movimiento!... Un niño no permanece toda la vida en el jardín de infancia y de hecho sentimos el peligro de que

los Equipos de Nuestra Señora se convirtieran en guardería de adultos, o por el contrario, ¿nuestro Movimiento es un Movimiento de perfección? La respuesta, con motivo del encuentro de Roma, fue que los Equipos tienen que ser a la vez Movimiento de iniciación y de perfección, un movimiento de iniciación es más sencillo, un Movimiento de perfección exige que se den reglas para permitir progresar a los que a él pertenecen. Bien, debo resumir los elementos del Carisma Fundacional, tal y como han ido apareciendo a lo largo de los años.

Primero: *El matrimonio es obra de Dios, es obra maestra de Dios.*

Segundo: *El matrimonio tiene un alma, que es el amor, y dejar de lado al amor es condenar al matrimonio.*

Tercero: *Hombres y mujeres no pueden ser fieles al amor sin la ayuda de Cristo, por ello El creó el matrimonio en el que debemos profundizar.*

Cuarto: *Los cristianos casados, lo mismo que los monjes, estamos llamados a la Santidad.* Esto resulta bastante original, el Concilio no había tenido lugar todavía, y el Concilio, después, insistió mucho sobre la llamada a la santidad de los laicos.

Quinto: *La vida conyugal comporta grandes riquezas, pero también grandes exigencias.*

Sexto: *Es necesario elaborar una espiritualidad de la pareja que no puede ser ni la espiritualidad del soltero ni la del monje.*

Séptimo: *Todo ello, no se puede vivir más que con la ayuda de un Movimiento que oriente los pensamientos y que enmarque la vida.*

Todo esto, es lo que se entendió bien acerca del Carisma Fundacional.

Ahora les voy a decir, a mi parecer, lo que se entendió peor.

Primero: Entusiasmado ante estas parejas jóvenes, ricas en amor, había pensado que el amor sería el gran factor de perfección y que debíamos hablarles de permanecer fieles a él. Les recordé que Cristo da los medios a los que tienden hacia la perfección, como el *amor y la abnegación*. Dios quiere la perfección del cristiano, quiere la perfección de la pareja, quiere que el ser humano se haga perfecto por medio de la fidelidad al amor y por la abnegación. Es decir, donarse a si mismo y olvidarse de sí mismo. El amor y la abnegación son las dos caras de la medalla. *No hay*

amor sin abnegación y una abnegación que no viene del amor es una abnegación que no se puede practicar.

Pensando en todo ello comprendí que Dios había inventado el matrimonio como gran medio para favorecer el amor y también como gran medio para desarrollar la abnegación. También comprendí que no había que situar la abnegación al lado del amor, que la verdadera abnegación es el imponerse no dejar nunca de amar, vivir siempre en una actitud de «para ti» y no en una actitud de «para mí».

Para caminar en las rutas de la tierra el Señor nos ha dado dos piernas para caminar. En las rutas de la santidad el Señor nos ha dado dos medios: el amor y la abnegación. Me di cuenta de que había invitado a las parejas a caminar con un solo pie, pero así no se va muy lejos, es menester ir con ambos uno tras el otro. No estoy seguro de que esto se haya entendido muy bien en los Equipos de Nuestra Señora; *el matrimonio como gran medio de amor y de abnegación* y medio de abnegación precisamente para permitir el amor.

Recuerdo que, después de una conferencia sobre la espiritualidad

«Los Equipos tienen que ser a la vez, un Movimiento de iniciación y de perfección»

conyugal, vino a verme una mujer. Tendría unos 60 años, y me dijo; ¡Ay Padre! cuánto se lo agradezco, pero qué pena no haber conocido todo esto, mi marido y yo, cuando nos casamos. Verá Padre (esperando una confidencia me mostré respetuoso), se lo voy a decir todo, mire, el Coronel (hablando de su marido decía el Coronel) cuando me casé con él, ya iba muy adelantado en la vida espiritual, pertenecía a la Orden Terciaria Franciscana... se lo diré todo... él llevaba un cilicio, pero la verdad es que a mi aquello me «molestaba». Estuve a punto de decirle, mire, con una mujer es suficiente, no hacía falta llevar un cilicio. ¿Qué moraleja se desprende de esta historia?: La verdadera manera de morir a sí mismo, a este egoísmo que siempre llevamos dentro, es amar, amar desde por la mañana hasta por la noche, sin nunca caer en la actitud del «para mí» y estando siempre en la actitud del «para ti». El Señor inventó el matrimonio como el mejor medio de progresar dentro del amor y la abnegación. Los religiosos tienen otra cosa, los casados ésta.

Segundo punto: *La sexualidad en el matrimonio*. No es que se desconociera, incluso estas parejas jóvenes hablaban de ello de una manera muy relajada, pero no se profundizaba en la cuestión. No se profundizó en el sentido humano ni en el sentido cristiano de la sexualidad. No hemos

ayudado suficientemente a los matrimonios a alcanzar la perfección humana ni la perfección cristiana de la sexualidad. Esto lo percibí muy bien cuando pensamos en la peregrinación a Roma en 1970. Entonces el Papa nos preguntó sobre qué tema nos gustaría que nos hablara, y le propuse que nos diera una conferencia sobre el sentido humano y cristiano de la sexualidad. Preparamos una nota de 30 hojas sobre este tema. Se la sometimos a Pablo VI y él nos contestó que el tema no estaba maduro y por tanto no podía responder a nuestro deseo.

Bueno, de alguna manera no lo hemos sentido, ya que nos hizo esa conferencia admirable que todos conocen. Para facilitar la tarea de Pablo VI, en aquel momento, habíamos lanzado una gran encuesta de unas 100-150 preguntas sobre la vida sexual de los miembros de los Equipos y en aquella ocasión me había comprometido seriamente a garantizar el anonimato de la encuesta, pero les había pedido que contestaran a ella con mucha franqueza. Recibimos más de 1.000 respuestas, pero al haber renunciado el Papa al tema, la encuesta se ha quedado abandonada durante años. El pasado año me dije, no puede quedar esto así, y comencé nuevamente a leer todas las respuestas, de las que he leído hasta ahora como unas 800 contestaciones, que tienen entre 20 y 50 hojas.

Para mí esto ha sido un descubrimiento, yo había recibido muchas confidencias de muchas parejas, pero no tenía una visión de conjunto de la vida sexual de esta categoría de hogares de los Equipos. Esto me ha impresionado mucho, sigo impresionado y espero, poder dar las conclusiones en un libro, si Dios me da vida. Lo que me ha impresionado mucho es el mutismo de los padres al respecto, con una negligencia en el 95% de los casos. Me pueden decir, los hogares de 1969 no son los del 87, pero no estoy muy seguro de que haya habido un progreso muy grande en este terreno. Entonces, mutismo de los padres. Lo cual significa dificultad de la mayoría de las chicas que no quieren hablar del tema, lo que implica sentimiento de culpabilidad y sentimiento de culpabilidad neurótico. Me han impresionado mucho estas perturbaciones de la infancia, estas conciencias perturbadas durante años, porque, esto, significa noviazgo mal vivido, porque los padres no dicen nada y los sacerdotes no dicen mucho más y por eso en muchos de los casos el noviazgo se vive mal y los novios, como dicen, no saben lo que está permitido y lo que está prohibido. El principio del matrimonio es muchas veces catastrófico, no pensé que fuese tanto. La armonía sexual se alcanza muy pocas veces al principio hay veces

«No hay amor sin abnegación y una abnegación que no viene del amor, no se puede practicar»

que hay que esperar 2 o 3 años, pero también 10 y 15 años y, en muchas parejas, no se realiza nunca. Esta encuesta me ha revelado, también, que el sentido cristiano de la sexualidad en estos hogares de los Equipos, se desconoce totalmente. No hay siquiera un 2% que dé una respuesta verdaderamente rica sobre lo que es el sentido cristiano de la sexualidad.

¿Cómo viven cristianamente su sexualidad? Otra cosa que me ha parecido es que la mayoría tienen (bueno ahora ha cambiado mucho todo esto) una

gran preocupación por respetar lo que llaman la Ley de la Iglesia. Lo consiguen difícilmente, muchas veces con impaciencia y quizás con rebeldía, pero no se preocupan de la calidad humana de la relación sexual. Y he comprendido, al leer todas estas respuestas, que no puede existir una verdadera moralidad de la sexualidad, si no existe una calidad de la sexualidad y reconozco que sobre este tema, la gente de Iglesia no es fiel a su misión. Se predica la moralidad del matrimonio, se dice lo que está permitido, lo que está prohibido, pero no se les ofrece a los cristianos casados ni un solo libro (díganme si conocen alguno, yo no conozco ninguno). Bueno, voy a decir algo que antes no me gustaba nada decirlo porque me parecía un tanto vulgar,

pero lo diré: la manera de hacer bien el amor, sobre la manera de vivir bien la relación sexual. Entonces los hogares cristianos, como los demás, viven una sexualidad de «salvajes». No tengo tiempo ahora de contarles cómo he evolucionado gracias a las confidencias e investigaciones que he llevado a cabo con unos matrimonios. Se los digo como algo que no se ha hecho y como algo que se impone. Es necesario guiar a los matrimonios hacia la perfección humana de la relación sexual y hacia la perfección cristiana de la misma.

También había minimizado, seguramente, las enseñanzas de la Iglesia acerca del pecado original.

Tercer aspecto del Carisma Fundacional que me parece no ha sido comprendido lo suficiente. A decir verdad no se podía entender más que al pasar los años. Se trata de *la misión de los Equipos de Nuestra Señora*. Porque los Equipos tienen una vocación: *Su vocación es la de ayudar a las parejas a santificarse*. Pero los Equipos de Nuestra Señora tienen también una misión dentro de la Iglesia. No hay que olvidar nunca estos dos aspectos: Vocación y Misión. Después de 40 años se entiende mejor. Les voy a decir algo que les puede parecer una invitación al orgullo, pero no lo es: *la aparición y el desarrollo de los Equipos de Nuestra Señora dentro de la Iglesia es un gran*

acontecimiento de la Iglesia. Antes de 1939 no existían dentro de la Iglesia grupos de parejas. Existían muchos grupos de individuos pero de parejas no. Esto era algo absolutamente insólito. Y no podía haberlos porque los matrimonios no habían experimentado lo que hemos hablado. Les voy a dar un ejemplo: con el primer grupo que he animado, decidimos hacer unos Ejercicios Espirituales, fui a llamar a la casa de PP. Jesuitas y me dijeron: ¿unos ejercicios en esta casa?, yo dije: naturalmente, pero ¿hay señoras?... nunca habían aceptado a ninguna señora en su casa. Fui entonces a las Damas del Cenáculo que me dijeron: ¿van a haber hombres?... ah, entonces imposible. Bueno, estas anécdotas son para mostrarles la novedad que representaba un Movimiento de parejas de matrimonios.

Entonces es cuando se reconoce un aspecto del Carisma Fundacional que había quedado algo olvidado. En la Iglesia no se veía más que al individuo, se reaccionaba como si la cumbre de la creación, de la gran empresa de Dios creando al universo, la cumbre suprema, la perfección de la obra de Dios, fuera el individuo, olvidando completamente estas líneas del Génesis: *«Dios creó al hombre a su imagen, a su imagen lo creó, hombre y mujer los creó y serán una sola carne»*. La cumbre de la pirámide de la creación no es el individuo, es la pareja. Y esto es algo

muy nuevo y pienso que el Movimiento (iba a decir) tendría que obligar a la Iglesia a revisar un tanto su antropología y sus conceptos de las cosas. San Juan Crisóstomo, padre de la Iglesia, y que no era consiliario de los Equipos de Nuestra Señora, escribió esta frase muy fuerte: *«el que no esté casado no es uno, es la mitad de uno»*. Pero esto va muy lejos, hombre y mujer poseen la misma naturaleza humana, pero según modalidades distintas de las cuales son complementarios y estos complementos, al unirse, forman esta entidad que es la pareja. La pareja es la obra de Dios. Había tenido la intuición cuando estaba con estas cuatro primeras parejas, pero no había analizado las cosas e insistía, sobre todo, sobre el amor y también sobre el matrimonio. Pienso que dentro de la Iglesia no hay que hablar solamente de matrimonio y de amor, hay que hablar de pareja y esto es tanto más importante en este momento que se llega a negar la disparidad de los sexos. Una escritora francesa ha escrito un libro titulado: el uno es el otro. Es decir, que el hombre y la mujer son inter-cambiables. Es una de las grandes catástrofes de nuestro mundo desde finales del siglo XX, porque la sexualidad se ha tratado de una manera vanal. Por ello esta complementariedad se desconoce y se llega a esta disolución de la sociedad.

«Es necesario guiar a los matrimonios hacia la perfección humana de la relación sexual, y hacia la perfección cristiana de la misma»

En Francia, los matrimonios han pasado en los últimos 15 años, de 450.000 a 225.000 o algo así. Tenemos pues cuidado de la manera como hablamos de los Equipos de Nuestra Señora. Se ha hablado de un Movimiento de hogares, es un término un tanto vago. Se trata verdaderamente de un Movimiento de parejas, y ésta, es la gran afirmación que tenemos que aportar a la Iglesia. No tengo tiempo de contarles la obra de teatro de Gigodú, titulada Sodoma y Gomorra, pero bueno, no importa.

Segundo aspecto de la misión de los Equipos de Nuestra Señora. Antes de su aparición, antes de este acontecimiento, que les digo fue revolucionario, las enseñanzas corrientes eran que si quieres ser perfecto, no te cases y entra en la vida religiosa.

Esto fue lo que un sacerdote me dijo cuando hice el retiro de fin de curso en el colegio y le contesté: *«bueno, si todo el mundo hiciera lo mismo, ya la humanidad no existiría, todo el mundo entraría en la vida religiosa, en el sacerdocio»*. Yo creía, desde luego, que todo el mundo quería ser perfecto; claro que entonces tenía 15 años.

Y los Equipos de Nuestra Señora ¿qué dicen?... *pues que es posible*

santificarse en el estado del matrimonio y por el estado del matrimonio. No insisto sobre ello, ya lo saben muy bien. Es una manera nueva de concebir la santidad que no es corriente en la Iglesia.

Tercera revolución, se podría decir. Antes de los Equipos de Nuestra Señora y, aun ahora, en la Iglesia se era bastante maniqueo, de la materia y de la carne. Hay que librarse de ellas al máximo. Casi, casi se pensaba como Platón que el cuerpo es la tumba del alma. Bueno pues con los Equipos de Nuestra Señora se afirma en la Iglesia que *la sexualidad es un factor de santificación, con la condición de asumirla y evangelizarla.* El placer es una realidad santa que está dentro del orden de Dios y del que no hay que sospechar como en estas espiritualidades tristes que se habían conocido muy a menudo. Esto va mucho más lejos, es decir, en toda la vida del mundo los valores naturales no son desdeñables, hay que asumirlos. Y la sexualidad, es uno de ellos. Es muy importante ahora comprender bien esto, para salvar la sexualidad de la insignificancia, ya que esto hoy en día es un drama de la sexualidad, y para salvar la sexualidad del erotismo.

Cuarta revolución: En mi infancia se cantaba un cántico que decía: «No tengo más que un alma que es preciso salvar». La santidad era cosa individual, nadie se va a santificar por ti,

tú eres el que tiene que salvarse. Los Equipos de Nuestra Señora, dentro de la Iglesia dicen: La ayuda mutua es algo que quiere Dios, para caminar juntos hacia la santidad, uno no se salva solo. La ayuda mutua entre los esposos y la ayuda mutua entre las parejas. Es algo nuevo.

Quinta revolución: (Bueno quiero dar aquí a la palabra revolución un sentido más bien alegre, no pretendo que nada de esto se hubiera vislumbrado antes, pero de todas maneras es muy característico). Antes se concebía muchas veces la santidad como: «cultiva tu belleza», «cultiva tu belleza espiritual». Pero cuando se habla de santidad de gente casada, uno se acuerda de las palabras de Cristo: El árbol será juzgado no por su belleza, sino por sus frutos. Cuando Dios presenta al que quiere hacer padre de todos los Santos, Abraham, le enseña las estrellas del cielo diciéndole: esta es tu posteridad, tu santidad será tu fecundidad. Esto es algo bastante nuevo dentro de la Iglesia. No se trata por tanto de cultivar la belleza espiritual sino de participar en la evolución de la creación que tiende hacia una meta. La idea de evolución del mundo es una idea contemporánea y se necesita contribuir a esa evolución. El matrimonio nos lo da a entender, se trata de transmitir la vida y no se trata simplemente de que reluzca la propia perfección personal.

Bien, estos son los aspectos que no se habían comprendido bien. Voy a resumir. Siento una cosa, se los voy a decir, bueno no quiero acusar a nadie, pero siento que los Equipos de Nuestra Señora, en esta perspectiva de su misión, no hayan acompañado a los centros de preparación al matrimonio. Ellos han salido de los Equipos de Nuestra Señora, y muchas veces se han convertido en muy poco cristianos. No pienso que los Equipos de Nuestra Señora hubieran debido dirigirles pero debían de haber tenido unos centros de orientación al matrimonio que hubieran sido referencias para los demás centros. Precisamente partiendo de la espiritualidad que habían descubierto.

«No se trata de cultivar la belleza espiritual, sino de participar en la evolución de la creación que tiende hacia una meta. Se trata de transmitir la vida, y no simplemente de que reluzca la propia perfección personal»

Segundo pesar: que, los consejeros conyugales, que también han salido muchas veces de los Equipos de Nuestra Señora: no hayan sido formados ni apoyados por los Equipos. Porque se refieren mucho más a la psicología de Freud que a la espiritualidad conyugal y familiar. Aquí, también desearía que los Equipos de Nuestra Señora tuvieran consejeros conyugales. No que pretendan tener un monopolio, pero para que existan referencias en la línea del Carisma Fundacional.

El tiempo pasa, voy a llegar al último punto. Les he hablado de lo que se había comprendido bien, de lo que se había comprendido menos y lo que no se podía comprender y que no se puede ver más que en la coyuntura actual. Se trata de lo siguiente:

Primero: En la actualidad, hay que empezar desde más abajo. Muchos matrimonios se forman sin haber tenido una verdadera catequesis, ignoran mucho sobre la vida cristiana, y satisfacen muy poco las exigencias de la misma. Conozco Equipos de Nuestra Señora en los que hacen esfuerzos para que todos los matrimonios vayan a misa los domingos. Esto no se hubiera planteado hace 40

años. Se trata de una cuestión de práctica religiosa, pero sobre todo de formación religiosa. La deficiencia de la catequesis explica que existan hogares que no tienen más que una formación cristiana muy insuficiente, pero que desean, sin embargo, entrar a los Equipos de Nuestra Señora, y esto me recuerda lo que vi hace ya tiempo en Brasil, habían instaurado unos años de preparación a la entrada a los Equipos de Nuestra

Señora. Hay algo que hacer en este sentido. No tenemos derecho de abandonar a los hogares que están lejos desde el punto de vista del pensamiento, desde el punto de vista de la práctica y que, sin embargo, quieren unirse a los Equipos de Nuestra Señora.

Segundo punto que no se podía ver antes: Hay hogares que llevan 10, 20, 30 años en los Equipos y sienten la necesidad de ir más lejos. Conozco Equipos así, conozco hogares, algunos vienen a confesarse conmigo desde hace 40 años y resulta maravilloso constatar su evolución. Y digo que quizás haya que empezar desde más abajo, quizá haya también que ayudar a los que quieren ir más lejos. Y esto no resulta fácil, es el mismo problema que se le plantea a un profesor en la clase, ¿se queda en la línea de los alumnos medios, empuja a los mejores hacia un progreso para convertirlos en personas mejor formadas? No sé lo que hay que hacer, no traigo ninguna respuesta, pero me entristece ver que hay hogares que después de unos años, se encuentran decepcionados de los Equipos de Nuestra Señora. En el mismo Equipo puede haber personas que no vayan progresando y otras que

«En la actualidad, hay que empezar desde más abajo. Existen hogares que tienen una formación cristiana muy insuficiente, pero desean sin embargo, entrar en los Equipos de Nuestra Señora»

lo hayan hecho y que tienen grandes necesidades espirituales. ¿Qué hacer? ¿Cómo responder a esto? No lo sé, pero lo que sé es que no se puede abandonar a los que quieren ir más lejos. Entonces planteo una pregunta (no tengo ideas preconcebidas). Algunos de estos hogares que aspiran a una vida más santa, se ven tentados por comunidades donde hay solteros,

sacerdotes, religiosos y religiosas. Hace 59 años que veo parejas tentadas a fundar comunidades de parejas pero ninguna se ha mantenido, de las que conocí en ese tiempo, me he preguntado por qué y no sé si esto tiene algún significado. Sin embargo, en la actualidad algunos se plan-

tean esa misma pregunta y no tengo ninguna respuesta absoluta. Pero constato una cosa, y es que la pareja es una realidad muy sólida, muy coherente: de la que hablaba antes; y que la comunidad es donde se hace la vida en común. Esta es una experiencia que yo he hecho. En cierto modo si la pareja es apoyada excesivamente, el hombre y la mujer pierden algo de su responsabilidad. Me pregunto si no se trata aquí de una gran ley: la pareja es una comunidad, una sociedad que ante todo hay que proteger, pero que es autónoma. Dentro de los Equipos de Nuestra

Señora no se disuelve nada, no se quitan responsabilidades. Entonces ¿qué hacer? ¿qué responder a los que plantean esta cuestión? Quizás sea, en realidad, responder a qué hay que hacer para que las parejas que tienen preocupaciones espirituales más exigentes, se vean ayudadas dentro de los Equipos de Nuestra Señora y no requieran buscar otra fórmula.

La cuarta cosa que no se podía ver, la multiplicación de los procedimientos de contracepción. Esto es un cambio terrible dentro de los Equipos de Nuestra Señora, ya que si antes la mayoría de los matrimonios tenían una preocupación grande por respetar la ley de Dios, hoy un gran número de matrimonios practican la contracepción en los Equipos, y eso es algo que me preocupa muchísimo. No voy a desarrollar el tema, sería demasiado largo. Se practica la contracepción porque en realidad, como decía antes, no se le ha enseñado a la gente a comprender perfectamente la calidad de la relación sexual, y entonces la moralidad se les torna inaceptable. Pero cuando un individuo transgrede la Ley del Señor se dice que pierde el estado de gracia. Cuando en un Movimiento hay un porcentaje grande, (no sé cuánto hay, un 40, un 60, un 70 por ciento), que desconoce, que no quiere oír hablar de la Ley de

«Tienen que ayudar a los casados a morir bien, y también a su fundador a morir bien»

Dios, ese Movimiento se arriesga a perder su estado de gracia, a resbalar hacia una decadencia, hacia la perversión.

Quinto y último punto que no se podía prever al principio: Por favor, ayuden a los matrimonios de los Equipos a envejecer bien, a morir bien y a vivir su viudez. Conozco a muchos amigos de los comienzos que siguen en los Equipos. Hay que tener mucha preocupación por ayudar a los viejos a progresar en la santidad. *La vejez es un momento importante para*

progresar en el amor de Dios. Esto ¿se ha hecho lo suficiente? no lo sé, no he seguido las publicaciones, *tienen que ayudar a los casados a morir bien y también a su fundador a morir bien.* Vejez y muerte, pero, antes de la vejez y de la muerte, está la jubilación. Me pregunto si se hace lo suficiente dentro de los Equipos para hacer *descubrir el sentido cristiano de la jubilación,* este tiempo de la vida que es muy importante. Y luego, de otra parte, existe el drama del desempleo. En los Equipos de Nuestra Señora, ¿se ha descubierto, la manera de vivir cristianamente el desempleo? Esto es lo que no se podía ver hace 40 años, esto es lo que vemos ahora.

Antes de terminar me gustaría leerles una página muy hermosa, no

tardaré mucho, relacionada con lo que les he dicho en último lugar. Se publicó hace años en el *Anneau d'Or*:

«Un viejo quiso escribir la historia de su hogar, para darla a conocer a su numerosa familia. Antes de terminar con el primer capítulo dedicado al noviazgo, escribió una posdata a este capítulo. Tendría que acabar aquí este capítulo pero quisiera añadir algunas páginas. No sería necesario si estuviera seguro de poder terminar la historia de mi vida. Pero, ¿y si no llegara a contar con el tiempo necesario para llevar a cabo la tarea que me he propuesto?

Tengo ya 77 años y puedo hacerlo todavía, quizás mañana no pueda hacerlo. Quiero en las últimas páginas de este primer capítulo, dar a mi bien amada esposa el testimonio que le debo. Ocho años menor que yo, ella me sobrevivirá. Ojalá pueda sentir alguna dulzura al leer en estas páginas, cuando yo ya no esté, lo que pienso de ella en presencia de la muerte.

Ha hecho la felicidad de mi vida. Después de 45 años de vida en común la quiero mucho más de lo que la amaba cuando me abrió los brazos por primera vez. Mi ternura se ha hecho menos apasionada pero más profunda. Aun no nos lo hemos dicho todo. Besos tiernos, abrazos sin violencia, recuerdo antiguas primaveras. Pero sobre todo, nuestras almas

se confunden en la misma fe y en la misma esperanza.

Cuando cada año llega el seis de julio, me resulta tan agradable volver a dar desde el fondo del corazón el «Si», lo mismo que un religioso que, consciente de su vocación, renueva sus votos. No hubiera sido así, si mi Susana con valentía cerca del heroísmo, no hubiera practicado siempre sus deberes de esposa y de madre. Mis gustos intelectuales, mi capacidad de ganar dinero, mi desprecio de lo mundano, mi pasión por los libros y probablemente, muchas otras disposiciones mías eran propias para irritarla, para herirla. No quiero escribir que no haya sufrido por ello, que no me lo haya reprochado nunca y que al ver la tristeza que le causaba no me haya también entristecido yo. Pero ella siempre conservaba, lo mismo que el cielo azul encima de las nubes, la ternura de su corazón, la voluntad de hacerme la vida dulce.

Me ha dado 6 hijos y cada vez que nos hemos separado me ha escrito una carta cada día. A pesar de los ataques del exterior y de mis propios defectos, me ha dado su amor reconfortante y siempre tiene para mí reservada una sonrisa. Todo lo hecho en una vida en que los días de enfermedad, de dolor físico, de duelo y de sufrimiento moral, han sido casi tan numerosos como los de salud y serenidad.

Dejaré la tierra seguro de que todo el tiempo que me sobreviva, no dejará de pedirle a Dios que la puerta del cielo se abra para mi alma. Que Dios la bendiga y la recompense y que sus descendientes veneren su memoria».

¿Cómo no desear que esto sea realidad para todos ustedes y para todos los hogares que intentamos ayudar?

No voy a concluir, esto es cosa suya, mi papel era únicamente dar testimonio e invitarlos a la fidelidad a los Carismas Fundacionales e invitarlos a la creatividad dentro de esa fidelidad. Pero quiero dar cuenta,

para terminar, de una coincidencia. Resulta que se van a celebrar los 40 años de la Carta, en este mismo año que el Papa ha decretado como año Mariano. Saben que un Año Mariano empieza en Pentecostés próximo y terminará el 15 de agosto de 1988, en la fiesta de la Asunción. Veo en ello una indicación providencial, porque la fe en María, en su amor y en su intercesión estaban presentes desde los comienzos de los Equipos de Nuestra Señora y por eso justamente se llaman Equipos de Nuestra Señora. No fue una casualidad. Por ello los invito a renovar, más que nunca, su confianza en la Virgen María, que presidirá los destinos de los Equipos.



3

Algunos editoriales escogidos

Presentación

Este capítulo contiene una recopilación de algunos editoriales breves y artículos del Padre Caffarel con el objeto de que sirvan, más que de lectura, de material de reflexión.

La riqueza y claridad de su pensamiento son, sin duda, una gran ayuda para entender mejor nuestra posición frente a la vida y frente a Dios y para tener más clara la manera de aplicar los principios fundamentales que pretendemos vivir como matrimonios católicos y como miembros de los Equipos de Nuestra Señora.

No se recomienda hacer una lectura corrida de los editoriales presentados, se aconseja más bien, escoger el tema que se desee reflexionar y hacer todo lo posible por aplicarlo a la propia vida. Para ayudar a este objetivo, después del título de cada editorial se indican, en letra cursiva, los principales temas tratados en éste.

POR DIOS

(¿Cuáles son las verdaderas intenciones que motivan mi pertenencia a los ENS?)

Después de unos años de vida del equipo aparece, muy a menudo, una crisis. Con brusquedad o progresivamente. ¿Por qué? Los casos son diversos. Y las razones aparentes no siempre son las verdaderas.

Esta crisis se atribuye a conflictos de caracteres, a diferencias de cultura o educación, a los métodos o a la disciplina del Movimiento...

Si se buscara más a fondo, se descubriría que se trata de un conflicto de intenciones. Llamo intenciones al "fin" que persigue un sujeto al realizar un acto.

Si lo miramos bien, veremos que muy a menudo los equipistas no vienen a la reunión mensual animados por la misma intención. ¿Cómo no habría de resultar de ello tensión y conflicto?

A veces los matrimonios que entran a los Equipos, no han entendido los verdaderos fines del Movimiento, tal como los define la primera parte de la Carta. Porque los que los han invitado o arrastrado, no les han presentado la exacta razón de ser de los Equipos de Nuestra Señora, con el pretexto de no asustarlos.

Dejo aparte este tema de la entrada al Movimiento, para volver a los equi-

pos en crisis y contestar que, ya sea como consecuencia de una mala orientación de principio, ya sea por un cambio posterior de orientación, no todos los equipistas tienen la misma intención.

La intención, es cierto, es lo que menos se ve y por esto a menudo se le presta poca atención. Y precisamente es lo esencial.

Dos hombres visitan regularmente a sus abuelas enfermas al parecer con el mismo interés y la misma abnegación: si no existiera una gran herencia en perspectiva, haría tiempo que el primero hubiera olvidado a la abuela, mientras que al otro lo mueve un verdadero afecto.

¡Qué diversidad de intenciones, en el fondo de los corazones, en ciertos equipos!. Uno entra más o menos arrastrado por su cónyuge y para complacerlo; ese hogar, llegado hace poco a la ciudad, está contento de entablar relaciones; otro se ha decidido porque "algo hay que hacer"; se encuentra muy a menudo el caso del hogar atraído por la esperanza de encontrar un apoyo para su vida conyugal; y puede ser que en ciertas ciudades sea bien visto formar parte de los Equipos.

También hay los que no tienen intenciones, que sólo vienen por

rutina, por no apenar a los compañeros de equipo si los dejan.

Ahora bien, digo yo, ninguno de estos motivos justifica la presencia en un equipo. Algunos no son malos, pero ninguno es el verdadero; no es el que corresponde a la razón de ser del Movimiento. Es normal que uno u otro de estos motivos acompañe al verdadero, pero no debería ser el motivo determinante.

La única intención verdadera, la que corresponde a la finalidad de los Equipos, es la voluntad de conocer mejor a Dios, de amarle mejor y de servirle mejor. Se entra a los Equipos por Dios, se permanece en ellos por Dios. El motivo de la entrada, el motivo de la permanencia en el equipo, es religioso, es decir, relativo a Dios.

Por otra parte, ¿cómo puede haber equipistas que pretendan aceptar la Carta, pienso en la primera parte de ésta, si no es éste su motivo? Bien sé que a la larga los motivos se hacen anémicos y a veces insensiblemente son cubiertos o ahogados por la cizaña de los motivos secundarios o falsos. De tal manera que el hogar, o el individuo, que había entrado por la verdadera intención, puede permanecer en el equipo por una razón secundaria o no válida.

Por ello es preciso comprobar a menudo en las reuniones mensuales, la finalidad hacia la cual está orientado cada uno. Esto es trabajo de Responsables y Consiliario, a los

cuales corresponde recordar la razón de ser de los Equipos, especialmente en la reunión balance y antes de renovar anualmente el compromiso y también en el curso del año, de algunas de las frases que definen las grandes líneas espirituales del Movimiento.

¿Cómo pretender que un equipo en el que haya disparidad de intenciones, no conozca un día una grave crisis?. Está habitado por fuerzas (o debilidades) divergentes, opuestas, incompatibles. Basta un pequeño acontecimiento para desencadenar tensiones, hacer enfrentar a sus miembros, precipitar la crisis inevitable. Muchas veces se atribuirá este estado de crisis a falsas razones: mal carácter, faltas de caridad, divergencias de gustos, mientras que de hecho la causa es mucho más radical: la disparidad de intenciones.

Entonces todos los remedios no serán más que paliativos, hasta los esfuerzos de caridad fraterna, si no se empieza por cambiar las intenciones o retirarse. La lealtad exige que los miembros de un Movimiento no entren ni permanezcan en él, sino en caso que su intención corresponda al ideal que el Movimiento propone.

Qué fuertes, qué santificantes y radiantes serían nuestros equipos, si todos sus miembros formaran parte de ellos y permanecieran en ellos, solo POR DIOS".

HENRI CAFFAREL

TRIUNFO DE LA CARIDAD

(La práctica de la ayuda mutua y del amor fraterno)

Es necesario que la caridad fraterna se desarrolle, crezca -sin cesar en los equipos.

Cuando algunos matrimonios se ejercitan en la práctica de la ayuda mutua y del amor fraterno, sus corazones, poco a poco, se ensanchan también. Y así, ganando terreno, su amor conquista la casa, el barrio, el país..., hasta alcanzar los límites más alejados.

Si es importante edificar un templo, ya que allí ha de estar, día y noche, Cristo en la Eucaristía, no es menos importante para la cristiandad, la existencia de equipos de caridad que hacen, de otra forma, a Cristo presente entre los hombres. "Dios está donde hay amor fraterno", canta la liturgia del Jueves Santo. "Cuando dos o tres están reunidos en Mi nombre, dice Jesucristo, Yo estoy presente en medio de ellos."

Presencia de Cristo y, por lo tanto, presencia de la Iglesia. Donde hay cristianos que se aman, está presente la Iglesia, con la condición, naturalmente, de que la pequeña comunidad que forman se sitúe, ella misma, en la Iglesia y a su servicio.

El poder de intercesión de unos cristianos unidos es extraordinariamente eficaz. "Si dos de entre ustedes en este mundo se ponen de acuerdo

para pedir alguna cosa, en verdad que les será concedida por mi Padre que está en los Cielos".

El amor fraterno es extraordinariamente fecundo. A su alrededor y con su influjo el mal retrocede y el desierto se hace fértil. Un párroco de suburbio me decía: "cuando en una calle de mi parroquia hay demasiada corrupción, pido a algunos matrimonios cristianos que vayan a vivir allí y ofrezcan, sencillamente, el testimonio de su amor fraterno. Al cabo de seis meses los vecinos de la calle respiran un aire nuevo."

Una comunidad fraterna es un mensaje de Dios hombre, su mensaje más importante, el que pone de manifiesto la vida íntima de Dios, su vida trinitaria. Ver a los cristianos que "son uno" como el Padre y el Hijo son uno, es el más elocuente y persuasivo sermón.

Nada glorifica más a Dios que unos cristianos unidos. Es la gran obra maestra de la gracia divina. Dios se complace en ellos, descubriendo un reflejo de su vida trinitaria. "Los cielos cantan la gloria de Dios"; el amor fraterno canta al amor eterno.

Que éste sea su propósito anhelante: hacer de su equipo un triunfo de caridad.

Oración en común, "participación", "puesta en común", cambio de impresiones: otros tantos medios, puestos a su disposición para permitir que se junten a nivel de las almas, "en nombre de Cristo", en Cristo. Con frecuencia es grande la tentación de limitarse al solo terreno de la amistad humana; es preciso reaccionar continuamente: la amistad cristiana es una conquista.

El "deber de sentarse", la preparación del tema del estudio, otros me-

dios ofrecidos, esta vez a los esposos, para ayudarles también a ellos a reunirse en Cristo; ayudas muy útiles. Respeto humano, timidez, ruindad del corazón, la vida cotidiana, reivindicaciones de la carne: otros tantos obstáculos a esta unión espiritual de los esposos. ¡Cuántos pasan toda su vida, incluso entre los mejores, sin hacer la experiencia de esta intimidad en Cristo: todo lo ponen en común, todo salvo lo más precioso, su vida en Cristo!

HENRI CAFFAREL

LOS BRAZOS TENDIDOS

*(A los que comprenden la importancia de la oración, para animarlos.
A los que dudan, para intentar convencerlos)*

Acabo de leer nuevamente, en el Rostro de mi Hermano, del hindú D.G. Mukerji, una página que pone de relieve el poder de la oración. Transcribo lo esencial.

Hacia el final de su vida y para encontrar mejor a Dios, un santo hombre se retiró a una gruta de la montaña. Los aldeanos de los alrededores no dejaban de hacerle llegar frutos y galletas; a veces, incluso, llegaban hasta el lugar donde estaba. Los jóvenes protestaban contra esos cuidados en favor de un hombre inútil. Pero los ancianos hacían callar a aquellos jóvenes racionalistas: "Es preciso enviar ofrendas a un santo hombre, viva o no para el bien de alguien. ¿No es la santidad la joya de la existencia?"

Un día, al cabo de veinte años, le encontraron muerto a la entrada de la gruta.

Seis semanas después se cometió un terrible crimen en la ciudad. La población se turbó de asco y temor. Los ancianos fueron a ayunar y rezar. De pronto, uno de ellos exclamó: "He descubierto el secreto". Y explicó ante la población reunida: "Es verdad que mientras vivió el santo hombre jamás levantó un dedo para ayudarnos, ni socorrió a nadie, ni cuidó a un solo enfermo. Pero la virtud engendraba virtud, la vida producía una vida mejor. Todo iba bien entre nosotros. Ni un hombre le quitó la vida a su hermano mientras vivió aquel santo hombre. ¿No es esto una pista clara? Jamás trabajó para nosotros, pero su

presencia de león alejaba de nuestras puertas el lobo del infortunio”.

Este relato hace pensar en una hermosa página de la Biblia, que leemos en el capítulo 17 del Éxodo: “Vinieron los amalecitas y atacaron a Israel en Refidim. Moisés dijo a Josué: Elige algunos hombres y sal mañana a combatir contra Amalec. Yo me pondré en la cima del monte, con el cayado de Dios en mi mano. Josué cumplió las órdenes de Moisés y salió a combatir contra Amalec. Mientras tanto, Moisés, Aarón y Jur subieron a la cima del monte. Y sucedió que mientras Moisés tenía -alzadas las manos, prevalecía Israel; pero cuando las bajaba, prevalecía Amalec. Se le cansaron las manos a Moisés, y entonces ellos tomaron una piedra y se la pusieron debajo: él se sentó sobre ella, mientras Aarón y Jur le sostenían las manos, uno a un lado y otro al otro lado. Y así resistieron sus manos hasta la puesta del sol. Josué derrotó a Amalec y a su pueblo a filo de espada”.

Los soldados de Amalec no comprenden qué fuerza se opone a sus impetuosos ataques. El ejército de los hebreos, mal entrenado y poco numeroso, no basta para explicar esta resistencia... Ni siquiera les pasa por la imaginación que aquel hombre,

apenas visible, que está en la cima de la colina, mucho más desarmado aún que sus tropas, es la razón de su derrota. Dios está presente en él porque reza. Y la omnipotencia divina que emana de él fortifica el corazón de los hombres, los protege como una muralla invisible e inviolable.

Los dos relatos que acabamos de leer sólo alcanzan todo su sentido a la luz de una página del Evangelio. Sobre otra colina, un hombre tiende también sus brazos. Dos clavos le sostienen. De su persona irradia sobre el mundo la Fuerza Divina: nada se le escapa ni en el espacio ni en el tiempo. Esta Fuerza fortifica a todos los que se entregan a ella, les sostiene en sus combates, actúa poderosamente en ellos y por ellos, mantiene a distancia a los demonios y sus cómplices.

Si la oración de Moisés y la del santo hombre de la India eran eficaces, era porque desde el Calvario les llegaba la Fuerza que llamaban sin conocerla. Si la oración de los cristianos es poderosa, es porque se nutre en la fuente inagotable de la energía Divina que es el corazón del crucificado rezando su gran plegaria de Hijo.

HENRI CAFFAREL

BAILE DE MÁSCARAS

(Eliminar la mentira y practicar la sinceridad)

Por todas partes la mentira: En torno nuestro, en nosotros.

La señora X aborrece a la señora Z, pero le tiende la mano con una sonrisa impecable. El doctor A se pasa la vida criticando a su colega B, pero si le encuentra, ¡con cuánto entusiasmo le felicita por sus éxitos! Observen esas personas que desfilan en la Iglesia ante la familia del difunto: los edificará su sinceridad... Mentiras de palabras, de gestos. Mentira de la vida. Cada cual representa a su personaje: la mujer perfecta, el padre de familia numerosa, el brazo derecho del señor párroco, el patrono social, el cristiano de ideas amplias.

Lo importante es aplicar bien el disfraz, ajustar la máscara.

Y los partidos políticos. Y la prensa..., ya se trate de las últimas huelgas o de un juicio importante que se celebra: por todas partes buenas palabras que ocultan a menudo pequeñas obscenidades. Estamos ya tan acostumbrados, que ni siquiera hacemos caso. Tan acostumbrados, es decir, tan contaminados.

¿Creen que soy pesimista? Entonces, hagan esta prueba. Tan sólo un día, esfuércense en descubrir todas las mentiras que se deslizan en sus actitudes, en sus palabras, en sus cartas,

en sus gestos, en sus silencios, en sus pensamientos, en sus oraciones, con su esposa, con sus hijos, con sus compañeros de trabajo, con los seres que encuentren, con ustedes mismos (puesto que uno se miente a sí mismo y también miente a los demás), para con Dios. Si la noche de ese día no se sienten aterrorizados es que son santos, a menos que sean ciegos. Y en este caso la cosa es grave.

Su obsesión cotidiana debiera consistir en llegar a ser sinceros...

Si juegan lealmente el juego de los Equipos, cuentan con una eficaz ayuda. Si durante el intercambio de opiniones, cada uno dice lo que piensa con absoluta sencillez, si confiesa lo que ignora, busca la respuesta a una pregunta que se formula, reflexiona junto con todos en la forma de traducir en su vida la verdad mejor comprendida, no tardará en llegar a ser SINCERO. Si su oración en la reunión mensual es algo más que una bella disertación, si traduce mediante algunas palabras desprovistas de elocuencia, de literatura y como si se hallara solo delante de Dios, un pensamiento, un deseo, un sentimiento profundo del alma, llegará a ser SINCERO. Si cada uno practica lealmente lo que llamamos "el compartir" (recuerden el texto de la Carta: "Luego, cada hogar dice con absoluta

franqueza si durante el mes pasado ha cumplido con las obligaciones, de acuerdo con la Carta”), los miembros de los Equipos no tardarán en llegar a ser SINCEROS. ¡Parece tan normal para unos hogares que juntos y en un espíritu de ayuda mutua fraterna, se han comprometido con entera libertad a observar una regla, tenerse al corriente de sus esfuerzos y dificultades! Entonces, ¿por qué motivo tantos hogares son opuestos a este “compartir”? ¿No será, quizá porque están todavía acostumbrados a aparentar, a representar su personaje, a cultivar su reputación?

Precisamente porque vemos en el “compartir”, entre otras cosas, un medio infalible para quitarse la máscara y luchar contra las apariencias, le concedemos tanta importancia. Cuando los hogares de un equipo se esfuerzan por eliminar toda mentira, por tender a una absoluta sinceridad, entonces, como escribía uno de ustedes: “entre cristianos que han llegado a ser transparentes los unos con los otros, la comunión de los santos no es ya solamente un dogma, sino una experiencia que se vive.”

HENRI CAFFAREL

CINCO MINUTOS DIARIOS

(Cómo convertir el Evangelio en un gran amigo)

La conocí cuando era una joven-cita. Por aquel entonces era aficionada a leer y meditar diariamente.

Una vez casada acudía a confesarse, pero había abandonado toda lectura espiritual y toda meditación.

De un modo regular, volvía a la carga para hacerle ver que su vida cristiana se debilitaba porque no la alimentaba. Pero cada vez me contestaba lo mismo: “¡Ah, cómo se conoce que no es usted madre de familia. Teteros, compotas, pañales, tosferinas... ¡Naturalmente, todo eso no le dice nada!” Un día en lugar de su respuesta habitual, me dijo: “Bueno, conforme. ¿Qué quiere que haga?” Al salir de la Iglesia respondí: Entre

usted en una papelería y cómprese un lápiz rojo. Al llegar a casa elija el lugar donde crea que estará más segura de encontrar siempre el lápiz rojo y su Evangelio.

Cinco minutos, ni uno más ni uno menos. Para llevar a cabo esa lectura, piense en un tema, ya sea la caridad fraterna, la penitencia, las relaciones de Cristo con su Padre o cualquier otro, y subraye en rojo todos los textos que tengan relación con el tema escogido.

Persuadida de que una madre de familia puede encontrar en los hechos y en las palabras de Cristo una guía del educador, empezó a buscar todos los textos que se referían a la educación.

Transcurrían los meses. Concienciadamente, lápiz en mano, leía su Evangelio cinco minutos diarios. A veces me confesaba que había sobrepasado los cinco minutos reglamentarios. “¡Pero, señora, no lo haga usted...! ¿Y los biberones, las papillas, la tos-ferina...? ¿No le dice a usted nada?”

Terminada su lectura, copió sobre unas fichas los pasajes subrayados, siempre a razón de cinco minutos diarios, Luego clasificó sus fichas, y con aire triunfal me trajo su breve tratado sobre educación según el Evangelio.

Este trabajo le había apasionado; hasta tal punto que logró comunicar su pasión a su hijo mayor (8 años), quien pronto llegó a ser ¡maestro en ciencias evangélicas! Hice la dolorosa experiencia. “Padre, ¿puedo preguntarle a usted un dato respecto al Evan-

gelio?” No sin cierta satisfacción me dispuse a comunicarle mi ciencia... “Padre, ¿cuántas especies de animales cita el Evangelio?” —Mmrrr... una docena, mi pequeño Guy... “¿Una docena? ¡Pero si hay treinta!” y Guy empieza a hacer desfilar en perfecto orden la caravana de los animales evangélicos: el camello, el puerco, el asno, el mosquito...

Su madre saboreaba una deliciosa revancha... Y yo, una amarga confusión.

Desearía que cada uno de ustedes llegara a dedicar cinco minutos diarios a la lectura del Evangelio. Francamente, incluso en una vida super ocupada, ¿creen que es imposible? Yo no. En cuanto al resultado se los garantizo: el Evangelio se convertirá en su gran amigo.

HENRI CAFFAREL

CONSTRUCTORES O INQUILINOS

(¡Un Movimiento se dirige hacia la muerte cuando sus miembros dejan la mentalidad de constructores por una mentalidad de inquilinos!)

Para vivir un Movimiento de espiritualidad hay que adherirse al mismo (entiéndase esta palabra en su significado pleno). El arrendatario de una casa se siente en paz una vez ha pagado el alquiler y aprovecha entonces, la comodidad que encuentra en ella; pero el miembro de un Movimiento no puede permitirse estar tranquilamente instalado.

No podemos situarnos frente al Movimiento como el inquilino frente al propietario o el empleado frente al patrono. Debemos sentirnos miembros de un «todo», responsables de «todo», solidarios con todos. No podemos apartarnos nunca, ya sea que el Movimiento decaiga o progrese.

Un Movimiento vivo es un Movimiento que está construyéndose cada

día, gracias a la acción de cada uno de sus miembros. Cada uno, en la obra, asume una responsabilidad que le es propia, según sus aptitudes particulares, sus recursos, su tiempo, su generosidad...

¡Un Movimiento se desliza hacia la muerte cuando sus miembros dejan la mentalidad de constructores por una mentalidad de inquilinos!

¿Contribuyen, ustedes, todos los miembros de los Equipos de Nuestra Señora a edificar el Movimiento? Los invito a plantearse la cuestión. Porque es necesario que nuestro Movimiento viva y crezca. Desde junio pasado sabemos que ello es un deseo, una consigna de Pablo VI: Nos dijo, ¿se acuerdan?, que el desarrollo de los Equipos de Nuestra Señora puede aportar una contribución inapreciable a la renovación de la Iglesia.

Hay muchos modos de trabajar en el progreso del Movimiento.

No les hablaré hoy de quienes, con una generosidad a veces muy grande, dedican en diferentes puestos un tiempo considerable a animar y dirigir el Movimiento, ni de quienes se privan de algo para contribuir a la construcción de la «Casa de los Equipos». Sino de todos aquellos que oran, se sacrifican, hacen ofrendas espirituales de gran valor. Son los grandes constructores del Movimiento. A ellos deben los hogares de todos los países, de Australia al Canadá, del Brasil al Líbano, los beneficios que les proporciona su pertenencia a los Equipos.

Es necesario que lo sepan, es necesario que piensen en ello, nuestro Movimiento no existiría, sin esos obreros discretos, a menudo desconocidos de todos pero cuán eficaces.

Mejor es un ejemplo que muchas palabras.

Octubre 1964. El joven Mauricio V. de Bogotá, Colombia, de salud delicada hasta entonces, cae enfermo de gravedad. Sus padres escriben al hogar de enlace francés: «Les comunicamos un ejemplo maravilloso. El matrimonio B, que conoce nuestras dificultades económicas y los gastos ocasionados por la enfermedad de Mauricio, nos ha ofrecido pagarlos.»

18 de diciembre de 1964. «Les comunicamos una mala noticia: nuestro pequeño Mauricio está gravemente enfermo. El y nosotros aceptamos la voluntad de Dios, y ofrecemos todos nuestros sufrimientos por los Equipos de Nuestra Señora y por las necesidades de la Iglesia. ¿Cómo contar cuánto han hecho por nosotros los matrimonios del equipo con ocasión de la enfermedad de nuestro hijo? Todos se han sentido afectados por esta enfermedad como si Mauricio fuese hijo de cada uno de ellos.»

8 de febrero de 1965. El secretario del equipo de coordinación de Bogotá escribe: «Unánimemente los hogares responsables y los matrimonios del equipo de coordinación han designado a los V. para que representen en Lourdes, con su pequeño Mauricio, a los equipos de nuestro país. Estamos

decididos a no ahorrar esfuerzos para que este proyecto pueda realizarse. Una colecta anónima y voluntaria se organiza en cada equipo, en cada reunión.

Lourdes. En la procesión, mientras el Santísimo Sacramento pasa delante de Mauricio, su madre se inclina hacia él y le pide, en voz baja que ofrezca todos sus sufrimientos por los Equipos de Nuestra Señora.

En el aeropuerto de Orly, antes de subir al avión, de vuelta a Colombia, nuestros amigos confían a quienes los habían acompañado: «Ahora, todos nuestros esfuerzos deben tender a hacer de nuestro pequeño Mauricio un santo, por el desarrollo de los Equipos de Nuestra Señora en América Latina.»

Bogotá, 19 de junio de 1965.
«Recaída. Mauricio, esta mañana ha

ofrecido nuevamente sus sufrimientos a Dios por los Equipos.»

1 de octubre de 1965. «Los médicos nos han dicho que la muerte de nuestro hijo no tardará. Seguimos ofreciéndolo todo a Dios por los Equipos y por la Iglesia. Estamos orgullosos de que el Señor nos ame hasta el punto de escoger a Mauricio para llevarlo al cielo.»

14 de octubre. «Mauricio murió a las 20h. 15m., hora en la que el Santo Padre, Pablo VI, celebraba la misa en Nueva York. Un sentimiento de paz y de tranquilidad inunda nuestras almas ante el pensamiento de que tenemos un hijo en el cielo, donde intercederá por nosotros y por los Equipos de Nuestra Señora, a los que tanto quería.»

Febrero de 1966

HENRI CAFFAREL

EL AGUIJÓN DE SAN PABLO

(El poder de Dios, exige para manifestarse, la debilidad del hombre)

Reflexionando sobre su actividad en Corinto, Pablo no ha comprendido cómo hay que presentar el mensaje de Cristo, ni incluso cuál debe ser la disposición fundamental de aquél que lleva este mensaje.

Había llegado al gran puerto, deprimido: «Con debilidad, con temor, y tembloroso, me presenté ante vosotros» (1 Co 2,3). Dieciocho meses

después, al salir de la ciudad, dejaba allí una comunidad cristiana floreciente. Inmediatamente comprende que lo que le había parecido un obstáculo para un ministerio fecundo, su debilidad, había sido en realidad una condición favorable.

Encuentra allí una ley general, inscrita en filigrana en todas las páginas de la Biblia: el poder de Dios,

para manifestarse, exige la debilidad del hombre. Esta ley había sido grabada en el inicio de la historia judía por Moisés. A la vez que anunciaba al pueblo hebreo sus futuras conquistas, le ponía en guardia: «No digas en tu corazón: es mi fuerza, el vigor de mi mano, los que me han procurado este poder. Acuérdate de Yahvé, tu Dios: es Él quien te ha dado esta fuerza, que te ha procurado este poder» (Dt 8,17).

La historia de Gedeón es típica: ilustra de modo elocuente esta lección bíblica. Tomó una tropa de treinta y dos mil hombres para combatir al adversario. Dios le dijo: «El pueblo que está contigo es demasiado numeroso para que yo entregue a los Madianitas en vuestras manos. Israel podría gloriarse contra mí, diciendo: Es mi propia mano la que me ha librado» (Jue 7,2). Que Gedeón haga volver a los tengan miedo, con esto le quedan diez mil hombres. Todavía son demasiados, que se deshaga de los que se arro-dillaron para beber agua del río. Su ejército queda entonces reducido a trescientos. Ahora puede Dios intervenir en su favor: le concede la victoria.

A Sansón le basta una quijada de asno para vencer a sus enemigos...

Los que, más tarde, escogerá Cristo por apóstoles suyos eran gente sencilla, sin cultura, que llevaban su tesoro en vasos frágiles, para que se vea bien que su extraordinario poder no les viene de sí mismos, sino de Dios (2 Co 4,7).

Esta ley, que se verifica en la vida de todo hombre que Dios emplea al servicio de su Reino encuentra, en la vida misma de Cristo, una plena confirmación: ¿su suprema victoria no fue su suprema debilidad, Getsemaní, el Calvario?

Esto, sin embargo, que no nos lleve a la conclusión de que Dios quiere dejar de lado a los hombres para hacer su obra. Toda la Biblia afirma lo contrario. Se trata sólo, de que Dios no puede sufrir la impostura de un hombre que se gloría de lo que el Señor realiza en él y por medio de él.

Dios para hacer sus grandes obras, elige instrumentos débiles, a fin de que su gloria no quede frustrada. Esta experiencia -que tantos otros habían hecho antes que él, la hizo también Pablo, pero es obra del mismo el haberla formulado de modo incomparable. Y en la carta que escribe a los de Corinto, seis años después de haber salido de allí, expresa su convicción sobre este punto en una página justamente célebre.

Después de haber enumerado sus títulos de nobleza: hebreo, israelita, ministro de Cristo, vencedor en múltiples pruebas, visiones y revelaciones sublimes, concluye: «De mí no presumiré sino de mis flaquezas» (2 Co 12,5).

Me arguirán: A pesar de lo que diga el Apóstol, Dios, al escogerlo, no tomó prestado un instrumento pobre, sino por el contrario, una de las más fuertes personalidades de la

historia dotada de todos los dones de la naturaleza y de la gracia. Ocurre, en efecto, que Dios tome a su servicio seres bien dotados, pero le resulta fácil convertirlos en pobres. Y no deja de hacerlo. O bien les confía tareas por encima de sus fuerzas, para que vean su importancia; o bien permite la prueba, la enfermedad, que en el plano humano les crea un handicap (San Bernardo, Santa Teresa, tantos otros, han llevado a cabo una actividad prodigiosa con salud deficiente). Es el caso de Pablo: escuchémosle: «Para que no sea orgulloso por la sublimidad de las revelaciones, me han clavado una espina en el cuerpo, un ángel de Satanás que me abofetea para que no me haga un soberbio. Tres veces he pedido al Señor que me saque esa espina, y las tres me ha respondido: Te basta mi gracia; pues mi poder se manifiesta plenamente en la debilidad. Con gusto, pues, presumiré de mis debilidades, para que se muestre en mí el poder de Cristo» (2 Co 12, 7-9). El verbo griego que

traducimos por «se manifiesta» significa: «poner en práctica todos sus recursos, todas las posibilidades».

Pablo empezó por no comprender. Por ello insistió tres veces ante Dios, rogándole que le liberara de aquello que frenaba su carrera, de lo que le parecía limitar su apostolado pero pronto comprende y se alegra. A lo largo de su vida sembrada de pruebas, persecuciones, incomprensiones, abandono de gran número de sus discípulos, y finalmente el fracaso aparente, la condena y la muerte a los cincuenta y siete años, se acordará de la gran ley que Cristo le ha hecho presente: «Mi fuerza se manifiesta en la debilidad» (2Co 12,9).

En el Apóstol, débil, vencido, Jesucristo es el vencedor. Pablo nunca ha querido otra cosa.

Enero de 1967

HENRI CAFFAREL

PRESENTACIÓN DE LOS EQUIPOS DE NUESTRA SEÑORA

(¿Qué es lo esencial, aquél elemento que, de faltar, desnaturizaría los Equipos de Nuestra Señora?)

Si alguien les pregunta: ¿Qué son los Equipos de Nuestra Señora?, responderán, con seguridad: Son una realidad compleja imposible de definir en una frase. Encontramos en ellos:

— un encuadramiento de responsables, que, en sus distintos niveles, contribuyen a la cohesión del conjunto;

— una espiritualidad llamada «conyugal»;

— una pedagogía que se propone hacer descubrir esta espiritualidad a los hogares y ayudarles a vivir de ella;

— unas obligaciones a las que se someten cada miembro y cada matrimonio;

— reuniones mensuales.

Y si su interlocutor, de espíritu exigente, insistiera: «Pero ¿qué es lo esencial, aquél elemento que, de faltar, desnaturalizaría los Equipos de Nuestra Señora?» ¿Qué le dirían?

En cuanto a mí, si me plantearan esta pregunta, no vacilaría en la respuesta: «La organización podría ser distinta, la pedagogía, las funciones de los cuadros, las reglas podrían ser modificadas y los Equipos de Nuestra Señora no quedarían radicalmente transformados; pero si la espiritualidad conyugal se suprimiera o se substituyera por otra espiritualidad, de tipo monástico o de celibato, por

ejemplo, el Movimiento estaría acabado. Todo perdería su sentido: pedagogía, encuadramiento, obligaciones..., porque el único sentido que todo ello tiene es en relación con la espiritualidad conyugal.

Por otra parte, la historia de los Equipos nos lo informa así. La espiritualidad conyugal fue la primera en aparecer. Los distintos elementos que acabo de enunciar no intervinieron sino más tarde. No temo, pues, decir: la razón de ser del Movimiento, su finalidad, es la de conducir a sus miembros al conocimiento de la espiritualidad conyugal y a vivir de ella.

Por esta razón es altamente importante que los miembros de los Equipos sepan claramente qué es esta espiritualidad. Y de ahí la idea de un número especial de la Carta mensual sobre este tema.

HENRI CAFFAREL

DESPUÉS DE HABER ESCUCHADO A PABLO VI

«Únicamente vuestra unión personal y profunda con Cristo, dice Pablo VI, asegurará la fecundidad de vuestro apostolado, sea éste cual sea.»

Estamos a 15 de octubre de 1967. Dos mil quinientos seglares -de todos los países participan en la Misa concelebrada por el Papa y por veinticuatro cardenales u obispos, en la basílica de San Pedro. Pablo VI dirige unas vibrantes palabras a su vasto auditorio. Recuerda que la «vocación cristiana» es también -la

«vocación del apostolado», que el laico cristiano no es solamente ciudadano del mundo, y como tal obligado a proseguir la construcción de este mundo por su compromiso en las tareas temporales, sino que es también ciudadano de la Iglesia, que participan en una función sacerdotal, profética y real de Cristo, y que por este

título debe cooperar al progreso y a la santificación de la Iglesia. Bajo la dirección de la jerarquía instituida por Cristo para enseñar, santificar, go-bernar el pueblo de Dios.

Los periódicos se han hecho eco, muy parcamente, por cierto, de estas ideas del Papa. Pero muy pocas, incluso entre las publicaciones católicas, han destacado las últimas palabras de este importante discurso, como si no fuesen otra cosa que un lugar común, la alocución edificante y obligatoria -de un predicador. Y en cambio son esenciales: subrayan la única condición con que puede ser fecunda la acción del cristiano, con una fecundidad sobrenatural. ¿Para qué esforzarse en la acción, si resulta inútil?

¿Qué es pues, según el Papa, lo que asegura la eficacia de la acción del laico cristiano? ¡La unión con Cristo! «Únicamente vuestra unión personal y profunda con Cristo, dice Pablo VI, asegurará la fecundidad de vuestro apostolado, sea éste cual sea.» ¿Cómo debemos entender esto? Lo sabemos: La adhesión del cristiano a Cristo es una cosa muy distinta de aquella unión moral entre dos amigos que se aseguran mutuamente su afecto y su unión de pensamiento. Con el objeto de hacernos comprender en qué consiste, Cristo hace la comparación de la vid y los sarmientos: el cristiano vive de Cristo, vive para Cristo y en Cristo y ríos de agua viva brotan del mismo. Tan íntima es esta unión, que San Pablo puede escribir: «Vivo pero ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí»

¿De qué modo se realizará esta unión más estrecha e íntima que cualquier otra de las uniones humanas? Pablo VI responde precisamente que es necesario ir al encuentro de Cristo el cual nos habla por medio de la Escritura y nos comunica su vida por los Sacramentos.

¿Basta con hablar de recurrir a la Palabra y a los sacramentos? Los sermones, por lo general, terminan con esto. Pero el Santo Padre prosigue, exhorta a la oración a la multitud de estos laicos que le escuchan ávidamente. Y no tan solo a la oración vocal o a la oración litúrgica, no solamente a la meditación, sino a la oración, a «la oración personal y silenciosa». Sin duda, la razón por la cual utilizan estos dos epítetos es para que nadie interprete mal su pensamiento. Personal y silenciosa es la oración, en el sentido de que el cristiano se compromete en ella, compromete su ser más íntimo, y lo hace más allá de palabras y de conceptos, en silencio del fondo del alma, allí donde el Dios vivo reside, llama y espera a su hijo, a fin de hacerse conocer por él.

Y observen que el Papa no vacila en declarar a hombres y mujeres de todas las razas, a las naciones, de todas las culturas, que la oración es actividad insustituible. Ya lo oyen: insustituible.

¿Podrán seguir pensando los laicos que la oración es cosa de monjes, que no atañe a la madre de familia ni al hombre de negocios, ni al sindicalista, ni al militante de acción católica?

Y he aquí que vuelve a suscitarse en mí esta cuestión que a veces se vuelve punzante como un remordimiento: ¿No he obrado mal al no introducir entre las obligaciones de la Carta la oración diaria, como había pensado, como me empujaban a hacerlo muchos matrimonios de los primeros tiempos? Renuncié a ello para no correr el riesgo de alejar del Movimiento a los matrimonios que daban sus primeros pasos en la vida cristiana. Pero tenía la firme esperanza de que el responsable de Equipo, al apreciar el bien que produce la oración diaria, sabría despertar el deseo de ella entre los miembros de su Equipo. Creía que, de todos modos, el progreso en la vida cristiana y apostólica haría descubrir la necesidad de la oración.

De hecho, compruebo que muchos miembros de los Equipos todavía no han hecho este descubrimiento, la exhortación vigorosa y solemne del Papa, ¿la escucharán?

¡Qué renovación de vida cristiana personal, de vitalidad conyugal y familiar y también de vitalidad de nuestros equipos podríamos esperar, si con un espíritu de amor filial y de docilidad todos los miembros del Movimiento tomaran en serio la llamada apremiante de Pablo VI a la oración.

Febrero de 1968

HENRI CAFFAREL

HACEN DEL EVANGELIO LA NORMA DE SU FAMILIA

(Alguien me habla. Jesucristo me habla)

No cabe duda de que la frecuencia con que estudiamos la Palabra de Dios, influye profundamente en la vida personal y hogareña, pero esto a condición de aportar los requisitos necesarios, y en primer lugar el sentido del misterio del Evangelio.

Lo que da valor y proporciona importancia al libro de los Evangelios, no es sólo el ser un compendio de los hechos y dichos de Jesucristo nuestro Señor, sino el ser «la propia boca de Jesucristo», como dice san Agustín con recia frase.

En efecto, caerían en un error si vieran en el Evangelio unas palabras antiguas cuidadosamente conservadas, la palabra del hombre más importante que haya vivido en este mundo. El Evangelio es la Voz, viva y permanente, de un Viviente, del infinito Viviente presente hoy entre nosotros de acuerdo con su promesa: «Estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.»

Esta palabra se dirige por supuesto a toda la Iglesia, pero se dirige también a cada uno de nosotros. Cuando

al abrir el Evangelio pienso que alguien me habla, tengo razón. Es muy distinto leer un artículo periodístico, dirigido a todos en general y a nadie en particular, o leer una carta que me dirigen personalmente. Pues bien, el Evangelio es esta carta que Dios me dirige «a mí».

Alguien me habla. Jesucristo me habla. Esto es ya bastante asombroso, pero ¿de qué palabra se trata? Porque hay palabras de palabras. Hay la palabra del oficial que manda: su objeto es hacer actuar. Hay la palabra del profesor que enseña: intenta comunicar un saber. Hay también algo mejor, la palabra del joven que confiesa a la muchacha: «Te amo». Esta palabra trastorna a un ser totalmente, más que una orden, más que una enseñanza decide un destino.

Jesucristo habla a través del Evangelio y enseña, por supuesto, lo que hay que creer; y ordena lo que hay que hacer, pero ante todo dice, ante todo me hace esta confianza desconcertante: «Te amo, y te amo hasta dar mi vida por ti». La fe con que respondo a su confianza, es preferible a la simple adhesión de mi inteligencia a sus enseñanzas, mejor que la obediencia a sus preceptos; es un impulso de todo mi ser para que me entregue a El sin reservas.

Pero hay todavía algo más bello y más misterioso. La palabra de Cristo es el Evangelio, no es sólo enseñanza, precepto, confesión de amor, sino que es acto. Actúa. Esta voz que oigo cuando escucho el Evangelio, es la

misma que apaciguaba la tempestad desencadenada, la que curaba la lepra, la misma que resucitaba a los muertos, perdonaba los pecados y engendraba hijos de Dios (1 Pe. 1, 23-25).

Pues bien, no ha perdido ni poder ni actualidad. Esto lo comprenden muy bien los orientales, quienes cuando el sacerdote lee el Evangelio se precipitan hacia el libro, como antaño las muchedumbres acudían a Cristo.

¿Comprenden ahora que pueda compararse el Evangelio con la Eucaristía? ¿Que se llame «sacramento» en el sentido antiguo de la palabra? ¿Que San Agustín pudiera escribir: «Por su Evangelio, Jesucristo está realmente presente entre nosotros»? Por lo demás, es el mismo Jesucristo quien nos invita a comparar el Evangelio con la Eucaristía. Escuchen estas dos frases casi idénticas, una referente a la Eucaristía: «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna» (Jn. 6, 54): la otra se refiere a su Palabra: «Si alguno guarda mi Palabra, no verá la muerte jamás» (Jn. 8, 51).

¿Por qué será, pues, que los mejores cristianos, aquellos que se han apresurado a recibir la Eucaristía, muestran tanto descuido en «escuchar» y «guardar» la Palabra de Cristo y están tan poco santificados por su «Poderosa Palabra»?

Abril de 1968

HENRI CAFFAREL

LÍNEA DE DEMARCACIÓN

(Posiciones frente a los Equipos, lo que se busca en ellos)

Al haber hablado el Papa a los Equipos de Nuestra Señora, era de esperar que nos interrogaran y entrevistaran. ¡No ha fallado! Cuántas veces me han preguntado durante el verano: «¿Qué son esos famosos Equipos?» Una pregunta dirigida casi siempre con las mismas palabras pero con distintas entonaciones: en unos, de simpatía e interés; en otros, de simple curiosidad; a veces con ironía o mofa.

Sé que esta misma pregunta se ha dirigido a muchos de ustedes.

Hay una cosa que llama enormemente la atención: la diferencia de las reacciones entre matrimonios, interesados por los Equipos, especialmente aquellos que llevan menos de diez años de vida de casados: se sitúan a ambos lados de una línea de demarcación. Unos, obsesionados por los grandes problemas actuales, políticos, sociales, internacionales, teológicos..., experimentan la necesidad de agruparse esencialmente para discutir estos problemas a la luz cristiana. Los otros, están fascinados por la idea de un Movimiento donde se reúnen con la única finalidad de profundizar el conocimiento de Cristo, de su mensaje y de los caminos que, en el matri-

monio, conducen a esta unión con él, tal como la definió San Juan en su célebre frase: «Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero ya no soy quien vive, sino Cristo quien vive en mí»

No es que los primeros desconozcan necesariamente el valor de la vida interior, pero temen que los laicos busquen en ella un refugio, encuentren en ella una ocasión de evasión. Consideran que es, ante todo, asunto de monjes. En cuanto al ahondamiento de su fe, piensan que nada lo favorece tanto como buscar en común la respuesta a las interpelaciones del mundo actual.

Los segundos se muestran con frecuencia no menos sensibles que los primeros a los grandes problemas de la Iglesia y de la sociedad, pero, por muy «comprometidos» (1) que estén, sienten la necesidad de un Movimiento donde se reúnen no ya en el plano de los problemas sino en el de las certezas. Justifican su deseo de dos maneras. Por una parte, consideran que un Movimiento de espiritualidad en el sentido estricto puede convenir a un mayor número de esposos, ya que permite la reunión de cristianos de diversas tendencias, incluso de tendencias opuestas, que se proponen

(1) Entregados a la Iglesia, quieren estar siempre dispuestos a responder a la llamada de su Obispo y de sus sacerdotes. Aspiran a ser competentes en su profesión. Quieren hacer de todas sus actividades una colaboración a la obra de Dios y un servicio a los hombres. (Carta Fundacional ENS.)

permanecer libres de sus opciones en el amplio dominio en que la Iglesia deja a sus miembros la libertad de escoger. Por otra parte, saben por experiencia que no queda ya tiempo ni serenidad para un verdadero encuentro con Dios en las reuniones en que se discuten problemas. Uno de ellos, que trabaja en la Investigación Científica, recurría a una comparación: «Si la reunión mensual de sus Equipos nos ofrece lo que se encuentra en un retiro, entonces perteneceremos a ellos. Nada nos parece tan urgente como tener periódicamente ocasión de retirarnos al monte, lejos del tumulto, como los apóstoles con Cristo, entre sus correrías apostólicas. Somos ignorantes, estamos impacientes por actuar antes de ser, de vivir incluso antes de habernos tomado el tiempo de iniciarnos en la vida. Ahora bien, la vida espiritual es una ciencia y un arte que millares de maestros espirituales, a partir de las enseñanzas de Cristo, han elaborado y adaptado a los hombres de su época. Y casi no conocemos nada de ella.»

Estos diversos encuentros del verano me confirman que en la actual generación existen jóvenes esposos cristianos de dos tendencias igualmente respetables pero mucho más decididos que antes, lo cual no es de extrañar en unos tiempos difíciles como los nuestros. Es una suerte; hay que apartarse de la imprecisión o de la confusión. Pero entonces conviene responder francamente a esas necesidades diferentes.

Es muy de desear que unos Movimientos den satisfacción a las exigencias de aquellos que quieren estudiar los problemas de nuestro tiempo.

También me parece no menos evidente que para satisfacer a los otros sea necesario un Movimiento de espiritualidad. ¿Son éstos mayoría? Se hace muy difícil saberlo. Lo que sí es cierto es que su deseo es totalmente legítimo y no debe frustrarse. Responder a ese deseo está en la línea de los Equipos desde su fundación. Pero para ello es necesario que, a todos los niveles, se presente con toda claridad la finalidad del Movimiento, o de lo contrario, los matrimonios que se dirigen a nosotros, sobre todo los más jóvenes pronto se encontrarán incómodos. Y la Iglesia en los países donde están implantados nuestros Equipos, se vería privada de un Movimiento de objetivos precisos, fuerte estructura, que respira salud espiritual, buen humor y está lleno de un dinamismo apostólico más grande en la medida que la vida interior sea más fuerte.

Este año se les invita para que, en la amistad de sus equipos y bajo la mirada de Dios, con las luces que les proporcionará la Carta, verifiquen si ese Movimiento es realmente el que les conviene.

Septiembre de 1970

HENRI CAFFAREL

LA CAMARA ALTA

(Basta que haya algunos millares, algunos cientos de millares de pequeños "hogares de oración" en nuestro mundo y el semblante del planeta habrá cambiado)

Ocurre algo nuevo. A derecha e izquierda se oye hablar de oración. Revistas que hasta ahora parecían ocuparse sólo de acción social y política, lanzan encuestas sobre la "meditación", la "oración", y tratan de esas técnicas más o menos ordenadas a la oración que son el yoga y el zen. Revistas ilustradas publican reportajes sobre los pequeños grupos de oración. Algún periódico importante dedica un artículo al retorno de la oración, del mismo modo que en primavera se indica el retorno de las golondrinas. Los editores se quedan sorprendidos ante las grandes tiradas de los libros sobre la oración. Las semanas de Oración que dirijo en Troussures rechazan por falta de espacio a más personas de las que acogen. Hace poco tiempo, una alumna de sexto curso, hija de un matrimonio de los Equipos, me escribía preguntándome si podía alquilar dos carros y llegar con unos alumnos de su escuela para la Semana de oración del mes de agosto. Al día siguiente, un estudiante belga anunciaba que llegaría con seis compañeros de facultad.

¿Nos encontraríamos ante una primavera espiritual?

No seamos demasiado optimistas. A pesar de ello continúa teniendo mala prensa la oración entre nume-

rosos laicos y sacerdotes. Muchos jóvenes que aspiran a la oración no se les ocurre dirigirse a la Iglesia; les piden a los budistas, más o menos auténticos, que les inicien en los métodos y en las técnicas de oración del Extremo Oriente, que por otra parte pronto decepcionan a los que buscan al Dios vivo. Vemos también cómo se forman grupos que ofrecen tan sólo una vaga religiosidad y que dejan a los que los frecuentan con el mismo anhelo espiritual.

Aquí interpele a miembros de los Equipos que desde hace tantos años han descubierto las riquezas de la oración fraterna en reunión de equipo, ustedes que se ejercitan en la oración. En esta hora, les incumbe una labor importante, ya que poseen una experiencia que, pueden creerme, no está tan extendida como se cree. Pero no tarden: muy pronto será demasiado tarde. Las grandes aspiraciones que surgen en el mundo decaen tan pronto como aparecieron si se ven decepcionadas.

Me complazco pensando en cada uno de sus 20.000 matrimonios abriéndose una vez cada quince días o al mes a quien quiera venir a rezar: a un compañero de su hijo, a un matrimonio que sufre una crisis, a la hija de su portera, a un sacerdote amigo desanimado...

Resulta muy impresionante contemplar por la noche desde un avión las grandes extensiones oscuras que se so-brevuela, salpicadas aquí y allá por unas lucecitas. Poca cosa son esas luces, pero ello no impide que todo lo cambien: se presente el trabajo, el amor, la alegría o el dolor, la oración; basta una luz minúscula para que una provincia sumida en las sombras tome, de pronto, vida y significación. En las tinieblas de un mundo que ya casi no reza, me gusta pensar en esas lucecitas que son las moradas de seis o siete hijos de Dios reuniéndose para la adoración, la alabanza, la intercesión. Basta que haya algunos millares, algunos cientos de millares de pequeños "hogares de oración" en nuestro mundo y el semblante del planeta habrá cambiado.

¿Se me reprochará una vez más que invite a la oración a los que deberían lanzarse en socorro de las miserias humanas, invitar a la lucha contra las injusticias? ¿Por qué ver una oposición entre oración y acción? ¿No es la oración la fuerza que nos saca fuera de nosotros mismos para lanzarnos al servicio de los otros? Por ella adquieren los medios humanos su plena eficacia, y ella es la que continúa obrando cuando estos medios ya no pueden nada.

Acuérdense de Cristo, quien trastornado al ver muchedumbres lastimosas como ovejas sin pastor, decía a sus discípulos: *"La mies es mucha pero los operarios son pocos..."* Y la frase, dando un rodeo, se terminaba no como esperaban los discípulos, con una invitación a partir en ayuda de todos

los infortunados de la tierra, sino con una orden: *"Pedid, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies."* Por otra parte, pocos días después oían cómo les decía: *"Id, pues, y evangelizad todas las naciones..."*

En primer lugar, rezar; rezar para que Dios suscite obreros. Rezar para que se renueve el milagro de Pentecostés. Algunos hombres pobres, después de la Ascensión, se reunían a diario en la cámara alta para la fracción del pan, el amor fraterno, la oración; he aquí que un día, el Espíritu Santo, como un viento huracanado, se introdujo en la habitación y se apoderó de cada miembro de la asamblea; y cambian los corazones, y los apóstoles se ven lanzados a las cuatro partes del mundo como las chispas de un fuego de leña dispersadas por el huracán y que van a incendiar el bosque.

Siempre, cada día, Pentecostés precede la actividad misionera. Esta, es ineficaz sin aquella. No hay más apóstoles verdaderos, no hay más auténticos constructores del mundo y de la Iglesia, que los hijos de Pentecostés, aquellos que por la oración se abren y se entregan a la omnipotente y dulce fuerza del Espíritu Santo.

¡Ojalá cada uno de sus hogares pueda reunirse en esa cámara alta donde se reunían los discípulos de Aquél que acababa de subir al cielo! (cf. Ac. 1-2).

Marzo de 1972

HENRI CAFFAREL

OTRA VEZ LA ASCESIS

(Exigencia fundamental del amor)

Demasiadas conferencias, demasiados artículos sobre la ascesis y finalmente, los matrimonios de los Equipos, según parece, se desorientan. Acabo de comprobarlo al hablar con tres de ellos que me habían preguntado sobre este asunto. La conversación finalizó con esta exclamación: "¡Si nos lo hubiera dicho usted antes! ", o "¡si es tan sencillo!"

Voy a ser por lo tanto sencillo, incluso simplista con todos ustedes, lo mismo que con mis tres interlocutores del otro día. No voy a argumentar, sino a apelar a su experiencia cotidiana.

Si saben amar, saben lo que es la ascesis. Los que practican el amor, practican necesariamente la ascesis. Ya que la ascesis no es una exigencia arbitraria de un predicador taciturno, sino que es la exigencia fundamental del amor. No hay medalla sin reverso, no hay moneda que no tenga cara y cruz: amor y ascesis son las dos caras de la misma realidad.

Jamás progresaré en el amor del otro si no mortifico el amor de mi mismo mientras continúe siendo vivo y exigente. En efecto, no me es posible dar y tomar al mismo tiempo, tener una actitud fundamental de entrega de mi mismo y obedecer a mi codicia, ser oblativo y captativo, comprome-

terme y reservarme, tener mi polo en mi y en el otro.

A decir verdad, el amor y el egoísmo cohabitan en mi corazón. Pero la coexistencia no es pacífica, forman una mala pareja, se oponen. Están, ya sea abiertamente o no, en perpetuo conflicto. A menos que firmen, con mi complicidad, un protocolo de acuerdo para compartir mi corazón y mi vida. Por otra parte, es un tratado engañoso, donde cada cual se esforzará, insidiosamente, en exterminar al otro. El amor y el egoísmo tienden cada cual a la hegemonía.

¡Cuidado! No se precipiten en especulaciones al leerme. Penetrar, más bien, en ustedes mismos, como lo hago yo al escribirles. Observen, espíen los movimientos de su corazón. Entregarse, aunque sea tan sólo un día, a un despiadado examen no diré "de conciencia" ya que la palabra molesta, sino "de corazón". Y por la noche, estudiarán los trazos de su "electrocardiograma".

Amen a su esposa, a su marido y deseen amarle más cada día; porque no existe amor en el corazón que diga "ya es suficiente" y no desee amar siempre más y mejor. No obstante comprueben que muchas cosas en ustedes frenan, entorpecen, aminoran su arranque de amor. Por ejemplo, en

la conversación está esa necesidad de no ceder, de tener siempre razón; cuando suena el teléfono, la secreta esperanza que estorbará el otro al cogerlo antes que ustedes; el demonio del silencio que les impide entregar lo mejor de ustedes mismos, por ejemplo, con ocasión de la oración conyugal. Y todas estas impacencias ¿las origina el amor del otro?. A lo largo del día ¿hacia qué polo apunta la aguja de su brújula: la felicidad, el bien del otro, o hacia ustedes? ¿Y en sus relaciones sexuales?

Sería bueno que se interrogaran también sobre sus relaciones con sus hijos. ¡Cuántos reproches se los dicta más su amor propio herido y no una

verdadera ternura! Pero basta, el terreno es demasiado amplio...

¿He logrado demostrarles que todo amor implica una exigencia de ascesis, entendiéndola como una preocupación, un animoso esfuerzo, leal, inteligente, metódico, perseverante, para mortificar el egoísmo que, incesantemente estorba al amor, para cultivar en nosotros todo cuanto nos hará acceder a un mayor amor?

Y si el amor humano exige la ascesis, con cuánta más razón el amor a Dios.

Mayo de 1972

HENRI CAFFAREL

REGRESO DEL BRASIL

*(Cristo centro y motivación de nuestra vida.
Buscar a Cristo antes que nada)*

Invitado por los responsables de los Equipos, acabo de pasar quince días en Brasil. He tenido numerosas oportunidades de conversar, tanto con los responsables como con simples miembros de equipo. Participé en una reunión de cuadros en los alrededores de Sao Paulo (unas doscientas personas), y en otra en Florianópolis (un centenar).

Era mi tercer viaje; el primero, hace unos quince años y el segundo diez años atrás. Una vez más, he podido comprobar que en América y en Europa, se tropieza con las mismas dificultades, los mismos problemas, y con

unos matrimonios pertenecientes al Movimiento que aportan testimonios emocionantes sobre la transformación que la vida de equipo ha logrado en su vida de esposos y de familia. No me sentí en absoluto descentrado, a pesar de no entender la lengua; encontré allí la misma calidad de amistad fraterna, la misma espiritualidad.

Me impresionó especialmente el orden, el método, la rigurosa organización y esa política de formación de cuadros que, desde hace tres años, se comprueba que es singularmente eficaz y prometedora.

Traigo de mi viaje una multitud de recuerdos, de observaciones, de reflexiones. Y muchas amistades antiguas y nuevas.

Hoy quisiera evocar uno de mis recuerdos del viaje.

Aquel día todos los matrimonios de la Región fueron invitados a un gran encuentro. Muchos viajaron doce horas y más en autobús y repitieron el viaje la noche siguiente. En total se reunieron unas setecientas personas. La reunión fue muy fraternal y entusiasta. Por la noche, al regresar a casa de unos amigos donde me alojaba, un verdadero Equipo de Nuestra Señora donde crecían seis hijos de diez a veintidós años, me disponía a descansar un rato, cuando llamaron a mi puerta. La hija mayor acababa de llegar tras un día pasado con su grupo de jóvenes. Le acompañaban unos quince: acudían a conocer a esa persona curiosa: el fundador de los Equipos de Nuestra Señora. Creí que se trataba solamente de distribuir unos cuantos apretones de manos, sonrisas y palabras amistosas. Pero no, no era esto lo que les interesaba; esperaban encontrar alguien con quien hablar de Cristo. No hubo preámbulos, sino que de golpe la conversación recayó en lo que apasiona a los jóvenes (unos de origen católico, otros convertidos), no ya una religión abstracta, sino Alguien, Cristo, muerto y resucitado, vivo actualmente en medio de ellos. Las preguntas fueron apremiantes. Las reacciones inteligentes y pertinentes. No hay duda que sienten una pasión:

el amor de Cristo. La conversación se hubiera podido prolongar hasta ya entrada la madrugada.

Por la noche, antes de dormirme, comparaba esa conversación que acababa de sostener con tantas otras que sostengo con los matrimonios del Movimiento. Rara vez encuentro entre los adultos la misma necesidad apremiante, los mismos interrogantes incisivos sobre lo esencial, el tono de búsqueda apasionada que tenían aquellos jóvenes, impacientes por conocer mejor a Cristo convertido para ellos en la gran Realidad a la que están apasionadamente apegados en medio del inmenso desconcierto de la juventud, lo mismo en Brasil que en el resto del mundo.

Y me preguntaba si la explicación de la falta, no ya de fe y oración, sino de entusiasmo entre tantos miembros de los Equipos, no se debe al hecho de que su religión es demasiado complicada, intelectual, moralizante, que no es un apego a una Persona, el Hijo de Dios hecho hombre. Se me objetará que el entusiasmo no es el mismo a los cuarenta años que a los veinte y que, por otra parte, ese entusiasmo no es necesariamente el signo de una fe profunda y sólida. Es cierto. Sin embargo, me parece que en nuestros Equipos no existe una preocupación suficiente por buscar a Cristo antes que todo; a Él, a quien nunca se acaba de descubrir, en la oración privada, en la oración común, y en una franca apertura de unos y otros. Por esto, la religión cristiana se con-vierte

en una religión austera, triste y fatigosa, sin gozo, desprovista de dinamismo y sin que se proyecte en torno nuestro. Confesemos que el primer reflejo cuando nos encontramos, no es lo que vamos a descubrir sobre Jesucristo en el transcurso de nuestro encuentro. Es sin duda lo que distingue a dos generaciones y las divide. Pero entonces ¿cómo se ayudará a los jóvenes en su búsqueda (que parece dar pie a tantas esperanzas), si los adultos no comprenden y no comparten sus aspiraciones? ¿Cómo evitará envejecerse la fe de los adultos, si unos y otros no se encuentran en una pasión conjunta hacia Cristo?

La oposición de las generaciones no es irreconciliable. Creo que se puede hacer mucho, que hay que hacer mucho. Encontré a nuestros amigos de Brasil muy atentos a esta cuestión.

Quizá sea necesario que nuestros hijos tengan una participación, libre y auténtica al mismo tiempo, en las actividades de nuestro Movimiento. Pero no me quiero anticipar a sus reflexiones y conclusiones...

Noviembre de 1972

HENRI CAFFAREL

P.D. Una historia verdadera. Una chica mayorcita les dice con cierta precaución a sus padres que se ha inscrito en una Semana de Oración que empieza tres días des-pués. Respuesta de los padres: ¡Caramba! Nosotros también.

TOMAR ALIENTO

(Significado cristiano de una Reunión de Equipo)

— ¿Vendría usted a hablar a todos nuestros Equipos reunidos?
— ¿Sobre qué tema?

Mi interlocutor reflexiona un instante, me mira con una sonrisa algo maliciosa y me responde: "En el supuesto de que se muriera usted al día siguiente de hablarnos ¿qué tema le gustaría haber tratado por última vez antes de abandonar a los matrimonios de sus Equipos?"

Agradezco a ese miembro semejante respuesta. Me obligó, no sólo a

meditar sobre la muerte, sino también a que desfilaran por mi pensamiento los temas que estimo más importantes para abordar ante un auditorio de miembros de Equipo:

- La espiritualidad conyugal; ese camino hacia Dios propio de los cristianos casados
- La Carta: el documento que daba al Movimiento, hace ahora 25 años, su dirección espiritual, sus estructuras y sus métodos
- El Equipo, éxito de caridad: el objetivo de tantos Equipos

- La psicología de los pequeños grupos: bajo qué condiciones encuentra un grupo su cohesión y mantiene su impulso hacia la finalidad perseguida
- La profundización de la fe, en estos tiempos en que está tan amenazada
- La misión de los Equipos de Nuestra Señora en la Iglesia contemporánea.

Uno tras otro parecía imponerse como algo esencial, cada uno de estos temas. Finalmente opté por otro. La víspera de mi muerte, disponiendo de poco tiempo, no pudiendo decirlo todo, necesitaba dejar un testamento espiritual, unas declaraciones dirigidas a lo más esencial.

Y decidí hablar del significado cristiano de una Reunión de Equipo. Me explico.

La reunión mensual de un Equipo no debe definirse solamente por su estructura, su espíritu, la amistad de sus miembros, su deseo de que sea sólo una etapa en la búsqueda de Dios. Hay que reconocer ante todo su sustancia sobrenatural y su misterio. En efecto, debería ser una realidad totalmente diferente de una reunión simplemente humana. Se comprende a partir de los versículos de San Mateo: "Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos" (Mt 18, 20) "Yo os aseguro también que si dos de vosotros se ponen de acuerdo para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos" (Mt 18, 19).

En medio de esos matrimonios reunidos en una habitación se encuentra la intensa presencia del Resucitado, vivo, atento a todos, amando a cada cual tal como es, con su mal y su bien y ansioso de ayudarlo a que logre ser tal como quiere. Está ahí, como en la noche de Pascua en aquella cámara alta de Jerusalén, cuando se apareció de pronto a los ojos de esos otros miembros de Equipo: los apóstoles. Sopló sobre ellos diciendo: "Recibid el Espíritu Santo". Y se convirtieron en hombres nuevos. Jesucristo, en medio de los matrimonios, no cesa de insuflar su Espíritu. Y los que se abren a ese soplo, poco a poco se aprende a abrirse, se convierten en los hombres de ese soplo. Y la reunión se desarrolla animada por el Espíritu. A esos hombres y a esas mujeres que, al final de un día agotador, llegan a menudo rendidos, agobiados por las preocupaciones, este Espíritu les comunica la doble pasión de Cristo: su impaciencia de la gloria del Padre, su ardiente y dulce piedad hacia esas muchedumbres "que son como ovejas sin pastor".

Acabo de decir, no lo que es siempre, sino lo que debería ser. Ya que una Reunión de Equipo que no es ante todo un esfuerzo común para encontrar a Jesucristo, es algo totalmente distinto a una Reunión de Equipo de Nuestra Señora.

Encontrar a Jesucristo quiere decir, en primer lugar, ponerse a la escucha de aquél que se sabe está ahí. Ahora bien, Él nos habla en la Escritura,

cuando escuchamos la Palabra de Dios. Nos habla por medio de las enseñanzas que la Iglesia ha elaborado poco a poco en su meditación de la Biblia. Habla desde el fondo del corazón de ese hermano o de esa hermana y con frecuencia hay que comprender más allá de las palabras. Habla de diferentes maneras en el transcurso de la reunión. Pero es preciso tener "un corazón que escuche" según la expresión bíblica. Habla para hacer a cada uno unas confidencias, para revelar a su Padre y el gran designio del Padre, para invitar a la conversión (nunca acaba uno de convertirse), habla para lanzarnos en ayuda de los otros... Habla y se tiene la impresión de que todo eso es muy difícil ponerlo en práctica. Así, pues, no se limita a hablar; transforma a los que confiesan su impotencia dándoles este Espíritu de Fuerza que convirtió a unos humildes campesinos de Galilea, en los infatigables testigos del Salvador.

Pero toda la cuestión radica en esto: ¿van a tomar cuanto acabo de decir por frases piadosas y edificantes o por la realidad de la Reunión de Equipo?. "Se hará a la medida de vuestra fe": Lo que decía a los habitantes de Palestina, Cristo lo repite hoy a cada uno de ustedes al principio de cada reunión.

Hubo una época en los Equipos de Nuestra Señora y fue un tiempo de

gran vitalidad del Movimiento, en que se hablaba mucho de lo que se denominaba "la pequeña *ecclesia*". La palabra *ecclesia* era muy apreciada porque tenía el mérito de subrayar claramente el carácter original de una reunión de cristianos en nombre de Cristo Jesús. ¿No hablaba San Pablo de la *ecclesia* que se reunía en casa de Aquila y Prisca, esa pareja a quien estaba tan afectuosamente unido?

*Y si me preguntan qué es lo que permite designar con la misma palabra *ecclesia*, a la gran Iglesia de Jesucristo y a una pequeña reunión de fieles, responderé, a falta de poder desarrollar mi pensamiento más ampliamente: el pequeño grupo cristiano es verdaderamente una célula de Iglesia. Ahora bien, la célula vive de la vida del cuerpo; en cada célula de mi cuerpo mi alma está entera, presente y viva. Del mismo modo, en cada célula de la Iglesia, en cada *ecclesia*, está presente el alma de la gran Iglesia, viva, impaciente por dispensar y desplegar toda su santificación.*

¡Qué salto adelante darían nuestros Equipos, si todos, todos, comprendieran plenamente esta mirada sobre la reunión mensual! Y la vivieran.

Marzo de 1973

HENRI CAFFAREL

LOS EQUIPOS DE NUESTRA SEÑORA AL SERVICIO DEL MANDAMIENTO NUEVO

(Amar al estilo de Jesús)

Se incluye un extracto de la conferencia del Padre Caffarel en Lourdes (1965) en la que presentó bajo un nuevo aspecto la «vocación» de los Equipos de Nuestra Señora

Escuchemos al Señor en el transcurso de la última noche que pasó con sus apóstoles:

“Permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor (Jn 15, 9-10) ... Este es mi mandamiento: amaos unos a otros como yo os he amado (Jn 15, 12)...Os he dicho estas cosas para que mi alegría esté dentro de vosotros, y vuestra alegría sea completa” (Jn 15, 11).

Para comprender bien este texto hay que recordar que está inmediatamente después de la alegoría de la viña. Cristo es la vid, los cristianos los sarmientos: si el sarmiento permanece unido a la vid, vive de la vida de la vid y da mucho fruto. Pero ¿qué hacer para permanecer unido, para “permanecer en su amor”, según su expresión? Esta pregunta que nos formulamos, la leía también Cristo sin duda en la mente de los apóstoles. Su respuesta, la hemos oído: “Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor” Pero entonces

¿cuáles son sus mandamientos? “Este es el mandamiento mío, responde Cristo, que os améis los unos a los otros como yo os he amado”. Observen el paso del plural al singular. Cristo empieza diciendo: “Si guardáis mis mandamientos”, y unas líneas después: “Este es el mandamiento mío”. Es significativo. Toda la ley, para aquellos que como los apóstoles, aman y siguen a Cristo y pretenden permanecer en su amor, se reduce a un sólo precepto: el amor mutuo. Para sus discípulos es lo primero. Y hay que tomarlo o dejarlo. Si se toma se permanece unido a Cristo, si se deja, nos alejamos de él.

Deben observar también una palabra del texto de San Juan, una sola palabra pero que es capital: “como”. Cristo no dice solo: “Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros”, sino que precisa: “Que os améis lo unos a los otros como yo os he amado”. Tengan la seguridad de que aquella noche los apóstoles no tuvieron dificultad en comprender este “como”. En efecto, Cristo acababa de lavarles los pies y había añadido: “Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros” (Jn 13, 15). Para amar “como” él, hay que ponerse al servicio los unos de los otros. Poco después de este gesto tan emocionante de Cristo, le oyeron

decir: "Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos" (Jn 15, 13). Así, pues, amarse mutuamente es ponerse al servicio los unos de los otros, eventualmente hasta el sacrificio de uno mismo. Finalmente, acababa de dirigirles estas palabras admirables: "A vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer" (Jn 15, 15). Amar como Él, consiste en decirse unos a otros lo mejor de lo que se piensa, lo mejor de lo que se vive: lo que sabemos, lo que vivimos de Dios.

Que los suyos se amen entre ellos obsesiona al corazón de Cristo. Al final de aquella misma noche vuelve a hablar de esto justo antes de rogar a su Padre: "Hijos míos, ya poco tiempo voy estar con vosotros... os doy un mandamiento nuevo, que os améis los unos a los otros... En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros" (Jn 13, 33a, 34-35).

Jesús no prodiga los adjetivos tiernos. Incluso a menudo ha tratado duramente a sus apóstoles. Manifiesta su amor y no lo dice. Pero esta noche no puede contener su ternura: "Hijos míos, ya poco tiempo voy a estar con vosotros..."

Habla de mandamientos: "Os doy un mandamiento..." Pero a decir verdad se trata más bien de un testamento, el testamento espiritual de

aquél que va a abandonar a unos seres queridos y les confía lo más profundo de su pensamiento, de sus sentimientos, de su voluntad. ¿Se han dado cuenta de una palabra que no se encontraba en el primer pasaje que hemos leído? Su precepto lo califica de "nuevo". En efecto, es nuevo porque es nuevo el amor que encomia: es un amor que no tiene su origen en el corazón del hombre, sino en el corazón de Dios. La prueba es que los escritores sagrados emplearon, para designarlo, una palabra también nueva: *ágape* en griego (traducido al castellano, por caridad). Del Padre, a través del Hijo, este amor brota en el corazón de los cristianos y por ellos se propaga a través del mundo entero.

Espero que comprendan mejor el sentimiento que tienen de hacer una experiencia religiosa muy especial, de descubrir una amistad de calidad única cuando en los Equipos de Nuestra Señora viven entre ustedes una verdadera caridad fraterna.

Así se nos aparece uno de los aspectos esenciales de la vocación de los Equipos: ejercitarse en la práctica del mandamiento Nuevo, con el fin de que éste sea siempre mejor observado en esta doble comunidad que es la pareja y la familia. Ahí radica, como comprenderán perfectamente, una vocación singularmente grande.

HENRI CAFFAREL

LA PARABOLA DEL AMOR CONYUGAL

(La vida del hogar nos habla de Dios)

Ustedes, los que están casados, disponen de poco tiempo para estudiar, para profundizar nuestra fe. Algunos sufren por ello, mientras otros se conforman con facilidad, dichosos al contar con un pretexto que les dispensa de una laboriosa búsqueda. Olvidan que no sólo los libros hablan de Dios y en su casa disponen de una Biblia "gráfica", si puedo decirlo así. ¡Hojéenla! Me refiero a todas esas realidades familiares con que cuentan: el amor conyugal, la paternidad, la maternidad, la infancia, la casa... Lo más explícito que ha encontrado Dios para darse a conocer. ¡Algo capaz de hacer sentir envidia a los que no se casan!

El matrimonio es algo que utilizan, desde hace 26 siglos, los escritores inspirados para hacer comprender a los hombres a qué intimidad con Dios están llamados; del mismo modo que la esposa es la alegría del esposo, así serás tú la alegría de Dios. El padre de familia es la mejor referencia que encontró Cristo para que entendiéramos lo que es Dios para nosotros y su misericordia: "Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan!"

Y para transmitir el secreto de una vida espiritual todopoderosa sobre el corazón de Dios, Jesucristo nos invita

a considerar la infancia: "Yo os aseguro: el que no reciba el Reino de Dios como un niño, no entrará en él."

En verdad, si supieran deletrear esa Biblia gráfica que es su vida hogareña ¡qué pronto estarían bien enterados de la vida íntima de Dios y de las inagotables riquezas de su amor que puede "por su poder que actúa en nosotros, ir mucho más allá de nuestras súplicas y de nuestros pensamientos".

Una mujer a la que conozco, descubrió, a partir de su amor conyugal, lo que debe ser la oración...

Y he aquí, captada a lo vivo, la meditación de un padre de familia que sabe descifrar en su Biblia gráfica las lecciones divinas. Aquel día, fue su pequeño quien le transmitió el mensaje:

"Gracias, hijo. Yo te ayudo a aprender las primeras nociones de catecismo, pero eres tú mi maestro, el que Dios ha escogido para mí".

Cuando al jugar juntos te pongo en pie encima de la mesa y te digo: "Salta", te lanzas riendo. Sabes que te cogeré al vuelo.

Por la noche, cuando estás en la cama, ya no es tu risa lo que oigo,

sino la Voz que me dice: "¿Es tu fe parecida a la de tu pequeño? ¿Qué sabes exponer por mí?"

"Si oís la voz de Dios, no endurezáis vuestros corazones". Ahora bien, ustedes los que están casados, no

pueden dejar de oír a Dios si le escuchan, ya que en su hogar les habla de mil maneras. Pero ¿ya lo escuchan?"

HENRI CAFFAREL

PADRES ¿AMAN A SUS HIJOS?

(Educación y amor a los hijos)

Esos esposos que han descubierto entusiasmados la grandeza cristiana del amor conyugal y se esfuerzan en vivirlo ¿van a fracasar en materia de educación?

Dios me libre de ser profeta de infortunios; sin embargo, siento cierta inquietud, me he enterado, con pocos días de diferencia, que un joven de quince años ha intentado suicidarse, que un estudiante un poco mayor ha renegado de su fe para adherirse a una secta poco recomendable, que una joven se casa con un divorciado. Y los tres pertenecen a familias verdaderamente cristianas.

Alertado por estos casos dolorosos, les pregunto, quizá haya tardado demasiado en hacerlo: ¿Aman verdaderamente a sus hijos?

¿Los sorprendo? ¿Los escandalizo? ¿Les parece una blasfemia esta pregunta? El amor paterno y más aún el materno ¿no es el sentimiento más natural, más espontáneo, más universal, el menos aquejado por el pecado original? Incluso entre los seres más abyectos, incluso entre los animales...

Desde luego estamos de acuerdo y hasta el fin del mundo servirá de tema de discurso para el premio de virtud y los padres estarán dispensados de formularse esta pregunta: ¿amo verdaderamente a mis hijos? Y jamás ningún sacerdote escuchará de labios de un padre o de una madre que se acuse en confesión de no amar o de amar mal a sus hijos.

¡Están tan seguros los padres de que aman a sus hijos! Pero yo no logro compartir su despreocupada confianza. A veces el amor de los mejores padres me parece terriblemente simplista, frustrado, instintivo. Cuando se examinan me dirigen preguntas concisas: "¿Me he impacientado, me he portado bien con ellos? ¿Carecen de algo?..", lo que equivale a decir que poseen vestidos, alimentos convenientes y que reciben una buena instrucción...

Desde luego, el niño no carece de nada de esto y, no obstante, con frecuencia aumenta su decepción; decepción... palabra muy floja para expresar este sentimiento desesperado de frustración íntima. Ya que se da

cuenta, quizá no de una manera totalmente consciente, de que sus padres no lo aman por él mismo, sino por ellos; no como una persona autónoma, sino como su prolongación, algo así como la dama elegante que admira sus manos y las cuida con esmero. No los sorprenda que un día se canse y se rebele. Los padres, extrañados, gemirán y clamarán llamándole ingrato, o quizá comprendan, demasiado tarde, que a su hijo no le ha faltado nada..., excepto lo esencial: un verdadero amor. Porque amar al hijo no es en primer lugar mimarlo y colmarlo, sino comprenderlo, hacer surgir su personalidad.

Son cristianos y por lo tanto lo importante no es sólo amar a sus hijos, sino amarlos cristianamente. Se trata de algo distinto a enseñarles algunas virtudes, algunas prácticas religiosas, una dulce piedad precoz.

Hay que comprender y ayudarles a comprender la llamada que Cristo les hace; ayudarles a convertirse en cristianos adultos que responderán a esta llamada con el don alegre de su joven libertad conquistada, y que iniciarán la gran aventura de la vida totalmente decididos a no abandonar la escala de valores de su Maestro. Esta escala de valores, que contradice de una manera tan rotunda la del mundo en el que viven, hay que lograr que la estimen desde su más tierna edad e inculcarles las principales máximas: "Aquél que quiera ser mi discípulo, que tome su cruz y me siga" "El que ama a su padre o a su madre

más que a mí, no es digno de mí..." "Cuidado con no ejercer vuestra justicia delante de los hombres para que ellos os admiren" "Amad a vuestros enemigos para ser verdaderos hijos de vuestro Padre" "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y el resto se os dará por añadidura".

¿Pero cómo quieren que sus hijos comprendan estos grandes imperativos evangélicos, que admitan que la búsqueda del Reino debe ser la finalidad primordial de su vida, si los ven obsesionados por sus éxitos humanos: éxito en el bachillerato, situación confortable, matrimonio conveniente, consideración social...? ¡Los adolescentes son extraordinariamente lúcidos!

No les ayudan de una manera eficaz a llegar a ser verdaderos discípulos de Cristo, si no los aman a la manera de Cristo.

Antes de escoger a sus discípulos, antes de confiarles una misión, en las horas graves, la Escritura nos dice que Cristo se retiraba a la montaña y pasaba la noche en la intimidad de su Padre. ¿Y ustedes?... ¿Rezan de verdad por sus hijos? su oración ¿se vuelve apremiante, constante cuando fallan todos los medios humanos? ¿Combaten con Dios como Jacob, para arrancarle de la gran lucha la ayuda necesaria? Y en la vida cotidiana, ¿rezan por ellos con esta oración que consiste en ponerlos, si puedo decirlo así, bajo el haz luminoso de la mirada de Dios, a fin de comprenderlos para ayudarlos mejor, para amarlos mejor?

La oración engendra el amor y el amor el sacrificio: "Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos" ¿Llega hasta aquí su amor, para hacer que crezcan en la gracia aquellos que han engendrado a la vida? ¡Son muy pocos los cristianos que aman a sus hijos hasta el punto de hacer penitencia por ellos! Y no

obstante, ¿cómo pretender haberlo hecho todo cuando no se puede decir verdaderamente como San Pablo: "Acabo en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo para su cuerpo que es la Iglesia"... para los miembros de su Iglesia, que son mis hijos.

HENRI CAFFAREL

A LA ESCUCHA DEL PADRE

(Dios nos espera para escucharnos)

Nos esperan

"Cuando al llegar a una ciudad desconocida, al puerto, a la estación, al aeropuerto... nadie está allí para esperarnos se apodera de nosotros una sensación de desamparo. En cambio, si un semblante sonriente nos acoge, si unas manos se tienden hacia nosotros, nos sentimos maravillosamente reconfortados, libres de la cruel impresión de encontrarnos perdidos, extraviados. Qué nos importan entonces esas costumbres, esa lengua, toda esa gran ciudad desconcertante; soportamos perfectamente ser un extranjero para todos desde el momento en que somos un amigo para alguien.

Qué reconfortante también descubrir en casa de nuestros huéspedes que nos esperaban. Ni los padres ni los hijos necesitan decirnos muchas cosas para que lo adivinemos; basta con su acogida, con su solicitud. Y luego, en nuestro dormitorio, unas flores y un libro de arte, conocen nuestras aficiones, acaban de convencernos...

Desearía, querido amigo, que al dirigirte a rezar tuvieras siempre la absoluta convicción de que te esperan: te esperan el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; te espera la familia trinitaria. Allí está tu sitio; recuerda que Cristo dijo: "Voy a prepararos un lugar". Me objetarán, quizá, se refería al cielo. Es cierto. Pero la oración es precisamente el cielo, por lo menos en lo que tiene de realidad esencial: la presencia de Dios, el amor de Dios, la acogida de Dios a su Hijo.

El Señor siempre nos espera.

Más aún: basta que demos unos pasos para que Él se dirija ya a nuestro encuentro. Recuerden la parábola: "Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente". Y no obstante, como recuerdan, aquel hijo había ofendido gravemente a su padre. Sin embargo le esperaba con impaciencia".

HENRI CAFFAREL

FE Y VIDA

(La Trinidad, comunidad de amor)

Después de haber contemplado a cada una de las tres Personas, hemos de considerar ahora su vida en común. Ya en esta tierra, la más alta perfección no es la de una persona aislada, por muy perfecta que sea sino la de una comunidad de personas que se aman. La perfección divina alcanza su más esplendorosa belleza en la comunidad trinitaria donde todo es común entre las Personas divinas.

Vivir juntos y ponerlo todo en común ¿no es la aspiración innata y la gran alegría del amor en la tierra? No era esta la gozosa experiencia de la primera comunidad cristiana, en la que se refleja el amor trinitario? "Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común..." leemos en los Hechos de los Apóstoles. Entre las tres personas de la Trinidad todo era común: "Todo lo mío es tuyo y lo tuyo mío" (Jn 17, 10), dijo Jesús dirigiéndose a su Padre. La naturaleza divina, con todas sus perfecciones y sus riquezas: santidad, poder, ciencia, bondad, belleza..., es común a las tres Personas. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo tienen una misma visión de las cosas y del mundo, una sola voluntad, una sola actividad.

Guardémonos, no obstante, de una concepción demasiado estática de esta divina puesta en común. Después de haber dicho: todo es común

hay que precisar inmediatamente: todo es perpetuo cambio, diálogo incesante. Así ocurre entre los seres que se aman. Lo que cada Persona recibe de las otras dos, en la Trinidad, cada una lo restituye inmediatamente a las otras dos en un arranque de amor; no conserva nada, no posee nada en propiedad.

Este intercambio interrumpido de amor, debemos comprender que no sólo no arrastra ninguna confusión de las Personas, sino que al darse cada una se afirma en toda la belleza de la propia personalidad: El don de sí mismo no es nunca pérdida sino afirmación de sí mismo. El que se guarda, este es el que se pierde; el que se da, triunfa. El don de sí mismo es en conjunto creador de cada una de las personalidades y de la comunidad.

De este modo se nos pone de manifiesto que amar es ser uno, sin dejar de ser varios, cada uno entregado a todos y todos entregados a cada uno. Es vivir entre varios un solo amor, una sola vida, una sola felicidad. Es verdaderamente espléndido, de una verdad inimaginable, en el orden de la comunidad trinitaria. Mientras los hombres persiguen, sin poder realmente alcanzarlo, este sueño de la unidad en la pluralidad, en Dios esto es realidad. Tal es el

sentido de esta afirmación en nuestro Credo que nos es familiar: un solo Dios en tres Personas. Una palabra, expresa este milagro de la unidad en la pluralidad, la palabra armonía: las relaciones de las tres Personas divinas engendran la suprema armonía, de la que toda armonía terrestre es solamente un eco muy lejano.

Ante los primeros discípulos de Jesucristo, exclamaban los paganos: "Mirad como se aman..." Y sin embargo aquella comunidad era sólo un pálido reflejo de la Trinidad. El homenaje debe elevarse a las tres Personas divinas: "¡Mirad como se aman!..."

Así, pues, la gran revelación que Cristo tiene por misión aportar a la tierra, se expresa de este modo: Dios, el verdadero Dios, el Dios vivo, es comunidad de amor. Más sencillo: "Dios es amor" (1 Jn 4, 16). ¡Qué ridícula y pretenciosa encontramos la definición que hace de Dios René de Chateaubriand: "¡el célibe de los mundos!" En el Único no hay soledad, sino la fecundidad del amor, el calor de una triple Presencia.

Si ya resulta cierto que para los hijos es una gran suerte tener un padre y una madre que se amen; cuál no debería ser nuestra felicidad por tener un Dios que es comunidad de amor, ¡un sol en nuestro cielo!. Me gusta esta definición del contemplativo Paul Claudel: "Hay un hombre que ha juzgado inútil mirar otra cosa que el sol"

(...) Nuestro puesto, nuestra patria para nosotros bautizados, es la comunidad trinitaria. Allí, en el Hijo y con el Hijo, en la Iglesia y con la Iglesia, estamos totalmente abiertos, totalmente acogedores a la efusión de amor del Padre que convierte a cada uno de nosotros en su hijo, en el sentido fuerte de la palabra. En el Hijo, con el Hijo, estamos todos avanzando hacia el Padre en un gran arranque de gozosa gratitud. Con el Padre y el Hijo exultamos de gozo en su común amor, el Espíritu Santo, el que los Padres de la Iglesia, como les decía antes, nombran "La fiesta Divina". Este es el misterio profundo de la vida de la Iglesia y, por lo tanto, de la vida cristiana individual. "Por Jesucristo, Nuestro Señor con Él y en Él, a ti Dios todopoderoso, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos."

Pero guardémonos de olvidar que si estamos llamados desde ahora a vivir con el Hijo en la intimidad del Padre, también debemos, como él, dirigirnos hacia los hombres como enviados del Padre.

Para traducir mi pensamiento, reanudo mi comparación del hijo en un matrimonio humano: es no sólo el invitado del amor de su padre y de su madre, sino también el testigo de su amor. Igualmente nosotros, los invitados del amor del Padre y del Hijo, debemos ser entre los hombres los testigos de su amor mutuo, o más exactamente, debemos ser totalmente transparentes al Espíritu Santo que nos

habita, del que les decía que es el testigo eterno del amor del Padre y del Hijo.

Sí, la Iglesia entera y también cada uno de nosotros debe ser el testigo del amor del Padre y del Hijo, y esto para que los hombres nuestros

hermanos, comprendan esta Buena Nueva: que son, ellos también, los invitados del amor del Padre y del Hijo y de su eterna alegría. Esta es la más elevada concepción del apostolado cristiano.

HENRI CAFFAREL

LAS ACTITUDES DE LA ORACION

(Oración: reacción del alma)

Eucaristía significa "acción de gracias". La acción de gracias es una de las grandes actitudes de la oración de Cristo y de la oración del cristiano. Existen otras: la adoración, la alabanza, la intercesión... Estas actitudes son "reacciones" del hombre frente a Dios, reacciones de todo su ser captado por Cristo. Esto es lo que nos explica el Padre Caffarel en esta "Meditación sobre la oración" (Presencia ante Dios. Cien cartas sobre la oración, Ed. del Fen Nouveau, p, 113—114).

Reaccionar ante Dios

En sociología, lo mismo que en biología, nos detenemos largo tiempo en el estudio de la reacción definida del siguiente modo: la respuesta del ser viviente a una excitación. Me pregunto por qué, en espiritualidad, nos detenemos tan poco en esta noción, y no obstante, en cierto sentido, debemos decir de la vida espiritual y en especial de la oración, que

es la reacción del hombre situado en presencia de Dios.

Adoración, ofrenda, alabanza, temor, acción de gracias, consagración, todas las actitudes religiosas fundamentales del hombre en oración se comprenden sólo desde este punto de vista.

Cuando se encuentren enfrentados de pronto ante la trascendencia de Dios, como Moisés en el desierto, o simplemente tomen conciencia de ello por una meditación laboriosa ¿no se sienten irremediamente arrastrados a prosternarse, como el beduino a la hora de la oración? A prosternar no sólo su cuerpo sino su inteligencia, su corazón y su vida entera?

Cuando descubren que todo procede de Dios, ¿no sienten la necesidad de volverse hacia Dios con todo su ser, en un impulso de ofrenda y sumisión?

Cuando contemplan el esplendor divino o simplemente, su reflejo en las criaturas ¿no sube la admiración del

corazón a los labios por un cántico de alabanza? ¡Cuántos salmos han nacido de esta contemplación!

Si Dios les deja entrever su santidad, como a Isaías en el Templo ¿no experimentan un temor reverencial, un escalofrío de todo su ser, una toma de conciencia aguda, no sólo de su pequeñez a los pies de la Majestad, sino también de su pecado? “Desgraciado de mí, exclamaba Isaías, estoy perdido porque soy un hombre de labios impuros”.

Si cuentan las múltiples gracias de que han sido objeto, la acción de gracias, este impulso de la criatura agradecida al Señor, este salto gozoso del hijo hacia su Padre ¿no los eleva totalmente?

Y si un día se les pone de manifiesto algo del amor infinito con que se los ama ¿no se les impone la exigencia irreprimible de consagrarse a Dios mediante una ofrenda de todo su ser?

¿Comprenden ahora lo que les decía antes, que la oración es en nosotros una reacción de nuestra

alma en presencia de Dios? Y sin duda, en cada oración estas actitudes interiores no son necesariamente todas ellas explícitas; domina la una a la otra, pero el fondo religioso de donde surge nuestra oración está formado por esos grandes sentimientos que, poco a poco, acumula una oración perseverante.

Pretender que salgan de uno mismo estas disposiciones fundamentales sin empezar por meditar las perfecciones divinas, sería tan absurdo como pretender que un espejo haga surgir la luz de él mismo.

Por lo tanto, les aconsejo encarecidamente que inicien sus oraciones por la meditación de las grandezas de Dios y que después “reaccionen” personalmente, “en espíritu y en verdad”, a lo que han descubierto. Llegará sin duda un día en que disociarán la meditación y la oración: en la oración experimentarán la necesidad de estar tranquilamente orientados hacia Dios, sin que intervenga para nada su inteligencia; pero no se anticipen.

HENRI CAFFAREL

ORACIÓN INSUFICIENTE, FE VACILANTE

(Las personas que no rezan o que rezan poco son como esos anémicos a quienes los médicos dicen: «Está usted sin defensas; la primera epidemia le atacará.»)

La grave enfermedad que hace estragos en la cristiandad -empieza a contagiar nuestro Movimiento.

El tiempo que, durante las diversas reuniones, debería dedicarse a rezar juntos, a descubrir los «mirabilia Dei»

(de que nos habla la liturgia de estos días de Pentecostés), en meditar las «insondables riquezas de Cristo», en ayudarnos mutuamente con vistas a un mejor servicio de nuestro Dios, en una palabra, a vivir un cristianismo más auténtico, más gozoso y alegre, este tiempo se malgasta a menudo poniendo mil cosas en tela de juicio: la autoridad del papa, las reglas de la moral conyugal, el celibato de los sacerdotes, la presencia real, la resurrección de Cristo, la virginidad de María etc., etc., y la Carta Fundacional, y las «obligaciones» del Movimiento, y las orientaciones del Centro Director.

Sí, se trata verdaderamente de una enfermedad. Una enfermedad de la fe que, por otra parte, con frecuencia no deja indemne el psiquismo: un médico del Movimiento, miembro de un equipo de Sector, me decía que estaba espantado por la multiplicación de desórdenes psíquicos y depresiones nerviosas tanto entre matrimonios cristianos como entre los otros. Y no es el único. Los miembros de un coloquio médico en el que habían participado, habían discutido extensamente sobre lo que les parecía ser un grave síntoma que hacía temer lo peor para «el equilibrio individual y el equilibrio social: el aumento del índice de agresividad» entre nuestros contemporáneos.

Lo que llamo la «enfermedad de la fe», no es la única explicación de estos desórdenes psíquicos: el enorme exceso de trabajo profesional, el

erotismo del ambiente, el «descontrol sexual», la ansiedad provocada por las lecturas de la prensa, etcétera, y con frecuencia, entre los mejores, una abnegación que les conduce a fatigarse excesivamente al servicio de las tareas de la Iglesia y de la ciudad: otras tantas causas de los desórdenes que señalamos. Pero yo creo que la anemia de la fe es, por mucho, la causa principal o por lo menos la explicación de su falta de resistencia a las «agresiones» procedentes del exterior.

Esta anemia de la fe y sus efectos sobre el equilibrio individual y la vitalidad de los movimientos cristianos, tiene una explicación: el abandono muy generalizado de la oración. Cuarenta años de ministerio sacerdotal, de dirección espiritual, no me dejan la menor duda: las personas que no rezan o que rezan poco son como esos anémicos a quienes los médicos dicen: «Está usted sin defensas; la primera epidemia le atacará.»

Y si su Movimiento empieza a contagiarse, se debe a que muchos miembros no rezan: los sondeos revelan que el 48% de los cuadros no permanecen fieles a los 10 minutos de oración cotidiana y que pocos son los miembros que, tras haber sido responsables, conservan la costumbre de la oración. ¿Habrían dejado de ser nuestros equipos, escuelas de oración? No obstante, éste es un aspecto esencial de su razón de ser. Cuando rememoro los recuerdos de los

primeros equipos, vuelvo a encontrar esa necesidad, esa alegría de rezar juntos que animaba a los hogares. Es verdad que entonces había guerra, privaciones, amenazas, miedo, arrestos y deportaciones... Y ahora la vida es fácil, o mejor dicho la vida entraña las dificultades de la vida fácil.

Si los Equipos de Nuestra Señora no fueran «escuelas de oración» no tardarían en agostarse y claudicar.

¡Paradójico! En el momento en que tantos cristianos ya no escuchan a Cristo que les invita a la oración, a la vigilancia en la oración, a la oración actuante, algunos médicos, psicólogos, a menudo agnósticos, dan la voz de alarma. Esta semana cayeron en mis manos dos artículos aparecidos en la prensa. Dos médicos célebres declaran que las sociedades se deslizan infaliblemente a la degeneración cuando desaparece la práctica de la oración personal (del tipo meditación o plegaria), que la influencia de la oración sobre el organismo humano puede medirse y demostrarse lo mismo que la secreción de las glándulas: gracias a ella el psiquismo adquiere control, unidad, equilibrio, desarrollo; afirman que la oración es un factor esencial de la maduración de la personalidad. Y entretanto, muchos son los discípulos de Cristo que «cuestionan» la necesidad de la oración. Un dirigente de un movimiento católico, me decía anteayer: «Cuando se tienen responsabilidades como las mías, ¿de dónde sacar el tiempo para rezar?»

Otra paradoja: mientras en las comunidades y asambleas cristianas se olvida enseñar la ciencia y el arte de la oración y lo mismo ocurre en más de un convento nuestras ciudades populosas se ven invadidas por «swamis», monjes budistas que abren escuelas de meditación que obtienen un enorme éxito. Vemos cómo acuden allí cristianos, laicos, sacerdotes y religiosas, que van a buscar lo que ya no encuentran en la comunidad cristiana.

¿Comprenderán todos los miembros del Movimiento (los hay que lo comprenden admirablemente) que, ante todo, es necesario aprender a rezar, que un equipo de Nuestra Señora debe ser en primer lugar una escuela de oración, que es anormal para un cristiano evolucionado no dedicar, a menos que tenga un impedimento grave, un tiempo apreciable a la oración cotidiana, que los padres deberían ser los primeros maestros que enseñaran a rezar a sus hijos, que el apostolado consiste en enseñar el arte de respirar, quiero decir de rezar, a todos esos asfixiados que nos rodean?

¿Estarán los Equipos de Nuestra Señora a la altura de la situación en esta Iglesia posconciliar que ve cómo se hunden tantas instituciones vetustas, y surgen todavía modestamente, iniciativas ricas en vitalidad espiritual?

Junio de 1969

HENRI CAFFAREL

LA JOVEN GENERACIÓN NOS INTERPELA

(Será preciso que la oración por los jóvenes ocupe un lugar importante)

He aquí lo esencial de la carta de un matrimonio de los Equipos, recibida el 26 de enero:

"... La cena transcurría como tantas otras: G... (muchacho de 18 años) estaba callado; L... (chica de 19), de buen humor. En cuanto al primogénito, H... (21 años), dialogaba, distraídamente con su padre sobre la situación económica, ignoro qué imponderable me hacía presentir que aquella cena sería distinta a las demás.

Era bastante más de medianoche cuando nos separamos, tras una conversación unas veces tensa, otras dolorosa, apasionante o grave. Y todos encontramos natural la proposición de G... de concluir con un Padre Nuestro aquella velada que permanecerá en nuestra memoria como uno de los momentos más notables de nuestra vida de familia.

El tema, o mejor dicho, el punto de partida de aquella conversación fue el suicidio de dos colegas que, con cuatro días de intervalo, se habían suicidado impregnando sus vestidos de gasolina y prendiendo fuego, en presencia de sus compañeros. En el cuaderno de uno de ellos, del que la prensa nos dice era cristiano militante, quedaba anotado el motivo de su gesto: "Me ofrezco para rescatar las

faltas cometidas en Biafra." El otro dejó escrito en una carta: "No podía adaptarme a este mundo..." Y unas líneas después escribió esa frase desconcertante: "¡Se hace difícil creer en Dios...!"

Estábamos lejos de pensar que esos dos suicidios cuyo relato había leído en el periódico como un hecho de tantos, lo confieso avergonzado, habían repercutido hasta tal punto en el alma de nuestros hijos. Sus reacciones fueron vivas, variadas, inciertas, contradictorias. No obstante, dos de ellas sobresalían: una admiración (no digo aprobación) hacia los dos escolares y una adhesión profunda a ese "No podía adaptarme a este mundo..."

Charlamos largamente mi marido y yo, antes de dormimos. Nunca como aquel día nos dimos cuenta de nuestra responsabilidad de adultos hacia todos esos jóvenes, cristianos o no, que no pueden adaptarse al mundo que les ofrecemos...

Desde que recibí esta carta, he sabido que en muchos otros hogares el terrible acontecimiento ha sido objeto de las conversaciones familiares, violentas a veces.

Y adivino fácilmente que entre ustedes, más de un padre y de una

madre han sentido un escalofrío al escuchar el relato de esos gestos desesperados. ¿Qué padre puede decir que a sus hijos no les amenaza esta tentación? Después de los accidentes de carretera, se dice que el suicidio es lo que provoca más muertos entre jóvenes de 15 a 25 años (¡Y cuántos suicidios fallidos!). A través de los padres pertenecientes a los Equipos ¿por qué callarlo? he sabido la terrible significación, lacónica y púdica, de "muerto accidentalmente" que acompaña el anuncio del fallecimiento de un hijo o de una hija.

Quedaba rezar, insuficiente pero necesario. Así termina el artículo de uno de nuestros más afamados periodistas en un semanario muy poco... "Católico".

Quedaba rezar... Y he aquí que pienso en nuestra peregrinación a Roma. Será esencialmente una reunión de oración. Será preciso que la oración por los jóvenes ocupe un lugar importante. Oración vehemente de adultos que se sienten solidarios del mundo en el que se asfixian los jóvenes.

Desde luego que para rezar no es preciso abandonar la casa ni el sillón. Sin embargo, ¿es posible dudar que es más poderosa la oración de los cristianos que, para dirigirse a su Padre, se reúnen desde todos los continentes? ¿Que su unanimidad en la oración es tanto más agradable al Señor cuanto que, para reunirse, se han visto obligados a superar muchos obstáculos y derribar muchas ba-

reras? Y si este encuentro de oración ha sido preparado con la oración, si ha exigido múltiples sacrificios de comodidad, dinero, tiempo; si debe provocar y fortificar una voluntad de acción eficaz para preparar a las jóvenes generaciones una sociedad menos abrumadora; si está sostenida y enriquecida por las oraciones fraternas de aquellos que no pueden participar en la peregrinación, entonces sí, tengo la convicción profunda que dicho encuentro es, en un plano misterioso, de enorme importancia.

Unos muchachos de 11-18 años creen que se imponen ciertos gestos y que éstos deben ser públicos. ¿Por qué unos padres no proclamarían también a su vez, mediante un gesto público, que rechazan la barbarie de nuestra civilización, la destrucción de los inocentes en su cuerpo y en su alma (pienso especialmente en la marea de erotismo), que desean trabajar en la transformación de la sociedad con algo más que discursos? ¡Ah!, sé perfectamente que se sienten terriblemente impotentes ante esas montañas que hay que levantar, razón de más para pedir a Dios que intervenga "con su mano poderosa y sus potentes brazos".

De todos modos, es intolerable que no exista otra salida para los jóvenes que el aburguesamiento o la desesperación.

Marzo de 1970

HENRI CAFFAREL

DESTINATARIOS Y MENSAJEROS

(Ustedes han comprendido que no son únicamente los destinatarios de un mensaje, sino los mensajeros frente a «esos millones de matrimonios» que nos pedía el Papa tener presentes en su pensamiento)

Si tuvieran que hacer llegar un mensaje urgente e importante a uno de sus hijos que se encontrara en una región remota, escogerían su mensajero: un hombre seguro, consciente, despabilado, diligente.

Pablo VI acaba de escoger a los Equipos de Nuestra Señora para hacer llegar a las cinco partes del mundo, a todos los esposos que ambicionan que su matrimonio sea un éxito, que desean crecer en el amor, buscar a Dios juntos marido y mujer, santificarse no al margen de su vida conyugal y familiar sino en y por el matrimonio, formar hijos de Dios, un mensaje de una extraordinaria riqueza doctrinal y espiritual.

Estoy completamente convencido de que han comprendido enseguida que no son únicamente los destinatarios sino los mensajeros frente a «esos millones de matrimonios» que nos decía el Papa tener presente en su pensamiento.

Es totalmente legítimo que nos regocijemos de esta elección; pero debemos apresurarnos en medir nuestra responsabilidad. Nos concierne a cada uno de nosotros: hombres, mujeres, Consiliarios. Nadie puede pensar que es un asunto que incumbe al vecino.

Con frecuencia hablábamos de difusión de la espiritualidad conyugal, estimando que nuestros estudios, nuestras ideas en este terreno debían transmitirse. Pero, después de todo, no se trataba más que de pensamientos personales, aunque es cierto que se fundaban en la Palabra de Dios y la doctrina de la Iglesia. Es muy distinto ahora disponer de unas enseñanzas que emanan directamente del representante de Cristo en la tierra y que desarrolla larga, explícita y admirablemente los fundamentos de la espiritualidad conyugal y familiar.

¡Cuánto deseábamos esta enseñanza! Y no solo para nosotros, sino para todos los esposos. Ya la tenemos; y hace algo más que colmar nuestra espera. Se está lejos de haber descubierto todas sus riquezas. No vayamos ahora a guardarlas avaramente. Si nos parece monstruoso no dar pan a un hombre hambriento, cuánto más nos lo parece dejar de transmitir estas riquezas, más necesarias aún que el pan.

Es algo que nos parece evidente cuando vemos en torno nuestro jóvenes que aspiran al amor al mismo tiempo que se preguntan si no se trata de una utopía, innumerables esposos que no saben preservar su unión, que nada sospechan del admirable pensa-

miento de Dios sobre todo lo que forma su vida: sexualidad, comunidad conyugal, oficio de padre y madre, recursos del sacramento del matrimonio, papel apostólico del hogar...

Los mensajeros necesitan una imaginación con talento de inventor capaz de descubrir las mil maneras, las mil ocasiones de «transmitirlo» a todos, tanto a los matrimonios jóvenes como a los ya antiguos, por todos los medios modernos y variados de difusión. También a los no cristianos (no habrán dejado de advertir que la primera parte se dirige a todos, que

los mismos no creyentes pueden sorprenderse y verse seducidos por el pensamiento divino sobre la sexualidad, la pareja, el amor).

Pablo VI nos ha dicho: «Tenéis que realizar grandes cosas.» ¡Manos a la obra! Pero también y ante todo empezamos por rezar, recordando las palabras de Cristo: «Sin mi nada podéis.»

Marzo de 1970

HENRI CAFFAREL

ESPIRITUALIDAD DE INTERESADOS

(Estamos para DAR y no para RECIBIR)

Algunos meses de vida conjunta, luego... decepción. Se habían casado para RECIBIR y no para DAR. Tras algunos años de entusiasmo, este militante abandona su grupo de Acción católica: "Ya no me sirve de nada." Otro que está más preocupado por recibir que por dar.

Un matrimonio joven que parte hacia América del Sur. Sus palabras de despedida son: "Ya no es posible lograr en Europa una vida algo más holgada."

Tal gobierno decide un nuevo impuesto; ¿adopta medidas de superación, de comprensión? Por todas partes surgen las reivindicaciones. No se plantea la cuestión de saber si lo exige el interés del país: "Me molesta, por tanto lo dejo."

La lista sería interminable.

Incluso con Dios se va a recibir y no a dar: "¿Para qué continuar comulgando y confesándose? No me sirve de nada."

Y la mujer pierde su amor al hogar, el militante a su movimiento, el feligrés a su parroquia, el ciudadano a su país, el hombre a su Creador.

Raza de arrivistas. Su apego se mide por su interés. Ni siquiera tienen la franqueza de reconocerlo; critican y acusan a los demás.

No es mi intención proponerles un amplio examen de conciencia: en mi hogar, mi parroquia, mi profesión, mi país, la Iglesia ¿soy el parásito o el

buen obrero? No sería serio tratar este problema tan importante en un breve escrito.

Voy, más modestamente, a invitar a cada hogar a preguntarse: ¿por qué he ingresado a los Equipos? ¿Para dar o para recibir?

Luego, dirigiéndome a cada Equipo: ¿por qué se han adherido al Movimiento? ¿Únicamente para encontrar unos temas de trabajo ya dispuestos, recibir un boletín, aprovecharse de la experiencia de los demás? En este caso no están en su puesto. Mediten esta página de Saint Exupéry en "Piloto de guerra":

"Ya no habitaba como arquitecto de esta comunidad de hombres. Me aprovechaba de su paz, de su tolerancia, de su bienestar. No sabía nada de ella, salvo que la habitaba como un interesado. Por lo tanto como parásito, como vencido. Así son los pasajeros del barco. Utilizan el barco sin aportarle nada. Al abrigo de sus salones, que creen marco absoluto, prosiguen sus juegos. Ignoran el trabajo de las cuerdas bajo el peso eterno de la tempestad. ¿Con qué derecho se quejarían si la tempestad desmantelara su barco?"

Pero si me responden: "Queremos participar en la importante tarea que han emprendido los Equipos de

Nuestra Señora, instaurar el reinado de Cristo en los hogares, lograr que la santidad se enraíce en pleno mundo moderno y no sea privilegio de monjes, formar buenos obreros de la ciudad, apóstoles robustos de Cristo", entonces están en su puesto. Su Equipo será útil a los demás.

Recibirá de todos; ya que hemos de insistir reiteradamente sobre esta verdad primera: el que viene para recibir se vuelve con las manos vacías; el que viene a dar, encuentra.

Si han captado el espíritu de los Equipos no les será difícil aceptar su disciplina. Su reacción no será: tal regla nos molesta, nos rebelamos, sino: esta obligación es útil para la buena marcha del Movimiento, por tanto a cumplirla lo mejor posible.

Y ahora, amigos míos ¿comprenden por qué no podemos admitir que los equipos adopten las reglas de la Carta según su capricho? No se trata de que por sí misma tal o cual infracción represente una catástrofe: hacer el "deber de sentarse" sólo cada tercer mes, no responder por escrito al tema de trabajo, descuidar la regla de vida, olvidar la cotización anual. Pero es un síntoma y esto es grave y debido a ello creemos que ese Equipo no está en su puesto.

HENRI CAFFAREL

¿SON CATÓLICOS?

(La necesidad de abrirse y aceptar a los demás)

¿Eres católico? ¿Es Católico tu Equipo de Nuestra Señora? No se apresuren a responder.

No basta estar inscrito en los registros parroquiales para ser católico; se requiere, también, que "habe" en nosotros la catolicidad de la Iglesia. Cuanto más viva es esta catolicidad en un hombre o en un grupo, con tanto más motivo puede llamarse católico.

Para que puedan contestar a mi pregunta, necesito por tanto que precisen en qué consiste esta catolicidad de la Iglesia.

Y en primer lugar eliminemos una falsa definición: no se llama católica a nuestra religión debido a que está extendida por todo el Universo. La Iglesia, escribe el Padre de Lubac, era ya católica la mañana de Pascua, cuando todos sus miembros cabían en una habitación reducida.

Decir que la Iglesia es católica, es reconocer la voluntad del Señor de reunir a toda la humanidad en un solo cuerpo; afirmar que la riqueza espiritual de la Iglesia cuadra a todos los hombres sin excepción; que en ella, y sólo en ella, pueden y deben encontrar la plenitud de sus aspiraciones humanas y religiosas y formar un solo cuerpo sin abdicar por ello de su personalidad, de su originalidad.

Nuestra Iglesia es ya ahora maravillosamente diversa y una. Piensen en sus ritos variados: latino, griego, maronita, copto... en sus múltiples espiritualidades: benedictina, franciscana, ignaciana... ¡Cuánto más admirable todavía será la diversidad en la unidad! ¡Cuánto más esplendorosa aparecerá la catolicidad de la Iglesia el día en que las grandes civilizaciones hindú, chino, árabe, dejando de lado a cuanto contienen de caduco o erróneo, entren en su seno con sus admirables riquezas culturales y espirituales!

Y hecha esta definición, volvamos ahora a nuestra pregunta. Un grupo es verdaderamente católico cuando se interesa, con interés fraterno, por todas las razas y civilizaciones, por todos los ambientes sociales todavía ajenos a la doctrina de Cristo, cuando desea, con deseo impaciente, su entrada a la Iglesia y trabaja con todos sus medios, por amor hacia ellos sin duda, pero también y ante todo por amor a Dios, para que resplandezca en la Iglesia, en formas siempre variadas, la santidad de Cristo.

En cambio, el grupo que excluyera de su pensamiento, de su amor, de su oración, tal ambiente, tal raza, tal civilización, no merecería su título de católico. Espíritu sectario y espíritu católico son dos términos opuestos y contradictorios.

De una manera todavía más concreta: el grupo de hogares que se cerrara a un matrimonio por pertenecer éste a otro ambiente social, tener otra educación; que rehusara acoger a un hogar por ser extranjero o convertido del judaísmo o del protestantismo, ese grupo traicionaría también la catolicidad de la Iglesia. Al ser racista o sectario, no sería católico.

Pregúntense si en su equipo, así como en sus hogares, está presente la catolicidad de la Iglesia, viva, inspiradora, o si el espíritu sectario no está ya a punto de dañar los corazones.

HENRI CAFFAREL

“LAS OBLIGACIONES DE UN COMPROMISO”

(El compromiso con una pedagogía y unos métodos)

Como parece ser que resulta esclarecedor, quiero repetir hoy lo que conté a los Equipos parisienses durante uno de sus encuentros generales.

En el despacho del director, doña fulana de tal, ruega que admitan a su hijo Guy.

- Señor Director, supongo que aceptará usted que Guy no acuda los sábados por la tarde. A mi marido le preocupa mucho la educación estética de nuestro hijo; por esta razón tiene mucho empeño en que los sábados visite los Museos de París.
- Señora, siento mucho no poder complacerla, pero en esta escuela los jueves por la tarde son de descanso.
- ¿Y por qué no el sábado? La elección del jueves es un poco arbitraria.
- Estoy de acuerdo con usted. Ahora bien, el farmacéutico preferiría sin

duda el lunes, puesto que cierra la tienda y podría ir a pasear con sus hijos por el Bosque de Bolonia; otros... ¡no queda otro remedio que escoger un día!

La misma señora y el mismo Director, seis meses después:

- Señora, sintiéndolo mucho debo decirle que Guy no puede continuar por más tiempo en la Escuela. A pesar de todas mis observaciones llegó sistemáticamente con retraso todas las tardes.
- Mi marido y yo, señor Director, opinamos que es necesaria una hora de siesta después de la comida a fin de mantener un buen equilibrio físico y psíquico. Hay que reconocer, además, que el trabajo de Guy no sale perjudicado, puesto que desde octubre ha sido siempre el primero de su clase.
- Sin duda no se perjudicó su trabajo, pero si no respetamos la

disciplina, se produce la anarquía y entonces las consecuencias las soporta todo el Colegio. Con mucho gusto nos comprometemos a convertir en bachilleres los niños que nos confían; pero se requiere, además, que sus padres se comprometan a respetar nuestras condiciones de horario, de programa, de disciplina.

¿Es necesaria una explicación?

Cuando un grupo de hogares se une a los Equipos de Nuestra Señora, experimentamos en el Centro Directivo la sensación de que asumimos una gran responsabilidad, de que nos comprometemos a ayudarles a buscar a Dios. Quizás, en el fondo, nunca lo han pensado.

Al igual que en la elección del jueves en el Colegio, hay desde luego una parte arbitraria en la elección de ciertas obligaciones de la Carta. Por ejemplo, podría haberse adoptado otro ritmo para el "deber de sentarse" (quince días, dos meses...). Pero, se necesitaba elegir, era forzoso decidirse.

No niego tampoco que tal hogar logre alcanzar una profunda vida interior sin practicar Ejercicios Espirituales cada año. Pero una regla no se establece para determinados casos

particulares, sino para el conjunto. Y para el conjunto, nos pareció esencial esta obligación de los Ejercicios anuales. Admitir que uno se sustraiga a ellos porque no los necesita (lo cual por lo demás está por verse), representa abrir la puerta por donde desfilarán aquellos a quienes molesta esta obligación. Por esta razón pedimos al que cree poder prescindir de los Ejercicios, que los practique lo mismo que los demás.

Vuelvo a lo que decía. Cuando el Centro Director acoge a un nuevo equipo, adquiere por ese hecho un compromiso respecto a él; el compromiso de ayudarlo en el camino hacia Dios y puedo asegurarles que en determinados momentos no nos parece leve. Pero sólo estaremos en disposición de cumplirlo, si el equipo respeta la disciplina del Movimiento. He aquí por qué le pedimos que se comprometa él también.

Estoy convencido de que es una seguridad para ustedes que el Centro Director se quiera y se sepa comprometido a ayudarlos en el camino hacia Dios. Para nosotros representará una garantía el saberse "comprometidos".

HENRI CAFFAREL

UN LIBRO PERTURBADOR

(El Evangelio)

Una encuesta llevada a cabo entre unos trescientos hogares de los Equipos de Nuestra Señora, sobre la lectura del Evangelio, dio por resultado unas respuestas que he leído con verdadero interés. Desde luego, no es mi intención darles a conocer sus resultados completos en unas breves líneas. Creo interesante, sencillamente, someter a su consideración algunas reflexiones respecto a una reacción que se presenta con frecuencia.

Diversos matrimonios confiesan que a menudo ceden a la tentación de esquivar la lectura del Evangelio. Sin duda se trata de una reacción de defensa.

"El Evangelio nos provoca un poco de temor". Esta frase la he leído en varias respuestas.

Y entre los que están más familiarizados con él, muchos, bajo una u otra forma, vienen a decir lo mismo que este hogar que escribe: "Cuando los casados abrimos el Evangelio, tenemos siempre la impresión de que jamás lograremos llevar a cabo lo que nos pide Cristo, Él no tolera las medias tintas... Nos sentimos desanimados."

"Desanimados", "inquietos", "abrumados", ¡cuántas veces se repiten estas palabras!

Cierto es que las exigencias de Cristo van enormemente lejos:

- "No penséis que he venido a poner paz en la tierra; no vine a poner paz, sino espada" (Mt: 10, 34).
- "Nadie puede servir a dos señores, pues aborrecerá al uno y amará al otro, o bien, adhiriéndose al uno, menospreciará al otro" (Mt. 6, 24).
- "Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que entre un rico en el Reino de los Cielos" (Mt. 19, 24).
- "Nadie que, después de haber puesto la mano sobre el arado, mire atrás es apto para el Reino de Dios" (Lc. 9, 62).
- "Sígueme y deja a los muertos sepultar a sus muertos (Mt. 8. 22).
- "Sí tu ojo derecho te escandaliza, sácatelo y arrójalo de ti, porque mejor te es que perezca uno de tus miembros que no todo tu cuerpo sea arrojado a la gehenna" (Mt. 5, 29).
- "Decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome cada día su cruz y sígame" (Lc. 9, 23).
- "Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo" (Lc. 14, 33).
- "¡Qué estrecha es la puerta y qué angosta la senda que lleva a la Vida, y cuán pocos los que dan con ella!" (Mt. 7, 14).

¿No habló Cristo para desanimar a los hombres de buena voluntad?

Desde luego, al presentarnos este ideal en toda su incandescente pureza, es para que ajustemos a él nuestra vida, pero también, y ante todo, para que confrontemos nuestra manera de pensar y vivir de acuerdo con sus exigencias, a fin de que descubramos todo lo que en nosotros las rechaza y contradice, a fin de que, en una palabra, cobremos conciencia de nuestra condición pecadora.

¿Y no será esto lo que nos molesta de una manera tan despiadada? ¡Necesitamos tanto sentirnos satisfechos de nosotros mismos, ¡poder descubrir cosas satisfactorias!; ahora bien, si abrimos el Evangelio, nos vemos obligados a desaprobarnos. Pero, precisamente es a esto a lo que Cristo quiere acosarnos; a nosotros, que adoptamos espontáneamente la actitud del publicano: "¡Oh Dios, ten compasión de mí que soy pecador!" (Lc. 19, 13).

Descubrir que somos pecadores y que no podemos liberarnos nosotros

mismos por mucho que lo deseemos, es reconocer que necesitamos de un salvador; he aquí la primera convicción que quiere llevar Cristo al ánimo de todo hombre.

No cabe duda que es difícil realizar el ideal evangélico; pero si lo aceptamos y nos adherimos de antemano, reconociendo cuán alejados estamos de él, deseando sinceramente conformar a él nuestra vida, entonces acudirá en nuestra ayuda la gracia del Señor. ¡Ya ha obrado otros milagros! "Para Dios, no hay nada imposible". Por lo tanto, no tiene razón de ser el desaliento.

Pero, evidentemente, si no queremos vernos cuestionados en nuestro amor y estima propios, debemos guardarnos de abrir el Evangelio. Se trata de un libro enormemente perturbador: con ello quiero decir que arremete contra nuestra tranquilidad y hace la vida difícil.

HENRI CAFFAREL

Biografía

Henri Caffarel (1903-1996)

Henri Caffarel nació el 30 de Julio de 1903, en Lyon, en una familia de comerciantes. Bautizado el 2 de Agosto por su tío el padre Louis Venard, recibió una educación cristiana tanto en la familia como en la escuela. Al terminar el curso, durante el retiro, el Padre Marista que era director de la Escuela, le presentó la posibilidad del sacerdocio, pero sus argumentos no convencieron al joven Henri que no creyó tener esa vocación, comenzó los estudios de Derecho. Y entonces “encontró” a Cristo. El mismo reveló, bastante más tarde, ese instante decisivo: “...A los veinte años, Jesucristo, de repente se convirtió en alguien para mí. ¡Oh! nada espectacular. En ese día lejano de Marzo, yo supe que era amado y que amaba, y que de ahí en adelante El y yo, estaríamos unidos para siempre. Sucederá...”



Su vocación sacerdotal nació de su encuentro con Cristo.



Su formación no tuvo un itinerario clásico, pues tuvo que enfrentar períodos de fatiga cerebral. Pasó un año con el abad (futuro Obispo) Ghika em Auberive. Después, aconsejado por éste, continuó sus estudios en el Seminario de los Carmelitas en París, bajo la protección del futuro Cardenal Verdier. También frecuentó el círculo de Maritain en Meudon. Compensa con horas de oración diarias, las limitaciones que sufrió durante el tiempo de estudios. Su convicción esta ya fuertemente enraizada en la importancia primordial de la oración interior, y el gran anhelo de su vida será ponerla al alcance de todos los cristianos.

Henri Caffarel fue ordenado sacerdote por el Cardenal Verdier, convertido en Arzobispo de París, el Sábado Santo, 19 de Abril de 1.930. Concluidos sus estudios de Teología en 1931 fue nombrado en el Secretariado Nacional de Juventud Obrera Católica (JOC) y en 1.934, en el Secretariado de Acción Católica para los medios de comunicación. A partir de 1.936 deja todas las funciones oficiales para dedicarse totalmente al apostolado: predicar convivencias y retiros a los jóvenes de los colegios católicos, también atiende la capellanía de la Escuela Normal de Asistentes Sociales. Consigue así realizar su sueño: trabajar para llevar las almas al “encuentro” con Dios.

Los jóvenes que él aconsejaba llegan un día al matrimonio. Ya no son individuos que ha ayudado a orientar, sino parejas de casados. En 1.939, un primer grupo de jóvenes parejas lanza un llamado, es el principio modesto de una gran obra, la cual madurará durante la guerra y la ocupación de Francia; como el grano de trigo dejado en la tierra, abrirá después de la liberación, para convertirse en 1.947 en los Equipos de Nuestra Señora. Al mismo tiempo el Padre Caffarel agrupa a las jóvenes viudas de la guerra en un movimiento de espiritualidad. A esta altura era coadjutor en la parroquia de San Agustín. Quedará libre de esa función en 1.945 para poderse dedicar enteramente a los Movimientos que anima y a la revista que acaba de fundar para promover la espiritualidad de la pareja: L'Anneau d'Or (El Anillo de Oro).

En este trabajo absorbente no pierde de vista su ambición más fuerte: llevar a los cristianos y a los casados cristianos a orar, condición indispensable, a sus ojos, para vivir una auténtica vida cristiana y llegar a la unión íntima con Dios.

El Padre Caffarel introdujo así, en la Carta de los Equipos de Nuestra Señora (1.947), la obligación de oración para los Responsables de Equipo, obligación que será extendida a todos los miembros del Movimiento en 1.970. En 1.953 se publicó un número especial del L' Anneau d' Or: “Señor, enséñanos a rezar” en el que se presenta el resultado de una amplia encuesta sobre: “Cuando los laicos descubren la oración” revelando la importancia de la oración para vivificar los otros medios de vida divina que la Iglesia pone a disposición de los fieles: la Palabra de Dios y los Sacramentos, especialmente la Eucaristía, y también para fecundar sus iniciativas apostólicas.

No es suficiente invitar a la oración, es necesario ofrecer una iniciación a la oración interior y apoyar su práctica. Con esa intención el Padre

Caffarel lanza en 1.957 los "Cuadernos sobre la Oración" poniendo para suscribirse, la condición de "obligarse a hacer por lo menos diez minutos de oración por día.

En 1.966 inició en Troussures, cerca de Beauvais, las "Semanas de Oración" que conllevan al mismo tiempo, una enseñanza sobre la oración y su práctica. En 1.970 en París creó tardes de iniciación con auditorios repletos y dirigió, en ese mismo año, la redacción de un "Curso de Oración, por Correspondencia", al mismo tiempo incentiva a sus discípulos, formados en Troussures, a crear por turnos, escuelas de oración y organizar vigiliias de oración.

En 1.973, cuando confía en otras manos la animación de los Equipos de Nuestra Señora, se consagra enteramente, con la pluma y con la palabra, a promover la oración interior incansablemente hasta los últimos meses de su vida, y permanece recogido desde 1.980 en su "Casa de Oración" en Troussures.



Henri Caffarel murió el 18 de Septiembre de 1.996. Fue sepultado en el pequeño cementerio de Troussures, con la presencia de los amigos más íntimos, como había deseado. Sobre su tumba, había indicado que se escribieran tres fechas: la de su bautismo, la de su ordenación sacerdotal y la de su muerte, o sea la de su nacimiento al cielo; las fechas que marcaron su vida de hijo de Dios.



Además de los Movimientos que fundó y que tuvieron gran desarrollo (los Equipos de Nuestra Señora reúnen hoy más de 50.000 matrimonios en los cinco continentes), el Padre Caffarel, "profeta" de nuestro tiempo como lo definió el Cardenal Lustiger, nos dejó sus obras. Pequeñas escuelas de oración continúan aún inspirándose en su pedagogía de oración.